

fichas

de investigación
económica y social
año 1 número 5 marzo 1965



**Mao Tse tung: entre
el marxismo y Asia** pág. 2

**el modelo chino de
cambio y de acumulación
primitiva** pág. 28

Estados Unidos y la ALALC pág. 43

**pequeña industria
y burguesía industrial** pág. 57

La Evolución
Industrial y la
Clase Empresaria
Argentina

FICHAS Nº 1, abril 1964

Wright Mills

FICHAS Nº 2, julio 1964

La Clase Obrera
Mito y Realidad
del Proletariado

FICHAS Nº 3, setiembre
1964

La Argentina
Moderna:
Dinámica del
Estancamiento

FICHAS Nº 4, diciembre
1964

El Modelo
Maoista
de Revolución y
de Acumulación
Primitiva

FICHAS Nº 5, Marzo 1965

Claves para
la Historia
Argentina:
La Revolución
del 90

FICHAS Nº 6, aparecerá
en mayo de 1965.

10 Años de
Peronismo,
10 Años de
Antiperonismo,
20 Años de
Estancamiento

FICHAS Nº 7, aparecerá
en julio de 1965.

fichas de investigación económica y social

es independiente de toda organización política y no promueve ninguna posición o tendencia teórica en particular. Su propósito es brindar un vehículo de expresión para que puedan publicar sus trabajos los investigadores y estudiosos de todas las tendencias y convicciones. Pedimos el apoyo de cada uno de nuestros lectores:

1. Suscribise y obtenga un suscriptor durante las próximas semanas.
2. Obsequie una suscripción a sus colegas o amigos, a sus compañeros etcétera.

ARTICULOS

Isaac Deutscher	2	Orígenes y Perspectivas del Maoísmo
	18	La Derrota de la Revolución China en 1927 y el "socialismo en un solo país"
Manuel López	28	El Modelo Maoísta de Cambio y de Acumulación Primitiva
Alexander Erlich	40	El Debate sobre la Industrialización Soviética, 1924-28 i. La Posición de Preobrazhensky
Marcos Kaplan	43	La Integración Latinoamericana y Las Grandes Potencias i. Estados Unidos y la ALALC
Milciades Peña Gustavo Polit Victor Testa	57	Industrialización, Burguesía Industrial y Marxismo (Una Crítica a "Fichas" y Una Respuesta con Fines Educativos)
Jorge Sagastume	61	"Buenos Aires, Vida Cotidiana y Alienación"

EDITOR RESPONSABLE	Editorial Data (s. e. c. p. a.)
JUNTA DE EDITORES	Daniel Horacio García, Manuel López Blanco, Alfredo Parera Dennis, Gustavo Polit, Daniel Speroni, Victor Testa
DIRECTOR	Manuel López Blanco
ARTE	Ernesto Rollé
DISTRIBUCION Y NUMEROS ATRASADOS	Pedro Sirera - Corrientes 1551, Capital.

PUBLICADA BIMESTRALMENTE POR EDITORIAL DATA S.E.C.P.A. CAPITAL FEDERAL ARGENTINA. MARCA REGISTRADA. REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL EN TRÁMITE. TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. - DIRECCION POSTAL: J. S. CASILLA DE CORREO 57 - SUCURSAL 84 B. - PRECIO: ARGENTINA, \$ 100; EXTERIOR, US\$ 5. SUSCRIPCION: 1 AÑO (6 NUMEROS): ARGENTINA, \$ 600; EXTERIOR, US\$ 5.

Isaac Deutscher

Orígenes y Perspectivas del Maoísmo

Desde sus primeros pasos el maoísmo estuvo a la altura del leninismo por su dinamismo y su vitalidad revolucionaria; pero se diferenciaba del partido de Lenin por su relativa estrechez de horizontes y por su falta de contacto directo con los problemas críticos del marxismo contemporáneo. La revolución china, que por su dimensión y trascendencia es la más grande de todas las revoluciones de la historia fue dirigida por el más provinciano e "insular" de los partidos revolucionarios. Sin embargo hoy, en medio de enormes contradicciones, China Roja está comunicando al mundo las consignas del internacionalismo revolucionario, como nadie lo había hecho durante mucho tiempo. Este hecho tendrá extensas, positivas y dramáticas repercusiones en los próximos años y décadas.

¿Qué significa el maoísmo? ¿Qué representa como idea política y como corriente en el comunismo contemporáneo? La necesidad de aclarar estas preguntas se ha hecho tanto más urgente puesto que el maoísmo está ahora compitiendo por el reconocimiento internacional con otras escuelas del pensamiento comunista mundial. Sin embargo, antes de entrar en esta competencia el maoísmo ha existido como corriente, y luego como tendencia dominante del comunismo chino durante treinta a treinta y cinco años. Es bajo su bandera que las principales fuerzas de la revolución china sostuvieron la más prolongada guerra civil de la historia moderna; y que lograron su victoria en 1949 abriendo así la mayor brecha en el capitalismo mundial desde la revolución de Octubre, y liberando de su aislamiento a la Unión Soviética. No es sorprendente que el maoísmo, por fin, avance políticamente más allá de sus fronteras naturales y que reclame ahora la atención mundial para sus ideas. Lo sorprendente es que no lo haya hecho antes y que por tan largo tiempo haya permanecido encerrado dentro de los límites de su experiencia nacional.

El maoísmo presenta en este sentido un notable contraste con el leninismo. Este último también existió al principio como una escuela de pensamiento puramente rusa; pero no por mucho tiempo. En 1915, después del colapso de la segunda Internacional, Lenin ya se había convertido en la figura central del movimiento en

pro de la tercera Internacional, en su iniciador e inspirador; y el bolcheviquismo, como fracción del Partido Social Demócrata Ruso para este entonces no tenía más de una década de vida. Antes de eso los bolcheviques, al igual que otros socialistas rusos, habían vivido intensamente todos los problemas del marxismo internacional, absorbido toda su experiencia, participado en todas sus controversias, y se sentían atados a él con lazos inquebrantables de solidaridad intelectual, moral y política. El maoísmo tuvo desde un comienzo la misma vitalidad y dinamismo revolucionario que el bolcheviquismo, pero se diferenció de él por una relativa estrechez de horizontes y por una falta de todo contacto directo con desarrollos críticos en el marxismo contemporáneo. Uno vacila al decirlo, pero sin embargo es cierto que la revolución china, la cual en su amplitud es la más grande de todas las revoluciones de la historia, fue dirigida por el partido con mayor mentalidad provinciana e "insular" entre todos los partidos revolucionarios. Esta paradoja pone de relieve del modo más acusado la potencia inherente a la revolución misma.

¿Cómo se explica esta paradoja? Un historiador señala en primer lugar la ausencia total de cualquier influencia socialista-marxista en

* Reproducido de The Socialist Register 1964 (The Merlin Press, London 1964). Edited by Ralph Miliband and John Saville.

China antes de 1917¹. A partir de la mitad del siglo XIX, desde las guerras del opio y la rebelión de Taiping, pasando por el levantamiento de los Boxers y hasta el derrocamiento de la dinastía manchú en 1911, China se vio sacudida por revueltas antiimperialistas y agrarias; pero los movimientos y las sociedades secretas involucradas en los levantamientos y revueltas eran todos de carácter tradicionalista y basados en los antiguos cultos religiosos. Incluso el liberalismo y el radicalismo burgués no habían penetrado más allá de la gran muralla hasta principios de este siglo: Sun Yat Sen formuló su programa republicano solo en 1905. Para ese entonces el movimiento obrero japonés, del cual Sen Katayama fue el famoso vocero en la Internacional socialista, había abrazado oficialmente el marxismo. En Rusia la invasión de ideas socialistas occidentales había comenzado alrededor de la mitad del siglo XIX; y desde entonces el marxismo había captado fuertemente las mentes de todos los revolucionarios, Populistas y Socialdemócratas. Tal como lo señaló Lenin, el bolchevismo se afirmó sobre los hombros de muchas generaciones de revolucionarios rusos quienes habían respirado el aire de la filosofía europea y del socialismo. El comunismo chino no ha tenido semejante pasado. La estructura arcaica de la sociedad china y la autosuficiencia profundamente arraigada de su tradición cultural fueron impermeables a los fermentos ideológicos europeos. El imperialismo occidental logró socavar esta estructura y esta tradición pero fue incapaz de fecundar la mente de China con ninguna idea liberadora vital. Sólo la explosión revolucionaria en la vecina aunque remota Rusia sacudió a la inmensa nación de su inercia. El marxismo halló un camino hacia China vía Rusia. La velocidad luminosa con que lo hizo después de 1917 y la firmeza con que echó raíces en suelo chino son la más estupenda ilustración de la "ley del desarrollo combinado". Aquí vemos a la más arcaica de las naciones absorber ávidamente a la más moderna de las doctrinas revolucionarias, la última palabra en revolución y traducirla en acción. Careciendo de cualquier antecedente marxista nativo, el comunismo chino desciende directamente del bolchevismo. Mao se afirma sobre los hombros de Lenin².

¹ La primera traducción china del Manifiesto Comunista recién apareció en 1920 y fue entonces que Mao, a la edad de 27 años leyó el Manifiesto por primera vez. El año anterior todavía marchaba en peregrinaciones a la tumba de Confucio aunque no era creyente.

² Puede trazarse un paralelo entre la suerte del marxismo y la revolución en Europa y en Asia. Así como en Europa el marxismo ejerció primero una amplia influencia en la Alemania industrial, así también en Asia halló su primera acogida importante en el Japón industrial, "la Prusia del Lejano Oriente". Pero en ninguno de estos países "avanzados" el marxismo fue más allá de la propaganda y de la agitación. En ambos continentes correspondió a las grandes naciones "atrasadas" realizar la revolución.

Que el marxismo haya llegado a China tan tarde y bajo la forma del bolchevismo fue el resultado de dos factores: la primera guerra mundial, que puso al descubierto y agravó al máximo las contradicciones internas del imperialismo occidental, descreditándolo ante los ojos de Oriente, intensificando los fermentos socio-políticos en China, hizo a China "madurar" para la Revolución y extraordinariamente receptiva a la ideología revolucionaria; mientras que el leninismo con su original y vigoroso énfasis sobre el antiimperialismo y sobre el problema agrario hizo al marxismo por primera vez en la historia directa y urgentemente relevante para las necesidades y aspiraciones de los pueblos coloniales y semi-coloniales. En cierto sentido China tuvo que "saltar" sobre la fase prebolchevique del marxismo a fin de ser capaz de responder al marxismo.

Empero, el impacto sobre China del leninismo no diluyó fue muy corto. Duró solamente a través de la década del veinte hasta la apertura de la revolución "nacional" en 1925. Sólo una muy pequeña élite de la inteligencia radical se familiarizó con el programa de Lenin y lo adoptó. (En el congreso de fundación del Partido Comunista Chino en 1921 estaban presentes sólo doce delegados —Mao Tse Tung era uno de ellos—; representando a un total de 57 miembros! En el segundo congreso, al año siguiente, el mismo número apostólico de delegados hablaron en nombre de un total de 123 miembros del partido. Todavía no existían en toda China más de 900 miembros afiliados a principios de 1925, poco tiempo antes de que los comunistas se encontraran a la cabeza de millones de insurgentes³). Sobre estos primeros círculos de propaganda comunista las ideas básicas del leninismo dejaron una honda impresión. A pesar de todo lo que hizo luego el Comintern stalinista para confundir la mente del comunismo chino, el germen del leninismo sobrevivió, creció y se transformó en el maoísmo.

El leninismo le ofrecía a sus adeptos chinos unas pocas y simples verdades, más bien que cualquier estrategia claramente trazada o recomendaciones tácticas precisas. Les enseñó que China podría lograr su emancipación solo mediante una revolución desde abajo, por la cual debían trabajar sin desmayos tan incansable, indómita y esperanzadamente como los bolcheviques habían trabajado por su revolución; que debían desconfiar de cualquier reformismo burgués y no debían esperar acomodamiento alguno con ninguna de las potencias que mantenían sojuzgada a China; que contra estas potencias debían anuar esfuerzos con los elementos patrióticos de la burguesía china, pero que debían desconfiar de cualquier temporario aliado bur-

³ Ho Kan-chih A History of the Modern Chinese Revolution (Peking, 1959), p. 49, 45, 63 y 34.

gués y estar siempre preparados para su traición; que el comunismo chino debía buscar el apoyo en las masas miserables del campesinado y que debía estar sin titubeos a su lado en sus luchas contra los señores de la guerra, los terratenientes y los prestamistas; que la pequeña clase obrera urbana era la única consecuentemente revolucionaria y que potencialmente era la fuerza más dinámica de la sociedad, la única fuerza capaz de ejercer el liderazgo ("hegemonía") en la lucha nacional por la emancipación; que la revolución "democrático-burguesa" china era parte de un levantamiento global en el cual el socialismo había de superar al imperialismo, al capitalismo, al feudalismo y a toda forma de sociedad asiática arcaica; que los pueblos oprimidos del este debían confiar en la solidaridad que les brindaban la Unión Soviética y las clases trabajadoras occidentales; que el Partido Comunista, actuando como vanguardia del movimiento, nunca debía perder contacto con la masa de trabajadores y campesinos, sino que debía estar siempre a la cabeza de ellos; y, finalmente, que debía guardar celosamente la total independencia del partido en su política y organización con respecto a todos los otros partidos⁴. Esta fue la quintaesencia del leninismo que los pocos pioneros del comunismo chino habían absorbido antes de la revolución de 1925-27.

En cuanto al maoísmo se refiere, éstos eran todavía los años de su prehistoria. Fue sólo durante la revolución que el maoísmo comenzó a anunciarse; y solamente como consecuencia del fracaso de la revolución se configuró como una tendencia particular del comunismo. El período "prehistórico" es sin embargo de una importancia obvia, puesto que algunas de las lecciones que el maoísmo había aprendido en la escuela del leninismo, aunque habrían de ser recubiertas por otros elementos ideológicos, entraron firmemente en su contextura política.

2

Las otras influencias formativas fueron la revolución misma y el shock traumático de su derrota. Los años 1925-27 pusieron en erupción todas las contradicciones nacionales e internacionales que habían desgarrado a China; y la erupción fue sorprendente en brusquedad, escala y fuerza. Todas las clases sociales —y todas las potencias involucradas— se comportaron como el leninismo había previsto que lo harían. Pero la característica más sobresaliente de los sucesos —una característica que no habría de hallarse en la siguiente revolución china y por lo tanto es fácilmente olvidada o ignora-

⁴ El segundo congreso de la Internacional Comunista en 1920, se ocupó especialmente de los problemas de los países coloniales y semicoloniales, y Lenin fue el principal motor de las tesis y resoluciones a este respecto. Ver Lenin Sochineniya (Moscow, 1963) vol. 41.

da— fue la revelación del extraordinario dinamismo político de la pequeña clase obrera china⁵. Los principales centros de la revolución se encontraron en las ciudades comerciales e industriales de la costa china, especialmente Canton y Shanghai. Las organizaciones más activas fueron los sindicatos (que de la noche a la mañana se habían convertido en un gran movimiento de masas). Huelgas generales, grandes demostraciones callejeras e insurrecciones obreras fueron los principales acontecimientos y los momentos decisivos de la revolución, en tanto la revolución estuvo en ascenso. El levantamiento agrario como telón de fondo, extenso y profundo, fue mucho más lento en el arranque, diseminado sobre áreas inmensas y desigual en su tiempo e intensidad. Dio una resonancia nacional a la acción del proletariado urbano pero no pudo afectar los acontecimientos tan directa y dramáticamente como lo hizo esa acción. No puede enfatizarse demasiado el hecho de que en 1925-27 la clase obrera china desplegó esa misma energía, iniciativa política y capacidad para el liderazgo que los obreros rusos habían evidenciado en la revolución de 1905. Para China estos años fueron lo que los años 1905-06 habían sido para Rusia —un ensayo general para la revolución— con esta diferencia sin embargo: que en China el partido de la revolución extrajo del ensayo conclusiones muy diferentes de las que habían sido extraídas en Rusia. Este hecho en combinación con otros factores de índole objetiva que se considerarán más adelante, habría de reflejarse en las diferencias entre los alineamientos socio-políticos en la China de 1949 y en la Rusia de 1917.

En la época del "ensayo" chino, el Moscú oficial estaba ya reaccionando contra sus propias altas esperanzas y aspiraciones internacional-revolucionarias de la era leninista y acababa de proclamar el socialismo en un solo país como su doctrina. Las fracciones stalinista y bujarinista, que todavía ejercían el poder conjuntamente, eran escépticas acerca de las posibilidades del comunismo chino, temerosas de las "complicaciones" internacionales y resolvieron buscar el camino más seguro. Para evitar un desafío a las potencias occidentales y no antagonizar a la burguesía china, Stalin y Bujarin reconocieron al Kuomintang como el líder legítimo de la revolución, cultivaron la "amie-

⁵ Mao da la cifra de dos millones de trabajadores industriales chinos empleados en grandes empresas. Había alrededor de 10,000,000 de coolies, richshaw, etc. Mao Tse Tung Zhuanxue jiuwendingyi (Moscow, 1962), vol. I, p. 24-5.

Mao explica el rol decisivo de los obreros en la revolución por el alto grado de su concentración en grandes fábricas, por sus condiciones extraordinariamente creativas y por su militancia excepcional. Rusia no tenía más de tres millones de trabajadores empleados en la industria moderna en la época de la revolución; y Trotsky explica su rol decisivo de una manera muy similar.

dad" con Chang Kai-shek, proclamaron la necesidad de un "bloque de cuatro clases" en China, e instruyeron al Partido Comunista para que entrara en el Kuomintang y se sometiera a su dirección y disciplina. Ideológicamente, esta política fue justificada sobre la base de que la revolución china era de carácter burgués, y debía ser mantenida dentro de los límites de una revolución burguesa. Por lo tanto no había ninguna dictadura del proletariado a la orden del día, sino solamente una "dictadura democrática de obreros y campesinos"— un slogan contradictorio y ambiguo que Lenin había propuesto en 1905, cuando todavía sostenía que la revolución rusa sería solamente "democrático-burguesa". Para seguir este curso los comunistas chinos debieron abandonar casi todos los principios que Moscú les había inculcado muy poco tiempo atrás. Tuvieron como partido que renunciar a su independencia y libertad de movimientos. Tuvieron que abandonar, en los hechos y no en las palabras, la aspiración del liderazgo proletario y aceptar en cambio el liderazgo burgués. Tuvieron que confiar en sus aliados burgueses. A fin de poder alumbrar y conservar con vida el "bloque de las cuatro clases", debieron contener la militancia de los obreros urbanos y la rebeldía del campesinado, que amenazaban constantemente con despedazar el bloque. Debieron abandonar la idea de la revolución continua (o permanente), porque debieron "interrumpir" la revolución cada vez que tendía a sobrepasar los márgenes de seguridad de un orden burgués, a lo cual tendía constantemente. Debieron romper el impulso proletario socialista del movimiento — pues de otro modo Moscú los denunciaría como adherentes al trotskismo. El socialismo en un solo país, en la URSS, significaba el no socialismo en China.⁶

3

En esta situación el comunismo chino cayó víctima de su propia debilidad y del oportunismo y egoísmo nacional de Moscú. No teniendo tradición marxista propia en la cual apoyarse, dependiendo de Moscú para su inspiración, para sus ideas y para el fortalecimiento de su actividad, encontrándose arrojados por hechos de una sucesión vertiginosa desde la oscuridad de un pequeño círculo de propaganda al liderazgo de millones de personas en rebeldía, faltándoles experiencia política y confianza en sí mismos, hombrados por una cadena sin fin de órdenes categóricas, instrucciones y reconvenciones de Moscú y sujetos a la persuasión, amenazas y chantaje de los enviados de Stalin y del Comintern, los pioneros del comunismo chino abandonaron la lucha perplejos y confundidos. Habiendo aprendido todo su leninismo de Moscú no po-

dían siquiera decir o aún pensar que Moscú estaba equivocado al urgirlos a que olvidaran la lección aprendida. En el mejor de los casos, hubieran encontrado que era muy difícil realizar su tarea y hubieran necesitado consejos firmes, claros y absolutamente inequívocos. El consejo que recibieron de Moscú fue inequívoco solo en el sentido de apurarlos para que se equivocaran, abandonaran sus responsabilidades y abdicaran. No sabían que la oposición trotskista estaba desafiando a la "línea general" de Stalin y Bujarin; y que Trotsky mismo se oponía a la idea de que el partido chino debía ingresar al Kuomintang y aceptar sus dictados. (No tenían ningún contacto con la oposición y Trotsky criticaba la "amistad" de Stalin y Bujarin con Chang Kai-shek solamente en la intimidad del Politburó). Por lo tanto para los chinos Stalin y Bujarin representaban genéricamente al bolcheviquismo. Fue en este momento, el de la rendición al Kuomintang, en el que Mao por primera vez registró su disidencia. Su expresión de disidencia fue solo indirecta; pero dentro de sus términos firme y categórica. En la segunda mitad de 1925 y a principios de 1926 Mao residió mucho tiempo en su provincia natal de Hunan, organizando revueltas campesinas y participando en actividades comunistas en Canton y Shangai, representando al partido en algunos de los cuerpos dirigentes del Kuomintang. Su experiencia lo llevó a apreciar los lineamientos sociales, especialmente la lucha de clases en el campo, en dos ensayos, (*Las clases de la sociedad china*, escrito en marzo de 1926, y *Un estudio del movimiento campesino en la provincia de Hunan*, marzo de 1927). En estos escritos no intentó analizar en profundidad la estructura social china o criticar la línea partidaria en general, pero sus apreciaciones fueron hechas en términos tales que implícitamente e irreconciliablemente entraban en conflicto con cada una de las premisas de la política del Comintern y del Partido.

"... No ha existido una sola revolución en la historia", escribía Mao en marzo de 1926, "que no haya sido derrotada cuando su partido la guió por mal camino. Para estar seguros de que no dirigiremos a la revolución por mal camino... debemos preocuparnos de unir a nuestros amigos genuinos y atacar a nuestros genuinos enemigos... (y debemos ser capaces) de diferenciar a nuestros amigos genuinos de nuestros enemigos genuinos..."

Los "amigos genuinos" del proletariado revolucionario eran los campesinos pobres y los elementos semi-proletarios de los pueblos; los "enemigos genuinos" los terratenientes, los campesinos ricos, la burguesía y el ala derecha del Kuomintang. Mao caracterizaba el comportamiento de todas estas clases y grupos con una falta de ilusiones y una claridad y determinaciones tales que, a la luz de lo que él decía "el

bloque de las cuatro clases", el sometimiento del partido al Kuomintang, y la idea de contener a la revolución dentro de límites burgueses aparecían como otros tantos absurdos suicidas para el partido y la revolución. Aun no había desplazado sus ojos desde la ciudad hacia el campo como habría de hacerlo luego, aunque ya respondía mucho más sensitiva y plenamente a lo que los campesinos estaban sintiendo y haciendo que al movimiento obrero, pero todavía insistía en buen estilo leninista sobre la primacía obrera en la revolución; y su énfasis sobre esto reflejaba la relación real de los obreros y de los campesinos en los acontecimientos de ese período. Para esa época en la Unión Soviética sólo los trotskistas y los zinovievistas hablaban todavía semejante lenguaje⁷. Mao era algo así como un Jourdan trotskista no conciente de que clase de prosa estaban usando.

Su rol en el partido no era lo suficientemente prominente como para que el Comintern notara su herejía; pero ya en 1926 estaba en desacuerdo con el comité central chino y con Cheng Tu-Hsiu, el líder indiscutido del partido y su antiguo guía intelectual y político. En el *Estudio del movimiento campesino en Hunan*, escrito poco tiempo antes del golpe de estado de Chiang Kai-shek, Mao aireaba su indignación contra aquellos líderes del Kuomintang y aquellos "camaradas dentro del partido comunista", que buscaban someter al campesinado y detener la revolución agraria. "Obviamente", les reprochaba, "este es un razonamiento digno de la clase terrateniente... un razonamiento contrarrevolucionario. Ni un solo camarada debería repetir esta tontería. Si uno sostiene posiciones revolucionarias definidas y tiene ocasión de estar en el campo siquiera por un momento uno solo puede alegrarse al ver como los muchos millones de campesinos esclavizados están ajustando las cuentas con sus peores enemigos... Todos los camaradas deberían comprender que nuestra revolución nacional requiere un gran levantamiento en el campo... y todos deberían apo-

yar este levantamiento, de otro modo se hallarán en el campo de la contrarrevolución". Esta actitud le costó a Mao su puesto en el Comité Central. Habría de recuperarlo al año siguiente, pero la vena de radicalismo o de "leninismo pristino" habría de sobrevivir en él aún por debajo de muchos aditamentos posteriores, y habría de granjearle la acusación de trotskista... treinta y seis años después.

Sin embargo, fue en la derrota de la revolución donde el maoísmo halló su propio origen, y allí adquirió esas características que lo distinguen de todas las otras corrientes en el comunismo, y del leninismo.

La derrota dio lugar a muchas cavilaciones entre los comunistas chinos, especialmente después de haber conocido la verdad acerca de la lucha que sobre China se había desarrollado en el Buró Político ruso. Hubo varias reacciones conflictivas ante lo sucedido. Chen Tu-hsiu reconoció tristemente que había guiado mal a su partido, pero arguía que él mismo (y el Comité Central) habían sido mal dirigidos por Moscú. Exponiendo dramáticamente la historia interna de la revolución, relató los muchos actos de presión y de chantaje a los cuales había sido sometido por Moscú, reconoció que Trotsky constantemente había tenido razón en el problema chino. A raíz de esto fue expulsado del partido, calumniado y perseguido por el Kuomintang y por el Comintern*. Chen Tu-hsiu y sus escasos amigos argumentando a partir de una analogía con la revolución rusa (y aceptando la dirección de Trotsky) veían por delante un período de estancamiento político, un intervalo entre dos revoluciones; y proponían actuar como habían actuado los bolcheviques durante el intervalo entre 1907 y 1917: retroceder, cavar y sostenerse principalmente entre los obreros industriales; recuperar y construir bastiones en las ciudades que serían los centros principales de la próxima revolución; combinar el trabajo clandestino con la propaganda y la agitación abiertas; luchar por "demandas parciales", reivindicaciones salariales y libertades democráticas; presionar por la unificación de China y llamar a una Asamblea Nacional Constituyente; apoyar las luchas campesinas; usar todos los descontentos contra la dictadura de Chiang Kai-

7 Una comparación de los documentos contenidos en la obra de Trotsky *Problems of the Chinese Revolution* con los escritos de Mao de 1926-27 muestra la completa identidad de sus opiniones sobre estos puntos. Ho-Kai-chih en obra citada (que es el relato más oficial de la revolución china) involuntariamente suministra muchas otras ilustraciones de esta identidad. Así relata que a principios de 1926 Mao protestó contra la decisión del partido chino de votar por la elección de Chang Kai Shek para el comité ejecutivo del Kuomintang y de apoyar su candidatura para el cargo de comandante en jefe de las fuerzas armadas. Alrededor de la misma época, Trotsky protestaba en Moscú contra la elección de Chen como miembro honorario del ejecutivo del Comintern. El historiador maoista critica solamente a Cheng Tu-Hsiu por la política "oportunist" por indicar que Chen se condujo como lo hizo en base a las órdenes de Moscú y que Chiang Kai Shek fue el candidato de Stalin al cargo de comandante en jefe. El hecho de que Chiang fuese miembro honorario del comité ejecutivo del Comintern ni siquiera es mencionado en la *Historia* maoista.

8 La suerte de Chen Tu-hsiu * denunciado como "traidor" por el Comintern, y encarcelado y asesinado por la policía del Kuomintang fue una terrible advertencia para Mao que en lo sucesivo evitó toda ruptura abierta con la ortodoxia stalinista, incluso cuando él estaba en desacuerdo con los sucesivos guardianes chinos. Mao nunca se arriesgó a un conflicto con Stalin y con Chiang Kai-shek. Su actitud cauta y su abstracción hacia el stalinismo reflejaba algo del sentido de debilidad y de dependencia esencial respecto al apoyo soviético que había recibido a Chen Tu-hsiu a aceptar las órdenes de Stalin y Bujarin en 1925-27. Pero a diferencia de Chen, Mao, a pesar de toda su deferencia aparente hacia Stalin, nunca abandonó su propio juicio sobre los asuntos chinos ni se desvió de su propio curso de acción.

6 Ver mi relato de estos hechos en "The Prophet Unarmed" p. 316. (Publicado en este número de Fichas a continuación del presente artículo.)

shek y así reunir fuerzas para la próxima revolución, que sería por fin la revolución ininterrumpida que habían predicado Lenin y Trotsky.

Esa era, teóricamente al menos, una perspectiva comprensiva y un programa de acción coherente. Lo que ofrecía el Comintern, a través de sus representantes, Li Li-san y Wang Ming, era una combinación totalmente incoherente de oportunismo básico y de tácticas ultra-izquierdistas, ideadas para justificar la política de 1925-27 y salvar el prestigio de Stalin. Se sostuvo el canon de que la próxima revolución sería también solo "democrático-burguesa"; este canon pudo ser usado en el futuro para justificar una renovación de la política pro-Kuomintang y un nuevo "bloqueo de las cuatro clases" (Stalin siempre mantuvo esta política en reserva, incluso durante sus más violentos zigzags ultra-izquierdistas). Mientras tanto el Comintern, negando que la revolución china hubiera sufrido derrota alguna, alentaba al partido chino a desatar golpes y levantamientos armados sin ninguna perspectiva de éxito. Estas tácticas, iniciadas con la insurrección armada de Canton en diciembre de 1927, encajaban bien con la nueva "línea general" del Comintern que consistía en el pronóstico de una inminente revolución tanto en el Este como en el Oeste, un llamado a "la lucha directa por el poder", el rechazo de cualquier frente único socialista-comunista en Europa, la negativa a defender las libertades democráticas, los slogans sobre el social-fascismo, etc. En Alemania esta política llevó al desastre de 1933. En China los levantamientos inútiles, golpes y otras aventuras alocadas demoralizaron y desorganizaron lo que había quedado del movimiento obrero chino después de la derrota de 1927.

Fue sobre este ascenso que el Maoísmo hizo su entrada. Aunque sus historiadores oficiales (y el propio Mao) nunca lo admiten, Mao compartía el punto de vista de Chen Tu-hsiu de que la revolución estaba en declinación y que se estaba frente a una calma política. Rechazaba las tácticas ultra-izquierdistas del Comintern, empezando con el levantamiento de Canton y terminando con las variadas versiones de "Li Li-sanismo". Sostenía, sin embargo, que por mucho tiempo el comunismo no tendría ninguna probabilidad de reestablecerse en las ciudades y recuperar bastiones en la clase obrera —tan profunda era, según él la veda la "debaque" moral posterior a las derrotas de 1925-27. Todavía no abandonaba la esperanza de que eventualmente el proletariado urbano se levantaría nuevamente; pero orientaba por completo su mirada hacia el campesinado, que no había dejado de luchar y alzarse en revueltas. Lo que se suponía era apenas el "acompañante" agrario de la revolución en las ciudades aún podía ser oído sonoro y tormentoso después que las ciu-

dades habían sido reducidas a silencio. ¿Era posible, conjeturaba Mao, que no se tratara de un mero "acompañante"? ¿Eran quizás las revueltas de los campesinos no meramente la espuma de una ola de revolución que retrocedía, sino el comienzo de otra revolución de la cual la China rural sería el teatro principal?

Un historiador del Maoísmo puede seguir las sutiles graduaciones por las cuales Mao arribó a la respuesta afirmativa para esta pregunta. Aquí será suficiente recordar que a fines de 1927, después de su querrela con el Comité Central, se retiró a su provincia natal, Hunan; luego de la derrota del alzamiento denominado de la "Cosecha de Otoño" se retiró a la cabeza de pequeñas bandas armadas a las montañas sobre la frontera Hunan-Kiangsi; y desde allí urgió al Comité Central a "trasladar el partido como un todo", su cuartel general y cuadros, "de las ciudades al campo". Los textos oficiales chinos otorgan ahora a Mao el crédito de haber concebido, ya en 1927-28, la estrategia visionaria que había de suministrar la victoria 20 años más tarde. Los escritos contemporáneos de Mao sugieren que al principio consideró la "retirada al campo" como un recurso temporario y posiblemente como una jugada, pero no una jugada tan desesperada como eran los intentos del partido de conducir a los obreros urbanos otra vez a la acción insurreccional. Una y otra vez argumentaba que la "Base Roja" que él y Chu Teh habían formado en las montañas de Hunan-Kiangsi era solo un "refugio temporario" para las fuerzas de la revolución. Sin embargo este recurso temporario y provisoriamente apuntaba ya hacia la posterior estrategia maoísta. Los líderes partidarios, tanto los "oportunistas" como los "ultra-izquierdistas", rechazaron el consejo de Mao, sosteniendo que equivalía a una ruptura con el leninismo. ¿... ciertamente, quién podía imaginar a Lenin, después de la derrota de 1905 "retirando el partido" de San Petersburgo y Moscú y marchando al frente de pequeñas bandas armadas a la soledad del Cáucaso, de los Urales y de Siberia? La tradición marxista, en la cual la idea de la supremacía de la ciudad en la revolución moderna ocupaba un lugar central, estaba demasiado profundamente enraizada en el socialismo ruso como para que cualquier grupo socialista ruso se embarcara en semejante aventura. Nada semejante se les ocurrió ni siquiera a los socialistas revolucionarios, los seguidores de los Narodniks, populistas y socialistas agrarios.

4

Gradualmente Mao tomó consciencia de las implicaciones de su movimiento y justificando la "retirada de las ciudades", reconoció más y

9 Mao, op. cit., vol. I, p. 256-9 y The Prophet Outcast, p. 81.

mas explícitamente al campesinado como la única fuerza activa de la revolución, hasta que, para todos los fines, volvió su espalda a la clase obrera urbana. Trató su nueva "ruta hacia el socialismo" como un "fenómeno exclusivamente chino", solo posible en un país que no era independiente ni estaba dominado por una sola potencia imperialista, el cual era objeto de una intensa rivalidad entre varias potencias, cada una con su propia zona de influencia, y sus propios caudillos guerreros, *compradores** y *tite-res*. Esta rivalidad, sostenía, hacía imposible que China lograra su integración nacional; el Kuomintang ya no sería capaz de lograrlo, ni de establecer una administración nacional coherente, más de lo que habían sido los gobiernos anteriores. Chiang Kai-shek podía aplastar con unos pocos golpes militares la fuerza concentrada de los trabajadores urbanos, pero no sería capaz de hacer lo mismo con el campesinado, el cual, estando disperso, era menos vulnerable al terror blanco y podía seguir luchando muchos años. Por lo tanto debían sobrevivir siempre "bolsones" en la China rural donde las fuerzas de la revolución pudieran sobrevivir, crecer y fortalecerse. Renunciando a las perspectivas de un renacimiento revolucionario en las ciudades, el maoísmo bancaba sobre la permanencia de la revolución agraria.

Mao suponía en efecto una situación de prolongado estancamiento entre la derrotada revolución urbana y una contrarrevolución parálitica, un prolongado e inestable equilibrio entre los divididos imperialismos, la impotente burguesía del Kuomintang, y la apática clase obrera. El estancamiento permitiría al campesinado desplegar sus energías revolucionarias, y apoyar a los comunistas y sus Bases Rojas como islas dispersas de un nuevo régimen. A partir de este supuesto, Mao extrajo (en 1930) la siguiente amplia generalización acerca de las perspectivas internacionales del comunismo:

Si... las fuerzas subjetivas de la revolución China son débiles en el presente, también lo son las reaccionarias clases dirigentes y su organización... basadas en un sistema socio-económico atrasado e inestable... En Europa Occidental... las fuerzas subjetivas de la revolución pueden ser en el momento actual más fuertes de lo que son en China; pero la revolución no puede afirmarse allí inmediatamente, porque en Europa las fuerzas de las clases dirigentes reaccionarias son muchas veces más fuertes que lo que lo son en China... La revolución se alzará indudablemente antes en China que en Europa Occidental (subrayado mío - I. Deutscher)¹⁰.

Este supuesto, tan característico del Maoísmo, no era del todo original; ya había apare-

cido fugazmente una década antes en algunos de los razonamientos de Lenin, Trotsky, Zinoviev y Stalin¹¹. Pero Mao hizo de él la piedra fundamental de su estrategia, en un momento en que ninguna otra escuela comunista de pensamiento estaba preparada para hacerlo. Retrospectivamente, los acontecimientos lo han justificado ampliamente. Empero, si la orientación y la acción maoísta son juzgadas no retrospectivamente, sino sobre el telón de fondo de los últimos años del 20 y primeros del 30, pueden no parecer tan libres de falta como ahora parecen. Se puede argumentar que la superioridad de las "clases dirigentes reaccionarias" en Europa Occidental no hubiera sido tan aplastante y que aún hubiera podido ser conmovida si las políticas autoderrotistas stalinista y social democrata (pasividad frente al nazismo ascendente, y los simulacros de los frentes populares) no hubiera trabajado para preservarla y acrecentarla. Puede argumentarse además que el camino maoísta de la revolución China no estaba necesariamente predeterminado por el alineamiento objetivo de las fuerzas sociales, que la clase obrera china hubiera podido recuperarse a sí misma políticamente, si el Comintern no hubiera disipado sin miramientos sus fuerzas y si el partido chino no se hubiera "retirado de las ciudades" y abandonado así a los obreros, en un momento en que necesitaban de su dirección más que nunca. Como tan a menudo ocurre en la historia, también aquí los factores objetivos y subjetivos están tan entremezclados e interrelacionados después de los acontecimientos que es imposible desenmarañarlos y determinar su importancia relativa.

Debe notarse además, que el período de mediados de la década del treinta fue extremadamente crítico para el maoísmo; sus premisas mayores fueron puestas en duda y casi refutadas por los acontecimientos. En el Sur de China, el área a la cual había sido confinada la acción de Mao hasta el año 1935, el campesinado estaba totalmente exhausto por sus muchas rebeliones y fue aplastado por las expediciones punitivas de Chiang Kai-shek. Las Bases Rojas de Hunan y Kiangsi, que se habían sostenido durante siete años contra las "campanas de exterminio" de Chiang, estaban sucumbiendo al bloqueo y al desgaste. Mao y Chu Teh apenas consiguieron sacar a los Partisanos de la trampa e iniciar la Gran Marcha. Con eso reconocían su derrota en esa parte de China que había sido el teatro principal de sus operaciones. Parecía como si la contrarrevolución, lejos de ser impotente en el campo, hubiera demostrado allí su superior poderío y ganado una ventaja decisiva. Mientras tanto, los obreros de Shanghai y otras ciudades costeras habían exhibido

* En castellano en el texto original.

10 Mao ibid., p. 190.

11 Ver The Prophet Armed, p. 456-7 y The Prophet Outcast p. 81.

una nueva actitud desafiante y desatado turbulentas huelgas y demostraciones. Pero creyendo falto de dirección y de organización competente, fueron derrotados una y otra vez. Los historiadores maoístas cubren con un velo de oscuridad este capítulo del movimiento en las ciudades, precisamente porque plantea la cuestión de si bajo una dirección efectiva estas luchas de los obreros urbanos pudieran haber abierto una nueva situación revolucionaria mucho antes de que pudiera ser abierta desde el campo. ¿Fue inevitable que el intervalo entre las dos revoluciones durara no diez años, como duró en Rusia, sino más del doble? ¿O tuvo algo que ver con esto la retirada maoísta? Cualquiera sea la verdad de la cuestión —el historiador puede plantear el interrogante pero no contestarlo— alrededor de 1935 la estrategia maoísta estaba al borde del colapso y casi en bancarrota. Estos hechos son recordados aquí no con propósitos polémicos, sino porque llevan a alguna conclusión de cierta importancia, a saber, que el Maoísmo como una estrategia de la revolución debe su justificación última a un conjunto de circunstancias extremadamente complejas y en gran medida impredecibles.

En 1935 Mao salió de la "impasse" por medio de la Gran Marcha, que desde entonces se ha convertido en la leyenda histórica del comunismo chino. Sin embargo, al término de la Gran Marcha Mao tenía bajo sus órdenes solamente un décimo de la fuerza de que disponía antes de la Marcha —30.000 sobre 300.000 combatientes¹². Lo que salvó al maoísmo y contribuyó decisivamente a su evolución posterior fueron, aparte de su propia heroica determinación de sobrevivir, dos grandes sucesos o series de sucesos: la invasión japonesa, y la deliberada desindustrialización de la China costera por el invasor. La conquista japonesa profundizó las contradicciones entre las potencias imperialistas e interrumpió la unificación de China bajo el Kuomintang. Reprodujo así esa impotencia de la reaccionaria clase dominante sobre la cual había basado Mao sus cálculos. China del Norte estaba en convulsión; el Kuomintang era incapaz de ejercer allí su control militar y de impedir el surgimiento y la consolidación de los "soviets" del Norte. El maoísmo derivó nuevas fuerzas de la incapacidad del Kuomintang para asegurar la independencia de la nación y su propia resistencia revolucionario-patriótica "Jacobina" contra el Japón. Por otro lado, con la sistemática desindustrialización de la China costera, la pequeña clase obrera fue eliminada de la escena. A medida que los japoneses desmantelaban las plantas industriales en Shanghai y en otras ciudades, los obreros dispersados, se

convertían en desclasados o desaparecían en el campo¹³. De este hecho el Maoísmo obtiene algo así como una vindicación retroactiva. A partir de allí nadie podía esperar un nuevo "ascenso proletario" en las ciudades. Los alineamientos de clase de 1925-27 no podía esperarse que reaparecieran en la revolución siguiente. El esquema marxista-leninista de la lucha de clases devino inaplicable para China. Los campesinos eran la única fuerza que luchaba para subvertir el viejo orden; y el partido de Mao concentró y armó todas sus energías rebeldes. Fue entonces, a fines de la década del '30, que Mao finalmente formuló el principal y más original principio de su estrategia: la revolución China, a diferencia de otras revoluciones, deberá ser llevada del campo a la ciudad¹⁴.

5

La relación entre el maoísmo y el stalinismo fue ambigua desde el principio. Los motivos que han llevado al maoísmo a adoptar el color protector de la ortodoxia stalinista son bastante obvios. A fines de la década del treinta, Mao y sus colegas eran conscientes del peso de la influencia sobre los asuntos chinos que ejercería el gobierno de Stalin a consecuencia de la Se-

¹² Una muy instructiva descripción de este proceso y de sus efectos políticos se pueden encontrar en la correspondencia de Chen Tu-hsin con Trotsky (Archivos de Trotsky) citada en *The Prophet Outcast*, p. 423-4.

¹³ De lo dicho resulta claro que la validez del método Maoísta de revolución es necesariamente limitada. Mao mismo, en los primeros días de la guerra campesina, acostumbraba a susurrar esto: "hablaba del 'método únicamente chino', de las condiciones en las cuales su método podría ser aplicado. Sólo en países primitivos, donde el cuerpo político no ha alcanzado la integración nacional (o donde se ha desintegrado) y donde no existe burguesía alguna capaz de ejercer el liderazgo nacional, pueden guerrilleros que ganan del apoyo del campesinado, llevar la revolución del campo a las ciudades, y luego depende de la "ideología" y de las conexiones internacionales de los revolucionarios el que puedan impartir a su revolución un impulso socialista. Un análisis de los levantamientos sociales en las revoluciones de Cuba y Argelia, y en otros levantamientos Afro-Asiáticos, puede mostrar hasta qué punto, y con qué variaciones, las condiciones "Chinas" se han reproducido o no en esos países. Los líderes victoriosos de un movimiento guerrillero están, por supuesto, inclinados a proclamar para su experiencia una validez más amplia de la que inherentemente posee. Así Che Guevara, en su ensayo sobre la guerra de guerrillas, recomienda la estrategia Castrista a los revolucionarios de toda América Latina. Empero, en aquellos países latinoamericanos donde el régimen burgués está más ampliamente asentado, integrado y controlado, que en Cuba bajo Batista, las recomendaciones de Che Guevara, si son puestas en práctica, pueden conducir a golpes de mano fallidos.

Podemos mencionar aquí como una curiosidad grotesca que los líderes de la contrarrevolución francesa en Argelia, los coronels de la OAS, también trataron de "hallar algunas lecciones del Maoísmo". Mao es indudablemente una gran autoridad en los aspectos militares de la guerra de guerrillas. Pero el secreto principal del éxito de su estrategia reside en la estrecha combinación con la revolución agraria. Es imposible aplicar sus prescripciones militares sin su estrategia social, como lo han aprendido a su costa los líderes de la OAS.

gunda Guerra Mundial; y temían que pudiera ejercerla de una manera estrechamente interesada y tan oportunamente como en 1925-27. Comprendían su dependencia de la buena voluntad de Moscú; pero estaban determinados a no permitir que Moscú los utilizara como había utilizado a Chen Tu-shiu, Li Li-san y Wang Ming. Estaban decididos a impedir otro aborto de la revolución china. Jugaron, por lo tanto, un juego sumamente intrincado, prosiguiendo su estrategia independiente sin despertar la sospecha y la ira de Stalin. Este no podía no ser consciente de esto. Sin embargo el Comintern ni condenó ni sancionó la estrategia "anti-marxista" y "anti-leninista" de Mao. Stalin no hubiera tolerado nada parecido a la herejía maoísta en ningún partido comunista situado en una esfera de la política mundial que él considerara más vital para sus intereses. Pero el maoísmo había empezado su carrera en lo que ante Stalin aparecía como una remota periferia; y Mao se comportaba como en un tiempo lo habían hecho algunos disidentes de la Iglesia católica, quienes desafiando a su obispo o cardenal local, evitaban tenazmente cualquier encononazo con el Papa. Más tarde, cuando el maoísmo se acercó al centro de la política china, ya estaba demasiado fuertemente atrincherado —y sin embargo, exteriormente era todavía lo suficientemente sumiso para que Stalin llegara a la conclusión de que excoimungar a Mao era a la vez riesgoso e innecesario. El mismo no creía, ni siquiera tan tarde como en 1948, que los combatientes de Mao pudieran ser alguna vez capaces de conquistar a toda China y de llevar a cabo la revolución; estaba dispuesto a usarlo como moneda de cambio o instrumento de presión sobre Chiang Kai-shek, a quien nuevamente consideraba su aliado principal en Asia.

En el Comintern los años posteriores a 1935 fueron nuevamente un período de "moderación", el período de los Frentes Populares. Traducido en términos chinos, la política de los Frentes Populares significaba el restablecimiento del "bloqueo de las cuatro clases" y de la "amistad" entre el Kuomintang y los comunistas, esta vez en un frente único contra el invasor japonés. La vieja regla, nunca abandonada y ahora enfáticamente reformada, sobre el carácter exclusivamente democrático-burgués de la revolución china sirvió de justificación "ideológica" a este nuevo viraje político. Para el maoísmo, empeñado como estaba en una guerra civil contra el Kuomintang, las nuevas exigencias del Comintern constituyeron una severa prueba. Sólo la exhibición de una aceptación sin reservas de la línea del Comintern podía probar que Mao y sus camaradas permanecían leales al stalinismo. Y así Mao "moderó" su régimen del Yanan y su propaganda y agi-

tación; instó al Kuomintang a la solidaridad patriótica y la acción conjunta contra el Japón; y aún utilizó su influencia para salvar la posición de Chiang Kai-shek y probablemente incluso su vida durante el incidente de Sian. Empero los combatientes nunca cedieron al Kuomintang ni siquiera una pulgada de su territorio y de su poder.

El stalinismo de Mao fue sin embargo, en algunos aspectos, algo más que mera pose. La persistencia con la cual Mao afirmaba y reafirmaba el carácter puramente burgués de la revolución china coincidía bien con la completa identificación de sus combatientes con el campesinado. Para la gran masa del campesinado la perspectiva de una "revolución ininterrumpida", esto es de una revolución que resolviera el problema de la tierra, unificara a China y también iniciara un alzamiento socialista, o bien carecía de sentido o bien era inaceptable. En la primitiva sociedad pre-industrial de Shensi y Ninghia — donde el orden de Mao imperó durante el período de Yanan — no cabía la aplicación de ninguna medida industrialista. Fue solamente después de su conquista de las ciudades en 1949 cuando el maoísmo hubo de enfrentarse con la inevitabilidad de la revolución ininterrumpida (permanente) y obedecer sus dictados.

6

Desde el punto de vista teórico marxista, la pregunta central planteada por todos estos sucesos es como un partido, que por tanto tiempo se había apoyado sólo en el campesinado y que había actuado sin una clase obrera industrial que lo respaldara, fue pese a todo capaz de ir más allá del levantamiento "agrario-burgués" e iniciar la fase socialista de la revolución. Los escritores comunistas hasta ahora han evitado discutir francamente esta comprometedorra cuestión y han permitido que sea monopolizada por los "marxólogos" anticomunistas.

¿Acaso el curso de los acontecimientos en China, argumentan estos últimos, no ha refutado de una vez y para siempre las concepciones Marxista y Leninista acerca de la revolución y el socialismo? Sin duda —prosiguen— la idea de la revolución proletaria en China pertenece a la esfera de la mitología y, sin duda, la experiencia China muestra que también la Revolución Rusa han sido la obra de una inteligente ("totalitaria", "hambrienta de poder" proletarizada) que usó a los obreros y sus supuestas aspiraciones socialistas sólo como la cobertura ideológica para sus propias ambiciones. Por ejemplo, Raymond Aron, se apresura a señalar que todo lo que ambas revoluciones han conseguido es simplemente cambiar las élites dirigentes, lo cual no es nada sorprendente en quien ha aprendido sus lecciones de Pareto y Max Weber. (Incluso un escritor como el desaparecido C. Wright Mills, convencido de la re-

¹³ Ho Kan-chih, op. cit., p. 270. El autor atribuye estas pérdidas desastrosas a los "ultraizquierdistas" del partido y del ejército.

levancia del marxismo para los problemas de nuestro tiempo, llegó a la conclusión de que el "agente" histórico real del socialismo no es la clase obrera sino la intelligentsia revolucionaria. Ex-marxistas, que han llegado a la conclusión de que el socialismo ha sido "la ilusión de nuestro tiempo", y que la realidad atrás del mito es el capitalismo de estado o el colectivismo burocrático, invocan la vieja máxima marxista según la cual "el socialismo será obra de los trabajadores o no será". ¿Cómo entonces, preguntan, resulta posible decir que es socialista una revolución en la que los trabajadores no han jugado papel alguno? En un contexto diferente y en un nivel diferente de argumentación, surge la pregunta de si la famosa controversia rusa entre Narodniks y Marxistas sobre los roles relativos de los obreros y los campesinos en la revolución moderna, ha sido de hecho tan irrevocablemente resuelta como parecía serlo hasta hace poco tiempo.

Incluso si bien los marxistas tuvieron razón en Rusia, ¿no han sido los Narodniks reivindicados en China? ¿No ha resultado ser el campesinado la única clase revolucionaria, el agente decisivo del socialismo?

No hay duda de que la actuación del Maoísmo compele a una revisión crítica de algunos de los habituales supuestos y razonamientos marxistas. En que medida esto es necesario, queda ilustrado, entre otras cosas, por la apreciación del Maoísmo que Trotsky diera en la década del 30.

Captando toda la intensidad del levantamiento agrario en China, pero aprehensivo ante el retiro Maoísta de las ciudades, Trotsky descartó abruptamente la posibilidad de la consumación de la Revolución China sin un revivir previo del movimiento revolucionario entre los trabajadores urbanos. Temía que el Maoísmo, a pesar de su origen comunista, pudiera asimilarse tan completamente al campesinado que llegara a ser nada más que su portavoz, esto es, el campeón de los pequeños propietarios rurales. Si esto llegara a suceder, continuaba Trotsky, los campesinos de Mao, al entrar en las ciudades podrían chocar hostilmente con el proletariado urbano y transformarse en un factor de contra-revolución. Este enfoque crítico en el cual resonaba de modo inconfundible el eco de décadas de controversias entre los Marxistas y los Narodnik Rusos y de la experiencia de la revolución Rusa, fue reducido al absurdo por algunos de sus discípulos chinos, quienes denunciaron la victoria del Maoísmo en 1949 como una "contrarrevolución burguesa y stalinista"¹⁵.

¹⁵ Ver la controversia sobre este punto entre los Trotzkistas Chinos, reproducida en varios números del Internacional Information Bulletin del Socialist Workers' Party (New York), en el año 1955. Los artículos de Trotsky sobre los guerrilleros chinos habían aparecido en el Bulletin Oppositi.

El fenómeno de una revolución moderna, socialista (o incluso colectivista burocrática) en la cual la clase obrera no había sido la principal fuerza directriz, ciertamente no tenía precedentes en la historia.

¿Qué impulsó a la Revolución China más allá de la fase burguesa? El campesinado estaba interesado en la re-distribución de la tierra, la abolición o reducción de los arrendamientos y las deudas, el desrocamiento del poder de los terratenientes y usureros, en una palabra, en el levantamiento agrario "burgués". No podía dar a la revolución un impulso socialista; y el maoísmo, mientras actuara solamente dentro de los límites del campesinado, no podía ser más reticente de lo que fue acerca de las perspectivas del socialismo en China.

Esto cambió con la conquista de las ciudades y el control maoísta sobre ellas. Sin embargo las ciudades estaban casi muertas políticamente, aun cuando surgían, aquí y allá, remanentes galvanizados del viejo movimiento obrero. Nos encontramos aquí, en una escala gigantesca, con el fenómeno de "substitución", esto es, la acción de un partido o un grupo de líderes que representan, o se plantan en el lugar de una clase social ausente o inactiva. El problema es familiar en la historia de la revolución rusa, pero aquí se presenta en forma muy diferente.

En Rusia la clase trabajadora no podía haber sido más conspicua como fuerza dirigente de lo que fue en 1917. Con todo, después de la guerra civil y en medio de una catastrófica ruina económica y del colapso industrial, la clase obrera se contrajo, se desintegró y dispersó. El partido bolchevique se estableció como su *locum tenes*, y como depositario y guardián de la revolución. Si el partido bolchevique asumió este rol algunos años después de la revolución, el Maoísmo lo asumió mucho tiempo antes de la revolución y durante esta (y Mao y sus adeptos hicieron esto sin ninguno de los escrúpulos, malestares y crisis de conciencia que habían creado problemas al partido de Lenin).

Los discípulos liberales o "radicales" de Pareto, quienes ven en esto incluso otra prueba de que todo lo que las revoluciones consiguen es un cambio en las élites dirigentes, tienen todavía que explicar por qué la élite maoísta estaba determinada o tomó la resolución de dar a la revolución un giro socialista (o colectivista), en lugar de mantenerla dentro de los límites burgueses.

¿Por qué la élite comunista china se comportó de manera tan diferente a la élite del Kuomintang? Este no fue ni siquiera el caso de una élite "joven" que reemplazaba a una vieja y "exhausta", puesto que ambas élites eran contemporáneas y habían entrado a la escena política casi simultáneamente. ¿Por qué entonces Mao y sus camaradas dieron a China una nueva estructu-

ra social, mientras que Chiang-Kai-shek y sus amigos vagaban sin esperanza entre los restos de la vieja estructura? ¿Y qué es lo que explica la rígida moral puritana del Maoísmo y la notoria corrupción del Kuomintang? La respuesta seguramente es que Chiang-Kai-shek y sus hombres se identificaban con las clases que habían sido privilegiadas bajo el viejo orden, mientras que Mao y sus adeptos abrazaron la causa de los que habían sido oprimidos. Detrás del cambio de las élites hubo una profunda transformación en las relaciones sociales básicas en China, la declinación de una clase social y el ascenso de otra. Nadie pone en duda la amplitud del apoyo de los campesinos a los combatientes durante los 22 años de lucha armada. Sin ese apoyo éstos no habrían sido capaces de resistir, de efectuar la Gran Marcha, de trasladar sus bases de un extremo a otro de China, de mantener ocupada constantemente a la fuerza militar ampliamente superior del Kuomintang, de rechazar las muchas "campanas de aniquilación", etc. Tan fuertes e íntimos eran los lazos entre los combatientes y el campesinado, que en un momento Mao apareció ante muchos amigos y enemigos, como el comandante de una gigantesca jacquerie más bien que como el líder de un partido comunista — como una especie de Pugachev chino.

Sin embargo este Pugachev chino, o Super-Pugachev, había pasado por la escuela del leninismo, y no importa cuanto se desvió de él en sus métodos de acción, las ideas generales del leninismo continuaron gobernando su pensamiento y su acción. No abandonó su compromiso con el socialismo (o el colectivismo) en favor del individualismo de los campesinos y de su apego a la propiedad privada, incluso en los momentos durante los cuales estaba haciendo todo lo posible para satisfacer ese individualismo y desplegar sus potencialidades burguesas-revolucionarias. Tampoco se debe olvidar que los movimientos revolucionarios agrarios siempre han producido sus comunistas utópicos, sus Münzers y Anabaptistas. De las "dos almas" de los campesinos — la expresión es de Lenin — una desea la propiedad, mientras que la otra sueña con la igualdad y tiene visiones de una comunidad rural, cuyos miembros poseen y labran la tierra en común. Se podría decir que el Maoísmo expresaba ambas "almas" del campesinado si no fuera por el hecho de que nunca fue solo el vocero del campesinado. Siempre se consideró como el heredero de la revolución derrotada en 1925-27, de la cual los trabajadores industriales habían sido la fuerza directriz. Identificándose idealmente con esos trabajadores, el Maoísmo continuó haciéndose eco de sus aspiraciones socialistas. ¿Era esto arrogancia o usurpación? ¿Pero qué otra cosa podía hacer un partido, comprometido con el programa comu-

nista, después de la dispersión de la clase obrera urbana y de la declinación política de las ciudades?

Al llevar la revolución más allá de la fase burguesa, el Maoísmo actuaba no meramente por compromisos ideológicos sino también por un vital interés nacional. Se hallaba determinado a transformar a China en una nación moderna e integrada. Toda la experiencia del Kuomintang estaba allí para probar que esto no podía ser llevado a cabo sobre la base de un capitalismo trasnochado y casi totalmente importado, sobreimpuesto a un sistema terrateniente patriarcal. La nacionalización de la industria, el transporte, la banca o una economía planificada eran las precondiciones esenciales para cualquier desarrollo siquiera medianamente racional de los recursos de China y de cualquier avance social. Asegurar estas precondiciones significaba iniciar una revolución socialista. El Maoísmo hizo precisamente esto. Esto no equivale a decir que haya transformado a China en una sociedad socialista. Pero ha usado cada gramo de la energía nacional para levantar el marco socio-económico indispensable para el socialismo y para dar vida, desarrollar y educar a la clase obrera, la única que finalmente puede hacer del socialismo una realidad.

Diversos factores internacionales, en primer lugar la relación entre China y la URSS, co-determinaron el curso y el resultado de la revolución. Esta relación ha sido mucho más amplia y más positiva que la ambigua conexión entre el Maoísmo y el Stalinismo. Cualesquiera fueran los cambios en el régimen político en la URSS, la revolución china no podía — y no puede — ser disociada de la rusa. Aunque los ejércitos de combatientes hayan recibido poca o ninguna ayuda soviética y hayan destruido el imperio del Kuomintang pese a la obstrucción de Stalin, China Roja, nacida en un mundo dividido en dos bloques de poder, y enfrentada a la hostilidad e intervención americana, no podía sino alinearse junto a la URSS. En este alineamiento, el Maoísmo encontró otro potente motivo para llevar a la revolución más allá de la fase burguesa. La garantía final de la solidez de este alineamiento reside en la estructura colectivista de la economía China. Como he señalado en otra parte, "la hegemonía revolucionaria de la Unión Soviética logró (a pesar de las obstrucciones iniciales de Stalin) lo que de otro modo sólo los obreros Chinos pudieron haber alcanzado — impulsó a la revolución China hacia una dirección anti-burguesa y socialista. Con el proletariado chino casi disperso o ausente de la escena política, la gravitación de la Unión Soviética transformó a los ejércitos campesinos de Mao en agentes del colectivismo"¹⁶.

¹⁶ The Prophet Outcast, p. 520.

Ningún texto marxista previó o pudo haber previsto una concatenación tan original de factores nacionales e internacionales en una revolución: el Maoísmo no encuadra en ningún esquema teórico preconcebido. ¿Refuta esto el análisis marxista de la sociedad y la concepción del socialismo? Cuando Marx y Engels hablaban de la clase obrera como el agente del socialismo, obviamente presuponian la presencia de esa clase. Su idea no era relevante para una sociedad pre-industrial en la cual tal clase no existía. Se debiera recalcar que ellos mismo señalaron esto más de una vez; y que incluso admitieron la posibilidad de una revolución como la china. Lo hicieron en su intercambio de opiniones con los Narodniks rusos en las décadas del 70 y del 80. Los Narodniks, como sabemos, veían en el campesinado la fuerza revolucionaria básica de Rusia —en su país no existía todavía una clase obrera industrial. Esperaban que preservando la obschina, la comuna rural, la Rusia de los mujiks podía encontrar su propio camino hacia el socialismo y evitar el desarrollo capitalista. Marx y Engels no descartaron sus esperanzas como no carentes de base. Por el contrario, en una famosa carta dirigida en 1877 a Otechestvenny Zapiski, Marx declaró que Rusia tenía “la mejor chance (de evitar el capitalismo) jamás ofrecida por la historia a nación alguna”; y que incluso como una sociedad agraria pre-industrial podía comenzar su marcha hacia el socialismo. Para esto, tal como él lo veía, una condición era necesaria, esto es que Europa Occidental hiciera su revolución socialista antes de que Rusia sucumbiera al capitalismo. Rusia sería entonces empujada hacia adelante por la gravitación de la adelantada economía socialista de Europa. Marx repitió este punto de vista algunos años después en una discusión con Vera Zasulich, señalando que su esquema de desarrollo social y revolución tal cual él lo había expuesto en El Capital y en otras obras, era aplicable a Europa Occidental; y que Rusia bien podía evolucionar de un modo diferente. Engels se expresó en el mismo sentido incluso después de la muerte de Marx.¹⁷

Todo esto era bien sabido y había sido discutido muchas veces. Lo que ha sido menos claro son las implicaciones de este argumento. ¿Cómo veía Marx los lineamientos sociales en esa hipotética revolución rusa que él anticipara? Evidentemente no veía a la clase obrera industrial como su fuerza dirigente fundamental. La revolución podía sólo encontrar una amplia base en el campesinado. Sus líderes debían ser hombres como los Narodniks, miembros de la inteligentzia, quienes habían aprendido algo en venideras.

17 Perepiaka K. Marxka i F. Engel'sa s ruskimi politicheskimi deyatelnymi, pp. 177-0, 241-2 y subsiguientes.

la escuela marxista de pensamiento, habían abrazado el ideal socialista, y se consideraban como los depositarios de todas las clases oprimidas de la sociedad rusa. Los Narodniks eran, por supuesto, los zamestiteli clásicos, los archi-substitutistas, quienes actuaban como el *locum tenens* de una clase obrera ausente y de un campesinado pasivo (los mujiks ni siquiera los apoyaban) y que eran los abanderados de lo que consideraban el interés progresivo de la sociedad en su conjunto. Con todo Marx y Engels los estimulaban para que actuaran como lo hacían y confiaban en que su acción sería fructífera para el socialismo, si la revolución en los países más avanzados transformaba lo suficientemente pronto todo el panorama internacional.

En verdad, la previsión de Marx no se materializó en Rusia porque, como señaló Engels mucho después, las clases obreras de Europa Occidental habían sido “demasiado lentas” en hacer su revolución y entre tanto Rusia había sucumbido al capitalismo. Pero estas previsiones se materializaron en China, en una escala incomparablemente más grande y en un contexto internacional diferente. Se debería notar que los maoístas se basaban mucho más ampliamente en el campesinado que los Narodniks, que su conciencia socialista era mucho más madura —se lanzaron a la acción de masas no al terrorismo individual— y que al asumir el poder, se podían apoyar en la estructura colectivista avanzada de la URSS, que incluso como potencia económica estaba ascendiendo al segundo puesto en el mundo. Al proclamar que el socialismo podía sólo ser obra de los trabajadores, el Marxismo no excluía la posibilidad de la revolución socialista en naciones pre-industriales atrasadas. Pero incluso en tales naciones la clase obrera seguía siendo el principal “agente” del socialismo en el sentido de que el socialismo maduro no puede ser alcanzado sin industrialización, sin el crecimiento de la clase obrera y su auto-afirmación frente a cualquier burocracia post-revolucionaria, en una palabra sin el ascenso real, social y político, del “proletariado” en la sociedad post-capitalista.

7

Las características actuales del Maoísmo han cristalizado en el período post-revolucionario, que ahora lleva casi quince años. Empero la toma del poder no significó para los comunistas chinos el agudo y decisivo cambio en sus destinos que había significado para los bolcheviques. Aún como combatientes habían controlado áreas considerables de su territorio; sus líderes y cuadros habían sido semi-gobernantes y semi-proscriptos antes de llegar a ser gobernantes por completo. Al ganar la victoria nacional, el partido tenía que “urbanizarse” y que vérselas con una amplia gama de nuevas ta-

reas. Pero para el ejercicio del gobierno era menos dependiente de la vieja burocracia de lo que habían sido los bolcheviques y por esta razón estaban probablemente menos expuestos a la infiltración de elementos sociales e ideológicos extraños.

Infelizmente es imposible ser categórico o preciso acerca de estos problemas, porque los maoístas no nos suministran información suficiente. Tan grande es su hermetismo que conocemos incomparablemente menos de la “historia interna” de los quince años de su gobierno de lo que conocemos de fuentes oficiales bolcheviques acerca de los primeros períodos del régimen bolchevique. Sin embargo, una comparación entre el maoísmo y el bolchevismo, hecha cuando ha transcurrido un lapso semejante desde el momento de la revolución, una comparación entre la China de 1963-4 y la Unión Soviética de comienzos de la década del 30, basada sólo en los hechos generalmente conocidos, arroja claramente ciertas similitudes, diferencias y contrastes cruciales, que pueden ayudar a iluminar el cuadro del Maoísmo en la era post-revolucionaria.

Es una perogrullada que la Revolución China tuvo lugar en un medio socio-económico mucho más atrasado de aquel en que tuvo lugar la Revolución Rusia. La producción industrial china no había sido nunca más que una fracción de la producción industrial rusa, una fracción infinitesimal en relación con las necesidades de una población mucho mayor. El predominio de la estructura rural arcaica de la sociedad era casi absoluto. El campesinado chino era incluso más primitivo que el ruso (aunque, a diferencia de este último, no había estado sujeto a siglos de servidumbre, hecho este que puede explicar alguna ventaja en su carácter —la mayor independencia, sobriedad y espíritu industrioso de los campesinos chinos). Una economía antigua, inmovilidad social y tecnológica, rígidas supervivencias de tribalismo, ancestrales cultos despóticos, inmutables prácticas religiosas milenarias — todo esto ha hecho la tarea de la Revolución China aun más dificultosa y ha afectado al Maoísmo, sus métodos de gobierno y su perspectiva ideológica. Dedicado a industrializar China, el Maoísmo ha tenido que comenzar su acumulación primitiva socialista en un nivel mucho más bajo que aquél a partir del cual se inició en Rusia. La extraordinaria escasez de recursos materiales y culturales obligó a una distribución desigual de bienes, a la formación de grupos privilegiados, y al ascenso de una nueva burocracia. La historia nacional, la costumbre, y la tradición (incluyendo las profundas influencias filosóficas de Confucio y del Taoísmo) se han reflejado en el carácter patriarcal del gobierno Maoísta, en el hierático estilo de su trabajo y propaganda entre las ma-

sas, y en la aureola mágica que rodea al líder. Del mismo modo que el stalinismo (y en parte bajo su influencia), el Maoísmo no permite la discusión abierta o la crítica de sus altos dignatarios y de la jerarquía. Y el hecho de que por dos décadas antes de su ascenso al poder el partido existiera como una organización militar ha favorecido la perpetuación en sus cuadros de la disciplina automática y de la obediencia ciega.

Sin embargo, trabada como está por el mayor atraso de su medio, la Revolución China ha sido en muchos aspectos más avanzada que la rusa, aunque sólo fuera por el hecho de que sobrevino después. Nunca experimentó el temeroso aislamiento que entumeció y destruyó la mente y el carácter del bolchevismo. Nació como miembro del “campo socialista”, con la URSS como su poderoso aunque difícil aliado y protector; incluso los expuestos flancos de China Roja han sido en cierta medida protegidos por la gran marea de la rebelión antiimperialista que barrió Asia. A pesar de la hostilidad americana, la China de Mao no tuvo que enfrentar nada semejante a la “Cruzada de las catorce naciones” que la Rusia de Lenin y Trotsky tuvo que rechazar. Al embarcarse en la acumulación primitiva socialista China no se vio reducida totalmente a sus propios magros recursos: la ayuda rusa, con todas sus limitaciones, le sirvió en los comienzos de la industrialización. Más importante que la ayuda material fue la experiencia rusa de la cual los Maoístas pudieron aprender: China no tuvo que pagar el terrible precio que pagó Rusia, pionera en la socialización y la planificación económica. Su industrialización pese al fracaso parcial del Gran Salto, tuvo un desarrollo más suave que la de Rusia en las primeras etapas. Y a pesar de una larga secuencia de calamidades naturales y malas cosechas, China Roja no ha conocido ninguna de las terribles hambrunas que la Unión Soviética sufrió en 1922 y en 1930-32, cuando millones de personas murieron de hambre.

En conjunto, las tensiones sociales no han sido ni remotamente tan agudas y peligrosas en China como lo fueron en la Unión Soviética. Tampoco el conflicto post-revolucionario entre dirigentes y dirigidos ha sido tan severo y trágico. El Maoísmo en el poder gozó de la confianza de los campesinos en un grado jamás alcanzado por el bolchevismo. Los chinos fueron mucho menos implacables y brutales para llevar a cabo la colectivización de la agricultura; y por mucho tiempo más exitosos. Incluso las comunas rurales no parecen haber antagonizado a los campesinos tan desastrosamente como lo hizo la colectivización de Stalin.

El hecho de que el campesinado chino no haya sido arrojado a una hostilidad mortal hacia el régimen influyó en el comportamiento de to-

das las otras clases sociales: de los trabajadores quienes reclutados entre el campesinado, tienden a reflejar sus estados de ánimos; y de aquella sección de la inteligencia que tiene sus raíces en el campo. Tampoco la burguesía china resultó un enemigo tan tenaz como lo fue en su hora la burguesía rusa, percibiendo el respaldo del campesinado; y el gobierno de Mao ha tratado a la burguesía más prudentemente que el gobierno de Lenin; allí donde era posible prefirió comprar a los pequeños empresarios y comerciantes más bien que expropiarlos. Incluso otra diferencia en los puntos de partida de las dos revoluciones contribuyó decisivamente a hacer el clima social en China mucho más tibio que en la Unión Soviética. En Rusia la guerra civil fue librada *después* de la revolución, mientras que en China transcurrió *antes* de la revolución. La cuestión de si los comunistas entran en la guerra civil como el partido dirigente o como un partido de oposición es de la más grande importancia para su relación subsiguiente con todas las clases de la sociedad. Si, como los bolcheviques, tienen que pelear como un partido dirigente, encarnan a los ojos del pueblo el odio, la devastación, el sufrimiento y la miseria causados por la guerra civil —generalmente la desesperación y la furia del pueblo por sus condiciones de existencia se vuelve contra los que tienen el poder. En 1921-22 los Bolcheviques hacia cuatro o cinco años que detentaban el poder, durante los cuales no pudieron hacer nada para mejorar la situación de los obreros y de los campesinos, o mejor dicho para evitar su desastroso empeoramiento. “¿Es para esto que hicimos la revolución?” “¿Es así como los bolcheviques cumplen sus promesas?”—estas eran las airadas preguntas que formulaban los obreros y los campesinos rusos. Ya se había abierto una brecha entre los gobernantes y los gobernados; una brecha imposible de cerrar; una brecha ante la cual los bolcheviques reaccionaron entonces con una desconfianza auto-defensiva ante la sociedad, y que fue perpetuada y profundizada en consecuencia hasta que ya no hubo forma de escaparle; una brecha que se agranda siniestramente durante todo el desarrollo del stalinismo.

En China, por contraste, el pueblo culpaba al gobierno de Chiang-Kai-shek de toda la devastación y miseria de la guerra civil. La revolución llegó como el fin, no como el comienzo de las hostilidades. Los comunistas, habiendo tomado el poder, pudieron de inmediato dedicar toda su atención a sus problemas económicos y usar en seguida todos los recursos disponibles constructivamente, de tal modo que el nivel de vida del pueblo empezó a mejorar y continuó mejorando firmemente. Y así los primeros años del nuevo régimen, lejos de producir desilusiones, se caracterizaron por un aumento de la confian-

za popular. Si los bolcheviques comenzaron a industrializar Rusia cuando ya casi habían agotado su crédito político frente a las masas, los maoístas estuvieron en condiciones de disponer de un inmenso y creciente crédito. Tuviron mucha menos necesidad de usar la coerción para realizar su ambicioso programa. No tuvieron que echar mano a la inhumana disciplina de trabajo que Stalin había impuesto sobre los trabajadores; o enviar expediciones punitivas a las aldeas para obtener el trigo, deportar grandes masas de campesinos, etc. Lenin dijo una vez que había sido fácil hacer la revolución en Rusia, pero mucho más difícil construir el socialismo; y que en otros países sería mucho más difícil derrocar a la burguesía, pero mucho más fácil comenzar las tareas constructivas de la revolución. Lenin hizo este pronóstico pensando en Europa Occidental, pero en alguna medida ha sido cierto aún en China. Aunque los recursos materiales de la revolución china eran mucho más pobres que los de la revolución rusa, sus recursos morales eran mayores; y en la revolución como en la guerra es cierta la regla napoleónica de que los factores morales son a los factores materiales como tres es a uno.

Por lo tanto el Maoísmo ha estado mucho menos aprisionado por el miedo que lo que estuvo el stalinismo. Como en la nación en su conjunto, también en el interior del partido dirigente las tensiones han sido menos explosivas y destructivas. Aquí, paradójicamente, el Maoísmo se beneficia de ciertas ventajas del atraso, mientras que el bolchevismo sufrió más su progrevidad. El establecimiento del sistema de partido único en China no significó la penosa y dramática crisis que había significado en Rusia, porque China nunca había saboreado ningún genuino sistema pluripartidista. Ningún reformismo Social Demócrata había echado raíces en el suelo chino. El maoísmo nunca tuvo que enfrentarse con oponentes tan influyentes como aquellos que habían desafiado a los bolcheviques: no había mencheviques o social revolucionarios chinos. Careciendo de tradición marxista, y de los hábitos de libertad en el interior del partido y del debate abierto y la crítica, el maoísmo nunca se vio apesadado por un profundo conflicto con su propio pasado, tal como el que perturbó la mente bolchevique cuando fue obligada a aceptar el molde monolítico. El Maoísmo tenía tanto menos que suprimir en sí mismo y en la sociedad, que no tuvo que dedicar a la supresión (y auto-supresión) la prodigiosa energía física y mental que el Partido Comunista Soviético hubo de derrochar en esa tarea.

Ni tampoco el partido chino se transformó en ese implacable promotor de desigualdad y en el campeón del nuevo estrato privilegiado en que se convirtió el partido soviético. A pesar de que en China también, en medio de toda la necesi-

dad y pobreza prevalecientes, el recrudescimiento de la desigualdad fue inevitable, ésta *no* ha sido acompañada hasta el momento por nada semejante a los frenéticos y desvergonzados ataques de Stalin contra el igualitarismo. Esta circunstancia arroja una fresca luz sobre el problema de la desigualdad en la sociedad post-revolucionaria. Aunque la “necesidad y la pobreza general” son, de acuerdo a Marx, las causas objetivas del recrudescimiento de la desigualdad, la intensidad del proceso depende de factores humanos subjetivos tales como el carácter del grupo gobernante, el grado de su identificación con el nuevo estrato privilegiado, y la malicia (o la falta de esta) con la cual está preparado para estimular la desigualdad. El hecho de que Mao y sus colegas hayan pasado la mejor parte de sus vidas en medio de los campesinos más pobres, escondiéndose con sus combatientes en las montañas, durmiendo en las cuevas, peleando, marchando, y pasando hambre juntos, sin permitir distanciamiento entre los oficiales y los soldados, ni diferencias en las raciones de comida y los uniformes —esta extraordinaria experiencia de los maoístas, una experiencia de más de dos décadas, no vivida por ningún otro grupo gobernante, puede haber dejado su impronta sobre su carácter inmunizándolo en alguna medida contra las peores corrupciones del poder. Característicamente, el partido chino insiste en que sus trabajadores intelectuales y dignatarios deben descender periódicamente de sus altas oficinas a las fábricas y granjas y, alrededor de un mes al año, ejecutar trabajos manuales, a fin de no perder el contacto con los obreros y los campesinos. Tales prácticas, a veces pintorescas en su forma, no pueden superar las contradicciones entre los gobernantes y los gobernados y entre trabajadores intelectuales y trabajadores manuales; pero pueden ayudar a mantener estas contradicciones dentro de ciertos límites, e indican que la conciencia igualitaria no está muerta ni aún en el grupo dirigente. (Por otra parte, el funcionario chino, como el ruso, rehusa dar a conocer la amplitud de las discrepancias entre los salarios y sueldos altos y bajos, lo que sugiere que tiene miedo de mostrar el alcance real de la desigualdad existente.)

Contra estos aspectos que distinguen tan favorablemente al maoísmo del stalinismo deben ser recalculadas una vez más las marcas de su atraso, que provocan su afinidad con el stalinismo. El partido chino es estrictamente monolítico, mucho más de lo que lo es ahora el partido soviético, en la era post-stalinista. No habiendo tenido una formación proletaria, ni tradiciones marxistas, social-demócratas propias —habiéndose formado en una época en la cual toda la Internacional Comunista ya estaba stalinizada —, El Maoísmo nació dentro del molde mono-

lítico, y vivió, creció y se movió en su interior, como el caracol se mueve dentro de su caparazón. Excepto en un momento crucial (cuando las Cien Flores habían de florecer sobre toda China), el Maoísmo ha dado por sentado su perspectiva monolítica. La infalibilidad de los líderes está por lo menos tan firmemente establecida como lo estuvo en Rusia, con la diferencia de que por casi veinticinco años nadie la ha desafiado seriamente. El partido chino nunca se vio envuelto hasta ahora en convulsiones tan terribles como las que en un momento conmovieron al partido ruso. Tuvo sus importantes y oscuras purgas, una de las cuales resultó en la “liquidación” de Kao Kang en 1955; pero la composición del grupo dirigente no ha cambiado significativamente desde los días de la revolución o incluso desde los días de la lucha de las guerrillas. Mao no ha tenido que luchar contra un Trotsky, un Bujarin o un Zinoviev. Pero tampoco resonaron en las asambleas y conferencias del partido chino las abyectas retractaciones de los líderes de la Oposición vencida que envenenaron la vida política soviética alrededor de 1932, y que habían de terminar en los juicios de Moscú.

8

El desafío Maoísta al “liderazgo” moscovita del movimiento comunista es parcialmente un resultado de la consolidación de la revolución china; los Maoístas no se habrían arriesgado más temprano a desatar tal conflicto con Moscú; y la consolidación y el aumento de la fuerza y la confianza están expresadas en un “giro hacia la izquierda” y en la ambición Maoísta de hablar en nombre de todos los elementos militantes del comunismo mundial.

Aquí otra vez, una comparación con la Unión Soviética a principios de la década del 30 suministra un contraste indicativo. El estado de ánimo prevaleciente en ese período en la Unión Soviética era de cansancio moral-político y de reacción contra el alto internacionalismo revolucionario de la era de Lenin. En nombre del Socialismo en un sólo País, el grupo gobernante había iniciado la “retirada” ideológica y estaban procurando desligar a la Unión Soviética de sus compromisos con la revolución mundial — Stalin ya entonces practicaba el revisionismo del cual Mao acusa ahora a Krushev. El hecho de que a una distancia considerable de la revolución, el oportunismo y el egoísmo nacional reinaban supremo en el partido soviético mientras que el partido chino proclama su radicalismo y su internacionalismo proletario tiene inmensas consecuencias históricas y políticas.

Hemos visto como la línea radical-leninista, por momento sumergida y por momentos resurgente, ha sido una constante de todas las fases del Maoísmo, y en los momentos decisivos le impidió que bajo la presión stalinista cediera o

se rindiera ante el Kuomintang y abandonara el camino de la revolución. Es esto el elemento leninista en el maoísmo, lo que actualmente se está haciendo valer más fuertemente que nunca y parece estar transformando las perspectivas del comunismo chino. Si el bolchevismo después de algunos años en el poder estaba declinando moralmente, desvaneciéndose su entusiasmo y trayéndose sus ideas, el Maoísmo está en el período ascendente, descubre nuevos horizontes, y amplía sus ideas. La debacle del bolchevismo oficial estuvo resumida en su vehemente y venenoso rechazo de la revolución permanente (continua), que no era simplemente doctrina trotskista sino el principio que el partido de Lenin había defendido profunda y apasionadamente en los años heroicos de la revolución rusa. El Maoísmo, por el contrario, había afirmado larga y obstinadamente el carácter limitadamente burgués de la revolución china; sin embargo, ahora está proclamando solemnemente que la revolución permanente es el principio por el cual vive, la *raison d'être* del comunismo internacional. Al término de su carrera, Mao aparece una vez más como el Jourdain trotskista que había sido en sus comienzos. Como Trotsky, pero sin sus profundas raíces en el marxismo clásico, y sin embargo con todos los recursos del poder a su disposición, Mao está llamando al comunismo a retornar a su fuente, a la irreconciliable lucha de clases que Marx y Lenin habían predicado.¹⁸

Parte de la explicación de este giro a la izquierda reside ciertamente en la actitud occidental hacia China Roja, en el continuo bloqueo americano, en el hecho de que tantas potencias occidentales no hayan reconocido todavía al gobierno de Pekín y le hayan impedido ingresar a las Naciones Unidas. No debería olvidarse que la primera gran ola de oportunismo descendió sobre la Unión Soviética en los años 1923-25, después de que el *cordón sanitario* de Churchill y Clemenceau se había roto, cuando la mayoría de los gobiernos occidentales establecieron relaciones diplomáticas con Moscú. Beneficioso en tantos aspectos, este cambio en la posición internacional de la Unión Soviética tuvo su lado adverso: alentó al grupo dirigente a practicar *Realpolitik*, a tomar distancia respecto a las clases y pueblos oprimidos del mundo, y a hacer amplias concesiones de principio al "enemigo de clase". El grupo dirigente de China no ha estado hasta ahora expuesto a tales tentaciones. Por el contrario, los acontecimientos le recuerdan constantemente que frente a la indecli-

nable hostilidad del capitalismo solo tiene una réplica: su propio indómito desafío. Más aún, la retirada ideológica del partido ruso fue también una reacción a las muchas derrotas que la revolución había sufrido en Alemania y en el resto de Europa entre 1918 y 1923; mientras que la militancia maoísta se nutre de la eclosión del antiimperialismo en Asia, África y América latina. Aquí también, China se está beneficiando del hecho de que no ha sido el primer país en embarcarse por el camino del socialismo. Está resultando mucho más difícil para el mundo capitalista someter o intimidar a la segunda gran revolución del siglo que lo que fue contener, si no "volver sobre sus pasos", a la primera.

Por supuesto, graves peligros pueden estar acechando detrás de la ruptura entre la URSS y China. ¿Cómo reaccionará el Maoísmo al aislamiento de la Unión Soviética, si el aislamiento se profundiza y endurece? ¿Cómo se verá afectado por una estabilización relativa de los regímenes "nacional burgueses" en la mayoría de los países anteriormente coloniales o semi-coloniales? Y si algunas potencias occidentales trataran de oponer China a la Unión Soviética, en lugar de oponer ésta a aquélla, ¿podría Pekín no sucumbir a la tentación? La perspectiva sería más clara de lo que es si uno pudiera estar seguro de que las profesiones maoístas de internacionalismo revolucionario no son meramente una respuesta a la provocación occidental sino que reflejan genuinamente la mentalidad de las masas chinas. Pero sabemos demasiado poco, casi nada, acerca de ese aspecto del problema.

La confiabilidad y efectividad del llamado chino a la restauración del leninismo prístino serían mucho mayores si el Maoísmo no hubiera tratado de rescatar los mitos del stalinismo del descrédito en el cual han caído mercedamente. En esto el Maoísmo está actuando por motivos de auto-defensa: tiene que reivindicar su propia actuación, sus compromisos pasados, y su canon partidario rigidamente ritualista, el cual, como todo canon semejante, requiere que su continuidad formalista sea sostenida inalterablemente. El líder infalible no podía haber estado en un error en ninguna de esas ocasiones pasadas en las cuales ensalzó la ortodoxia stalinista. La obediencia que Mao guardó por el Stalin vivo lo obliga también a guardar obediencia ante el Stalin muerto. La afinidad del maoísmo con el stalinismo radica precisamente en esta necesidad de mantener cultos establecidos y rituales mágicos diseñados para impresionar mentes primitivas e iletradas. Sin duda, un día China emergerá de estas crudas formas de ideología ritualista, del mismo modo que está emergiendo la URSS; pero

Isaac Deutscher

La Derrota de la Revolución China en 1927 y el "socialismo en un solo país"

En 1927, Chiang Kai-shek, aclamado por Stalin como aliado y dirigente de la revolución china, y miembro honorario del Ejecutivo de la Internacional Comunista, ordenó una masacre en la cual fueron inmolados decenas de miles de comunistas y de obreros que los habían seguido. Así los comunistas chinos pagaron su tributo a la doctrina stalinista del "socialismo en un solo país". Las implicaciones ocultas de la doctrina fueron puestas en evidencia y escritas en sangre sobre las calles de Shanghai. Stalin se consideró autorizado a sacrificar la Revolución China a lo que él consideraba eran los intereses de la consolidación de la Unión Soviética.

En la primavera de 1927, la Revolución China entró en una grave crisis que había sido preparada por acontecimientos que databan de la época anterior a la finalización de la era de Lenin. Desde muy temprano los bolcheviques habían fijado sus ojos en los movimientos antiimperialistas de las naciones coloniales y semi-coloniales, pensando que estos movimientos constituían una gran "reserva estratégica" para la revolución proletaria en Europa. Lenin y Trotsky estaban convencidos de que el capitalismo occidental podía ser debilitado en forma decisiva si fuera separado de la periferia colonial que le suministraba mano de obra barata, materias primas, y oportunidades para inversiones excepcionalmente provechosas. El Comintern proclamó en 1920 la alianza entre el comunismo occidental y los movimientos de emancipación nacional del Oriente. Pero no fue más allá de la enunciación del principio. Dejó abiertas las formas de la alianza y los métodos por los cuales debía ser promovida. Reconoció las luchas de las naciones de Asia por su independencia como el equivalente histórico de las revoluciones burguesas en Europa; y reconoció a los campesinos, y hasta cierto punto, a la burguesía de aquellas naciones como aliados de la clase trabajadora.

Pero el Comintern Leninista no intentó sin embargo definir claramente las relaciones entre los movimientos antiimperialistas y la lucha por el socialismo en Asia, o las actitudes de los partidos comunistas chino e hindú hacia su propia burguesía "antiimperialista".

Era demasiado temprano para resolver estas cuestiones. El impacto de la Revolución de Octubre sobre el Oriente estaba aún fresco. Su fuerza y profundidad no podía ser medida. En los países más importantes de Asia, los partidos comunistas recién estaban comenzando a constituirse; las clases trabajadoras eran numéricamente débiles y carecían de tradición política; aun el antiimperialismo burgués estaba todavía en un período formativo. Sólo en 1921, el partido comunista chino, basado en pequeños círculos de propagandistas, realizó su primer congreso. Pero apenas lo había realizado, y comenzado a formular su programa y a dar forma a su organización cuando Mosei comenzó a urdirle que buscara un acercamiento con el Kuomintang. El Kuomintang capitalizaba la autoridad moral de Sun Yat-sen que estaba ansioso por lograr un acuerdo con Rusia que reforzaría sus manos contra el imperialismo occidental; y en su vago socialismo populista "sin clases", estaba preparado para cooperar también con los comunistas chinos, pero sólo si éstos aceptaban sin reservas su liderazgo y apoyaban al Kuomintang. Firmó un pacto de amistad con el gobierno de Lenin, pero encontró más difícil obtener que los comunistas chinos cooperasen con él en esos términos.¹

1 La narración suministrada en estas páginas está basada *inter alia* en los siguientes trabajos: Brandt, Schwartz, Fairbank, A documentary History of Chinese Communism. Mao Tse-tung, Selected Works. M. N. Roy, Revolution and Counterrevolution in China. Chen Tu-shan, An Open Letter to the Party (Militant 1929). Stalin, Works. Trotsky, Problems of the Chinese Revolution. Isaac, The Tragedy of the Chinese Revolution. Tang Liang-shan, The Inner History of the Chinese Revolution. Colecciones de Bolshevik, Inprekor y Revolution Yankov.

18 La opinión de Mao sobre los antagonismos de clase en la sociedad post-revolucionaria está también mucho más cerca a la de Trotsky que a la de Stalin. Recientemente los teóricos Maoístas han escrito acerca de lo que Trotsky llamara el espíritu Thermidoriano de la burocracia Soviética siguiendo en gran medida la línea de sangrientación. Y varias décadas después de Trotsky, aluden al "peligro de restauración capitalista" en la... URSS.

(Continúa en la pág. 65)

* Tomado de The Prophet Unarmed (Oxford University Press, 1950).

Los comunistas estaban dirigidos por Chen Tu-hsiu, uno de los pioneros intelectuales del marxismo en Asia, su primer gran propagandista en China, y la más sobresaliente figura de la Revolución China hasta el advenimiento de Mao Tse-tung, a quien él era inferior como táctico, líder práctico y organizador, pero superior, parece, como pensador y teórico. Chen Tu-hsiu había sido el iniciador de la gran campaña contra los privilegios que gozaban las potencias occidentales en China; la campaña comenzó en la Universidad de Pekín, donde Chen Tu-hsiu era profesor, y alcanzó tal poder que bajo su presión el gobierno chino se negó a firmar el tratado de Versalles que legitimaba esos privilegios. Fue en gran medida bajo la influencia de Chen Tu-hsiu que se desarrollaron los círculos de propaganda marxista que formaron el Partido Comunista. Permaneció como el líder indiscutido del partido desde el momento de su fundación hasta fines de 1927, a través de todas las fases cruciales de la revolución. Desde el principio vio con aprensión el asesoramiento político que su partido recibía desde Moscú. Admitía la necesidad para el comunismo de cooperar con el Kuomintang, pero temía una alianza tan estrecha que pudiera impedir al comunismo afirmar su propia identidad; prefería que su partido pudiera caminar solo antes de que marchara con el Kuomintang. No obstante, Moscú le urgía insistentemente para que abandonara sus escrúpulos; y él no podía la fortaleza de carácter ni la astucia de Mao Tse-tung, quien en situaciones similares, nunca planteó objeciones a los consejos de Moscú; siempre predeciblemente aceptarlos, y luego los ignoraba y actuaba de acuerdo a sus propias luces sin provocar una ruptura genuina con Moscú. Chen Tu-hsiu era recto, blando, y carecía de confianza en sí mismo; y estas cualidades hicieron de él una figura trágica. En cada estadio expresó francamente sus objeciones a la política de Moscú; pero no se aferró a ellas. Cuando se pasaba por encima de su autoridad, se sometía al Comintern, y contra su mejor conocimiento, llevaba a cabo la política de Moscú.

Ya en 1922-3, dos hombres que serían luego prominentes en la Oposición Trotskista, Yoffe y Maring-Sneevliet,² desempeñaron un papel crucial en asociar al joven partido comunista chino con el Kuomintang y en preparar el terreno para la política que Stalin y Bujarin habían de aplicar. Yoffe, como embajador del gobierno de Lenin, negoció el pacto de amistad

² Maring-Sneevliet, un marxista holandés, había estado estrechamente vinculado a los comienzos del comunismo en Indonesia, y representaba el partido holandés en Moscú. En años posteriores, especialmente a lo largo de la década del treinta, fue un ardiente simpatizante de Trotsky. Durante la segunda guerra mundial encabezó un grupo de resistencia en la Holanda ocupada y fue ejecutado por los nazis.

con Sun Yat-sen. Ansioso por facilitar su tarea y yendo sin duda más allá de sus términos de referencia, aseguró a Sun Yat-sen que los bolcheviques no estaban interesados en promover el comunismo en China y que usarían su influencia para asegurar que los comunistas chinos cooperaran con el Kuomintang en los términos fijados por Sun Yat-sen. Maring concurre, como delegado de la Internacional Comunista, al segundo congreso del partido comunista chino, en 1922. Fue debido a su iniciativa que el partido estableció contacto con el Kuomintang y comenzó a discutir las condiciones de adhesión al mismo. Pero los términos de Sun Yat-sen eran rígidos y las negociaciones se rompieron.

Más tarde en el mismo año Maring retornó a China y dijo a Chen Tu-hsiu y sus camaradas que la Internacional Comunista les indicaba que había decidido firmemente que ingresarían al Kuomintang, cualesquiera fueran los términos. Chen Tu-hsiu era remiso a actuar en tales condiciones, pero cuando Maring invocó el principio de la disciplina del comunismo internacional, él y sus camaradas se sometieron. Sun Yat-sen insistía, igual que Chiang Kai-shek después, en que el partido comunista debía abstenerse de criticar abiertamente la política del Kuomintang y debía observar su disciplina —pues de lo contrario expulsaría a los comunistas del Kuomintang y consideraría nula y sin valor su alianza con Rusia. A comienzos de 1924 el partido comunista había ingresado al Kuomintang. Al principio no tomó a pecho las condiciones de Sun Yat-sen; mantuvo su independencia y desarrolló una política distintivamente comunista, provocando el desagrado del Kuomintang.

La influencia comunista creció rápidamente. Cuando en 1925 el gran "Movimiento del 30 de Mayo" se esparció por el sur de China, los comunistas estaban a su vanguardia, inspirando el boycott a las Concesiones y empresas occidentales y dirigiendo la huelga general de Cantón, la más grande hasta entonces en la historia china. A medida que el peso del movimiento crecía, los líderes del Kuomintang se alarmaban, trataban de frenarlo y chocaban con los comunistas. Estos sintiendo aproximarse la guerra civil estaban ansiosos por liberar sus manos a tiempo, y enviaron representaciones a Moscú. En octubre de 1925 Chen Tu-hsiu propuso preparar la salida de su partido del Kuomintang. El Ejecutivo de la Internacional Comunista, sin embargo, vetó el plan y advirtió al partido chino que extremara sus esfuerzos para evitar la guerra civil. Consejeros soviéticos militares y diplomáticos, Borodin, Blucher y otros, trabajaban en el cuartel general de Chiang Kai-shek, armando y entrenando a sus tropas. Ni Bujarin ni Stalin, quienes por entonces tenía el control efectivo de la política

soviética, creían que el comunismo chino no tenía probabilidad alguna en el futuro cercano; y ambos estaban ansiosos por mantener la alianza soviética con el Kuomintang. El crecimiento de la influencia comunista amenazaba romper esta alianza y en consecuencia estaban decididos a mantener al partido chino en su lugar.

Así Moscú urgía a Chen Tu-hsiu y su Comité Central para apartarse de la lucha de clases contra la burguesía "patriótica", de los movimientos agrarios revolucionarios y para abstenerse de criticar al Sun Yat-senismo, el cual desde la muerte de Sun Yat-sen había sido canonizado como la ideología del Kuomintang. Para justificar su actitud e términos marxistas, Bujarin y Stalin desarrollaron la teoría de que la revolución que había comenzado en China, siendo burguesa, no podía fijarse objetivos socialistas; que la burguesía antiimperialista que seguía al Kuomintang estaba jugando un rol revolucionario; y que consecuentemente era el deber del partido comunista mantener la unidad con ella y no hacer nada que pudiera antagonizarla. Buscando un mayor respaldo para su política, en términos doctrinarios, invocaron el punto de vista que Lenin había expuesto en 1905, según el cual en la revolución "burguesa" rusa dirigida contra el zarismo, los socialistas debían aspirar a una "dictadura democrática de obreros y campesinos", no a una dictadura proletaria. Este precedente tenía poco o nada que ver con la situación en China; en 1905 Lenin y su partido no buscaban una alianza con la burguesía liberal contra el zarismo, al contrario, Lenin predicaba incansablemente que la revolución burguesa sólo podía triunfar en Rusia bajo el liderazgo de la clase trabajadora, en irreconciliable hostilidad hacia la burguesía liberal; y aun los mencheviques, que buscaban una alianza con la burguesía, no soñaban con aceptar la dirección y la disciplina de una organización dominada por aquella. La política de Bujarin y Stalin era, como puntualizaría Trotsky más tarde, no sólo una parodia de la actitud bolchevique en 1905, sino incluso una parodia de la actitud menchevique.

Sin embargo, esas argucias doctrinarias, servían a un propósito: embellecían ideológicamente la política de Moscú y calmaban la conciencia de los comunistas que se sentían incómodos con ella. El oportunismo de esta política se evidenció de modo sorprendente cuando a principios de 1926, el Kuomintang fue admitido en la Internacional Comunista como un partido asociado y el Ejecutivo de la Internacional eligió con un floreo de palabras al general Chiang Kai-shek como miembro honorario. Con este gesto, Stalin y Bujarin demostraban su "buena voluntad" hacia el Kuomintang y reprendían a los comunistas chinos. El 20 de marzo, sólo

unas pocas semanas después de que el "Estado Mayor de la Revolución Mundial" lo había elegido como miembro honorario, Chiang Kai-shek llevó a cabo su primer golpe anticomunista. Expulsó a los comunistas de todos los puestos en la dirección del Kuomintang, y demandó de su Comité Central una lista de todos los miembros del partido que habían ingresado al Kuomintang. Presionados por los asesores soviéticos, Chen Tu-hsiu y sus camaradas aceptaron. Pero, convencidos de que Chiang Kai-shek estaba preparando la guerra civil contra ellos, estaban ansiosos por organizar fuerzas armadas comunistas para enfrentar, si fuera necesario, su poderío militar; y pidieron ayuda soviética. Los representantes soviéticos en Canton vetaron categóricamente ese plan y rehusaron toda colaboración. Una vez más Chen Tu-hsiu se inclinó ante la autoridad del Comintern.³ Los periódicos de Moscú no hicieron ningún comentario sobre el golpe de Chiang; ni siquiera informaron del suceso. El Politburo, temiendo complicaciones, envió a Bubnov a China para imponer su política y persuadir a los comunistas chinos de que su deber revolucionario era "hacer servicio de coolie" al Kuomintang.⁴

2

Durante todos estos sucesos, el problema chino permaneció fuera de la controversia interna en el partido ruso. El hecho merece ser subrayado, pues destruye una de las leyendas del trotskismo vulgar según la cual desde un principio la Oposición había resistido incansablemente la "traición a la Revolución China" de Stalin y Bujarin. Indudablemente Trotsky había expresado sus preocupaciones ya a principios de 1924. Por entonces, él había expresado en el Buro Político una opinión crítica sobre la adhesión de los comunistas chinos al Kuomintang; y en los dos años siguientes repitió su opinión en algunas ocasiones. Pero lo hizo casi casualmente. No se detuvo en el problema y no lo profundizó hasta el fin. Cuando encontró que en el Buro Político estaba solo —todos los otros miembros apoyaban la política china— no intentó repetir sus objeciones ante el foro más amplio del Comité Central. Parece haberle concedido a este asunto mucha menos atención y mucho menos peso que el que asignó a la política comunista en Gran Bretaña o aun en Polonia. Evidentemente, no estaba claramente al tanto de la fuerza de la tempestad

³ Chen Tu-hsiu relata que el Comité Central Chino solicitó a los asesores militares soviéticos en Cantón, que de los armamentos que habían atribuido para Chiang Kai-shek, les suministrara por lo menos 5,000 rifles para armar a los campesinos insurrectos de Kwangtung. El pedido fue rechazado.

⁴ Citado de la Open Letter de Chen Tu-hsiu.

deseñada sobre China y de la magnitud y gravedad de la crisis que se aproximaba en la política comunista.

Al principio de 1926 estaba todavía preocupado más estrechamente por la conducta de la diplomacia soviética hacia China que por la dirección de los asuntos comunistas allí. Presidió una comisión especial —cuyos miembros fueron Chicherin, Dzerzhinsky y Voroshilov— que debía preparar recomendaciones para el Politburo sobre la línea que la diplomacia soviética debía seguir en China. Muy poco se conoce del trabajo de la comisión al Politburo el 25 de marzo de 1926.⁵ Como él no se desvinculó del informe, debe suponerse que estaba básicamente de acuerdo con el mismo. La comisión hizo sus recomendaciones en términos estrictamente diplomáticos, sin referencias a los objetivos del partido comunista chino. Mientras el partido intentaba, en cooperación con el Kuomintang, abolir el *statu quo* en China, la comisión ofrecía instrucciones para los servicios diplomáticos soviéticos sobre las actitudes que debían adoptar dentro del *statu quo*. Tanto el partido comunista como el Kuomintang llamaban a la unificación política del país, esto es al derrocamiento del gobierno de Chang Tso-lin, cuyo orden imperaba en el norte, y a la expansión de la revolución desde el sur hacia norte. La comisión de Trotsky reconocía que China continuaba dividida; y sus recomendaciones parecían calculadas para perpetuar la división. En ese momento Chiang Kai-shek estaba preparando ya su gran expedición militar contra el norte. En medio de la confusión que reinaba más allá de la frontera soviética en el Lejano Oriente, la comisión de Trotsky no buscaba promover la revolución sino asegurar toda posible ventaja, para el gobierno soviético. Así la comisión sugería que los agentes diplomáticos soviéticos debían buscar un *modus vivendi* y una división de esferas entre el gobierno de Chang Kai-shek en el sur y el de Chang Tso-lin en el norte.

Más tarde Trotsky sostuvo que en el Buró Político, durante la discusión, Stalin presentó una enmienda del informe según la cual militares soviéticos debían disuadir a Chiang Kai-shek de emprender su expedición. La comisión rechazó la enmienda, pero en términos más generales aconsejó a los agentes soviéticos en China que “demandaran moderación” a Chiang Kai-shek. La principal preocupación del Buró Político era salvaguardar la posición rusa en Manchuria, contra los avances japoneses. La comisión por lo tanto aconsejaba que los enviados rusos en el norte de China debían alentar a Chang Tso-lin a seguir una política de balan-

ce entre Rusia y Japón. Moscú, demasiado débil para eliminar la influencia japonesa en Manchuria y no creyendo en la capacidad del Kuomintang para lograrlo, estaba dispuesto a reconciliarse con el predominio japonés en el sur de Manchuria con tal que Rusia, permaneciendo en posesión del Ferrocarril Chino del Noreste, mantuviera su control sobre la parte norte de la provincia. La comisión urgía a los enviados soviéticos a preparar “cuidadosa y tácticamente” a la opinión pública para ese acuerdo, el cual probablemente lastimaría los sentimientos patrióticos en China. Los motivos del Buró Político estaban mezclados y enredados. Estaba preocupado por Manchuria. Pero también temía que la expedición de Chiang Kai-shek contra el norte diera lugar a que las potencias occidentales intervinieran en China más enérgicamente que hasta entonces. Y sospechaba también que Chiang estaba planeando la expedición como un escape a la revolución, como un medio para absorber y dispersar la energía revolucionaria del sur.

En abril el Buró Político aceptó el informe de la comisión de Trotsky. A esta altura, sin embargo, Trotsky planteó el problema de la política estrictamente comunista en China. Esta, sostenía, debía permanecer independiente de las consideraciones diplomáticas soviéticas; era tarea de los diplomáticos hacer tratos con los gobiernos burgueses existentes —incluso con los viejos caciques militares— pero la tarea de los revolucionarios era derrocarlos. Protestó contra la admisión del Kuomintang en el Comintern. El Sun Yat-senismo, decía, exaltaba la armonía de todas las clases; y por eso era incompatible con la posición marxista de la lucha de clases. Eligiendo a Chiang Kai-shek como miembro honorario, el Ejecutivo del Comintern había incurrido en un mal chiste. Finalmente, repetía sus viejas objeciones contra la adhesión de los comunistas chinos al Kuomintang.⁶ Una vez más, todos los miembros del Buró Político, incluso Zinoviev y Kamenev, que estaban a punto de formar la Oposición Conjunta, defendieron la conducta oficial en los asuntos del comunismo chino. Este intercambio, también, fue incidental. Ocurrió a puertas cerradas dentro del Buró Político y no tuvo consecuencias.

Luego, por todo un año, desde abril de 1926 hasta el fin de marzo de 1927, ni Trotsky ni los otros líderes de la Oposición se refirieron al problema. (Solo Radek, quien desde mayo de 1925 dirigía la Universidad Sun Yat-sen de Moscú y debía exponer la política del partido ante los perplejos estudiantes chinos, “saturaba” al Buró Político pidiendo directivas. No logró obtenerlas y expresó tibias dudas). Sin embargo, ese

año fue el más crucial y crítico en la historia de la Revolución China. El 26 de julio, cuatro meses después de que el Buró Político había discutido el informe de la comisión de Trotsky, Chiang Kai-shek, ignorando los “consejos de moderación” soviéticos, emitió sus órdenes de marcha para la expedición norteña. Sus tropas avanzaron rápidamente. Contra las expectativas de Moscú, su aparición en la China central actuó como un tremendo estímulo para un movimiento revolucionario en escala nacional. Las provincias norteñas y centrales estaban agitadas por revueltas contra la administración de Chang Tso-lin y los corruptos caciques militares que lo apoyaban. Los trabajadores urbanos eran los elementos más activos en el movimiento político. El partido comunista estaba en ascenso. Encabezaba e inspiraba los levantamientos. Sus miembros estaban a la cabeza de los sindicatos, que habían brotado de la noche a la mañana y encontraban entusiasta apoyo de masas en los pueblos y ciudades liberadas. A lo largo de la ruta de avance de Chiang Kai-shek, los campesinos recibían con alborozo sus tropas y, contando con su apoyo, se levantaban contra los caciques militares, los terratenientes y usureros, dispuestos a expropiarlos. Chiang Kai-shek estaba espantado, atemorizado por la marea revolucionaria e intentó contenerla. Prohibió huelgas y manifestaciones, suprimió los sindicatos y envió expediciones punitivas para disciplinar a los campesinos y requisar alimentos. Entre su cuartel general y el partido comunista creció una intensa hostilidad. Chen Tu-hsiu, informando estos sucesos a Moscú, solicitó que su partido fuera por fin autorizado a salir del Kuomintang. Estaba aun por un frente unido de los comunistas y el Kuomintang contra los caciques militares del norte y los agentes de las potencias occidentales; pero sostenía que era imperativo para su partido sacudir la disciplina del Kuomintang; recobrar la libertad de maniobra, alentar el movimiento proletario en las ciudades, apoyar la lucha de los campesinos por la tierra, y prepararse para un conflicto abierto con Chiang Kai-shek. El rechazo fue una vez más la respuesta que recibió Chen Tu-hsiu del Ejecutivo Internacional. Bujarin rechazó su pedido como un peligroso herejía “ultra izquierdista”. Como informante del Comité Central, ante la conferencia del partido en octubre, Bujarin reafirmó la necesidad de “mantener un solo frente nacional revolucionario” en China donde “la burguesía comercial e industrial estaba actualmente jugando un rol revolucionario...”. En esas circunstancias, continuaba diciendo, podía ser difícil para los comunistas satisfacer el clamor del campesinado en demanda de tierra.

El partido chino tenía que conservar un balance entre los intereses del campesinado y de la

burguesía antiimperialista que se oponía al levantamiento agrario. El principal deber de los comunistas era salvaguardar la unidad de todas las fuerzas antiimperialistas y debían repudiar todo intento de dividir al Kuomintang. Paciencia y circunspección eran el santo y seña.

Algo más tarde, también Stalin, hablando ante la comisión china del Comintern, exaltaba a los “ejércitos revolucionarios” de Chiang Kai-shek, demandaba de los comunistas completa sumisión al Kuomintang, y les advertía contra cualquier intento de establecer soviets en pleno auge de una “revolución burguesa”.

A primera vista, las predicciones de Stalin y Bujarin acerca de un “viraje a la izquierda en el Kuomintang” parecieron realizarse. En noviembre el gobierno del Kuomintang fue reconstruido en una amplia coalición, en la cual entraron los grupos izquierdistas, encabezados por Wang Ching-wei, el rival de Chiang, y que incluía dos Ministros comunistas en las carteras de agricultura y trabajo. El nuevo gobierno se desplazó de Canton a Wuhan. El ala derecha del Kuomintang, sin embargo estaba lejos de hallarse “reducida a la impotencia”. Chiang Kai-shek permanecía como comandante supremo de las fuerzas armadas y se hallaba activo preparando el escenario para su dictadura. Era mas bien los comunistas dentro del gobierno quienes estaban reducidos a la impotencia. El Ministro de Agricultura se esforzaba para contener la marea de la revuelta agraria; y el Ministro de Trabajo tuvo que digerir los decretos antiobreros de Chiang Kai-shek. Desde Moscú arribaron entonces nuevos enviados para calmar a los comunistas; después de la partida de Bubnov, el eminente líder comunista hindú, M. N. Roy, apareció en Wuhan con esta misión a fines de 1926.

3

El Buró Político estaba todavía predicando la unidad con el Kuomintang cuando en la primavera de 1927 Chiang Kai-shek, todavía miembro honorario del Ejecutivo del Comintern, llevó a cabo otro golpe por el cual iniciaría la contrarrevolución abierta. El teatro de los acontecimientos fue Shanghai, el más grande centro comercial y urbano de China, dominado por las concesiones extraterritoriales de las potencias occidentales y por sus acorazados anclados en el puerto. Poco antes del ingreso de las tropas de Chiang Kai-shek, los trabajadores de Shanghai se alzaron, destruyeron a la vieja administración y tomaron el control de la ciudad. Nuevamente el desventurado Chen Tu-hsiu apeló a los dirigentes del Comintern buscando impresionarlos con la importancia del acontecimiento —el más grande levantamiento proletario que haya visto Asia— y tratando de liberar a su partido

5. Tomado de Los Archivos de Trotsky.

6. Stalin, Sochineniya, vol. X, p. 154-5.

de sus compromisos con el Kuomintang. Una vez más él y sus camaradas fueron obligados a reafirmar su adhesión al Kuomintang y también a entregar el control de Shanghai a Chiang Kai-shek. Desconcertados pero disciplinados, rechazando la asistencia que les ofrecían los propios destacamentos de Lhiang, los comunistas aceptaron las instrucciones, abandonaron las armas y se rindieron. Luego, el 12 de abril, sólo tres semanas después de su levantamiento victorioso, Chiang Kai-shek ordenó una masacre en la cual fueron inmolados decenas de miles de comunistas y de obreros que los habían seguido.

Así, los comunistas chinos pagaron su tributo al sagrado egoísmo del primer estado obrero, el egoísmo que la doctrina del socialismo en un solo país había elevado a la jerarquía de un principio. Las implicaciones ocultas de la doctrina fueron puestas en evidencia y escritas en sangre sobre los pavimentos de Shanghai. Stalin y Bujarin se consideraban autorizados a sacrificar la Revolución China a lo que ellos pensaban eran los intereses de la consolidación de la Unión Soviética. Concebían su política en China con los mismos sentimientos con que daban forma a su política doméstica en ese momento, pensando que era el primer mandamiento de la prudencia aferrarse al lado seguro de las cosas cautamente, paso a paso, en la conducción de todos los asuntos del estado. La misma lógica que los había inducido a contemporizar con el "campesino rico" en Rusia, los condujo a cortejar tan excesivamente al Kuomintang. En verdad habían esperado que la Revolución China marchase al "paso de tortuga", con el cual pensaba Bujarin que el socialismo podía progresar en Rusia.

Como tan a menudo ha ocurrido en la historia, esta clase de realismo estrecho y aparentemente práctico no era más que una pura ilusión. Los dragones de la revolución y de la contrarrevolución no se dejaban cabalgar a paso de tortuga. Pero los bolcheviques se habían esforzado durante años a fin de ganar un respiro para la Unión Soviética. Habiéndolo ganado, buscaban conservarlo indefinidamente; y reaccionaban con penoso resentimiento contra todo lo que pudiera interrumpirlo o acortarlo. En el interior, una política que arriesgase un conflicto con el campesinado podía interrumpirlo. En el exterior, una política comunista agresiva podía interrumpirlo. Las fracciones dirigentes estaban decididas a que esto no sucediera; y así, sin mover un cabello, hicieron que la Revolución China prologase con su respiración agonizante el tiempo de respiro para el primer estado obrero.⁷

7 Stalin intentó tratar la siguiente Revolución China (1947-49) en la misma forma, pero el empuje de esta revolución era demasiado grande para ello, y Mao Tse-tung había aprendido su lección de la experiencia de Chen Tu-hsiu.

Fue sólo el 31 de marzo de 1927, después de un año de silencio y apenas una noche antes de la masacre de Shanghai, que Trotsky atacó la política china del Buró Político. No hay duda que se había opuesto implícitamente a esa política y a sus premisas. Así lo habían evidenciado sus tempranas protestas contra el ingreso del partido comunista chino en el Kuomintang y contra el honor que el Comintern había conferido a Chiang Kai-shek. Sus propias concepciones, desarrolladas consistentemente por más de veinte años, le hacían imposible aceptar ni aun por un instante los argumentos ideológicos con que Stalin y Bujarin intentaban justificar su estrategia política. Nada estaba más lejos del exponente de la revolución permanente que la posición según la cual, debido a que el levantamiento en China tenía carácter burgués, los comunistas debían olvidar sus aspiraciones socialistas para lograr un acuerdo con la burguesía del Kuomintang. Era inherente a todo el pensamiento de Trotsky que él debía adoptar la opinión de que las fases burguesa y socialista de la revolución se fusionarían, como se habían fusionado en Rusia; que la clase trabajadora sería la principal fuerza conductora; y que la revolución o bien triunfaría como un movimiento proletario culminante en una dictadura proletaria, o bien no triunfaría. ¿Por qué entonces guardó silencio durante el año decisivo? Sabemos que estuvo enfermo mucho tiempo; estaba inmerso hasta el cuello en los asuntos internos y en los asuntos del comunismo europeo; estaba embarcado en una lucha desigual; y debía contar con la delicada situación táctica de la oposición. Su atención —sus papeles privados así lo sugieren— no se enfocó sobre el problema chino hasta los primeros meses de 1927. No había estado al tanto de cuán lejos había llegado el oportunismo y cinismo del Buró Político. Tampoco sabía de la repugnancia con que los comunistas chinos habían cumplido las instrucciones que recibían. No tenía noticia de las muchas apelaciones y protestas de Chen Tu-hsiu —Stalin y Bujarin las habían ocultado en archivos secretos; ni estaba informado de otras comunicaciones confidenciales que habían circulado entre Moseú y Cantón o Wuhan. Cuando al fin, disponiendo de que poco más que las noticias accesibles para todo el mundo, comenzó a alarmarse y planteó el asunto dentro del círculo dirigente de la Oposición, se encontró con que incluso aquí estaba aislado.

Hasta fines de 1926, Zinoviev y Kamenev tenían poco que reprochar a la política oficial. Aferrados a las "viejas ideas bolcheviques" de 1905, ellos también sostenían que la Revolución China debía necesariamente limitarse a sus objetivos burgueses y antiimperialistas. Aprobaban el ingreso del partido en el Kuomintang. Durante su predominio en el Comintern, Zinoviev mismo debe haber desempeñado su parte en

implementar esa política y en descartar las objeciones de Chen Tu-hsiu. Pero aun los más importantes trotskistas, Preobrazhensky, Radek, y también parece, Pyatakov y Rakovsky, retrocedieron cuando Trotsky aplicó a China el esquema de la Revolución Permanente. No pensaban que pudiera establecerse una dictadura proletaria y que el partido comunista pudiera tomar el poder en un país incluso más atrasado socialmente que lo que había sido Rusia. Sólo cuando Trotsky amenazó con plantear la cuestión bajo su propia responsabilidad y virtualmente dividir a la Oposición en torno al problema y sólo después de haberse hecho abundantemente claro que los trabajadores eran de hecho la "principal fuerza dirigente" de la Revolución China y que obstruyéndola Stalin y Bujarin habían ido atrás hacia mucho más allá del punto en que la teoría y el dogma del "viejo bolchevismo" tenía algún significado, sólo entonces los líderes de la Oposición consintieron en abrir en el Comité Central la controversia sobre China. Aun entonces estaban preparados para marchar en contra de la política oficial pero no contra sus premisas. Estaban dispuestos a atacar el excesivo celo con que Stalin y Bujarin habían convertido al partido chino en cómplice de Chiang Kai-shek, reprimiendo huelgas, demostraciones y levantamientos campesinos; pero todavía sostenían que los comunistas debían permanecer dentro del Kuomintang, y que esta revolución "burguesa" no podía anunciar una dictadura proletaria en China. Esta actitud era autocontradictoria y llevaba en sí su propia derrota, pues una vez que había sido aceptado que los comunistas debían permanecer dentro del Kuomintang, era inconcebible esperar que no pagaran algún precio por ello. Trotsky se contentó con abrir la nueva controversia dentro de los límites en los cuales Zinoviev, Kamenev, Radek, Preobrazhensky y Pyatakov estaban preparados para conducirla. En los primeros meses del año los jefes de la Oposición estaban buscando aún ajustar sus diferencias; sólo hacia fines de marzo definieron el terreno común desde el cual descargarían el ataque. Ellos se embarcaban ahora en una nueva y peligrosa aventura. Trotsky era consciente de sus pálidas perspectivas. El 22 de marzo, el mismo día en que los trabajadores de Shanghai se alzaban en armas y las tropas de Chiang Kai-shek entraban en la ciudad, señala en sus papeles privados que existía "el peligro de que en el Comité Central conviertan el problema en una lucha facciosa en vez de discutirlo seriamente". A pesar de todo, la cuestión debía ser planteada, pues "¿cómo puede uno guardar silencio cuando está en juego nada menos que la cabeza del proletariado chino?"

El hecho de que la Oposición se dedicara a China tan tardamente y con tantas reservas mentales, debilitaba su posición desde el principio. La política que en las próximas semanas iba a provocar la *debacle* había sido desarrollada por lo menos durante tres largos años. Difícilmente hubiera podido ser invertida en el término de dos o tres semanas. Cuando Trotsky estaba resolviendo que no podía guardar silencio cuando "la cabeza del proletariado chino estaba en juego", esta cabeza estaba bajo los golpes demoleedores de Chiang Kai-shek. De modo que cuando la Oposición denuncia a Stalin y Bujarin como los responsables, ellos replicaron preguntando dónde había estado la Oposición y por qué había guardado silencio durante tres largos años. Sugirieron plausiblemente que la indignación de los críticos era espúrea, que la Oposición había estado buscando un punto controvertible, y que tomaba el asunto chino "como el ahogado se aferra a una rama". Estas réplicas no eran totalmente inmerecidas. Stalin sacaba a luz las inconsistencias en las actitudes de la Oposición y explotaba al máximo la diferencia entre Trotsky y sus colegas. Esto no altera el hecho de que las críticas de la Oposición, si bien tardías e indecisas, estaban justificadas. En cuanto a Trotsky, durante todas esas tremendas semanas, día tras día luchó, con todo su coraje y energía, para obtener que aquella política fuera revisada a último momento: sus análisis de la situación eran de claridad cristalina; sus pronósticos no tenían falla, y sus advertencias eran como poderosas campanas de alarma.

La posteridad puede sólo maravillarse ante la maligna complacencia y la obstinación con que las facciones dirigentes cerraron sus oídos durante estas semanas, y a través del resto del año, cuando, en medios de tantos rápidos cambios en China, Trotsky trató incensantemente de inducirlos para que, por lo menos, evitaran la destrucción del comunismo chino. En todo momento despreciaban sus sugerencias, en parte por cálculo político y en parte porque no estaban dispuestos a reconocer su error frente a él.

No está fuera de lugar estudiar aquí por lo menos algunas de las intervenciones de Trotsky. En su carta al Buró Político, del 31 de marzo, quejándose de que no tenía acceso a los informes de los consejeros soviéticos y de los enviados del Comintern, señalaba el ascenso del movimiento obrero y del comunismo como el hecho dominante en esa fase de la revolución. ¿Por qué, preguntaba, el partido no llama a los trabajadores a elegir soviets, al menos en los principales centros industriales como Shanghai y Hankow?

¿Por qué no alienta la revolución agraria? ¿Por qué no busca establecer la cooperación más estrecha entre los obreros insurgentes y los campesinos? Sólo esto podía salvar a la revolución, insistía, que estaba ya confrontando el peligro de un golpe militar contrarrevolucionario. Tres días después, el 3 de abril, se pronuncia contra una afirmación editorial del *Communist International* respecto a que el problema crucial en China era "extender la influencia del Kuomintang". Esto era exactamente lo que no constituía el problema crucial, replicaba. El Kuomintang no podía dirigir la revolución hasta la victoria. Los obreros y campesinos debían ser urgentemente organizados en consejos. Día por medio protestaba contra las arengas de Kalinin, Rudzutak y otros, quienes afirmaban que todas las clases de la sociedad china "miraban al Kuomintang como su partido y debían darle al gobierno del Kuomintang un apoyo de todo corazón". El 5 de abril, una semana antes de la crisis de Shanghai, escribió enfáticamente que Chiang Kai-shek estaba preparando un golpe cuasi bonapartista o fascista y que sólo los Consejos Obreros podían frustrarlo. Tales Consejos, soviets, debían actuar primero para contrabalancear la administración del Kuomintang, y luego, después de un período de "poder dual", convertirse en órganos de la insurrección y del gobierno revolucionario. El 12 de abril, el día de la masacre de Shanghai, escribió una tormentosa refutación de una elegía del Kuomintang que había aparecido en *Pravda*; su autor, Martinov, había estado por más de veinte años en la extrema derecha menchevique, había ingresado al partido comunista sólo después de la guerra civil, y era por entonces una de las luminarias del Comintern. En los días siguientes, Trotsky escribió a Stalin solicitándole una vez más que le mostraran los informes confidenciales sobre China. Grotescamente, el 18 de abril, una semana después de la masacre de Shanghai, el secretario oriental del Comintern le invitó, como a otros líderes soviéticos, a que autografiara una fotografía para Chiang Kai-shek en señal de amistad. Se rehusó y reprochó con colérico desprecio a los funcionarios del Comintern y a sus inspiradores.

Por este tiempo habían arribado a Moscú los informes sobre la carnicería de Shanghai. Los justificativos de Stalin y Bujarin estaban aún frescos en la memoria de todos. Afortunadamente para ellos, las críticas de la Oposición no habían tomado estado público; sólo estaban informados de la controversia algunos cuadros del partido, oficiales del Comintern y los estudiantes chinos en Moscú. Stalin y Bujarin hicieron todo lo posible para empuñecer los sucesos y presentarlos como un episódico paso atrás en la Revolución China. De todos modos, se vieron obligados a modificar su política. Habiendo ca-

duca la "alianza" con Chiang Kai-shek, dieron instrucciones a los comunistas chinos para que se acercaran lo más posible a la "izquierda del Kuomintang", es decir, el gobierno de Wuhan, encabezado por Wang Ching-wei. La izquierda del Kuomintang estaba temporariamente en conflicto con Chiang Kai-shek y ansiosa de beneficiarse con el apoyo comunista. Moscú estaba dispuesto a concederle y confiaba en que Chen Tu-hsiu y sus camaradas se abstendrían como antes de una acción revolucionaria provocativa y se someterían a la disciplina de Wang Ching-wei.

Trotsky afirmó que la nueva política meramente reproducía los viejos errores en una escala menor. Los comunistas debían ser alentados para adoptar por fin una política agresiva, formar consejos de obreros y campesinos y apoyar con toda su fuerza la rebelión campesina en el sur de China, donde Chiang Kai-shek no gobernaba y ellos podían aún actuar. En verdad, veía grandemente reducidas las posibilidades de acción revolucionaria; el golpe de Chiang Kai-shek, a despecho de los intentos oficiales de disminuir su importancia, era un "cambio básico" desde una situación revolucionaria a una situación contrarrevolucionaria y un "golpe aplastante" para las fuerzas revolucionarias urbanas. Pero consideraba que Chiang Kai-shek no había tenido éxito en suprimir los dispersos y escurridizos movimientos agrarios; que la lucha de los campesinos por la tierra continuaría, y que podría en su momento servir de estímulo para un reavivamiento de la revolución en las ciudades. Los comunistas debían arrojar todo su peso en favor de los movimientos agrarios, pero para ser capaces de hacer esto debían romper por fin con el Kuomintang, con la "izquierda" tanto como con la derecha, y perseguir sus propios objetivos. Sobre este punto los Zinovievistas estaban también en desacuerdo una vez más. Preferían aún que el partido chino permaneciera dentro del ala izquierda del Kuomintang; pero deseaban que llevara a cabo una política independiente, en oposición a Wang Ching-wei. Entre estas líneas argüía sus ideas la Oposición en muchos escritos, ninguno de los cuales vio la luz.

El retorno de la Oposición al ataque a propósito del problema chino puso a las facciones dirigidas en estado febril. Su predicamento era grave, nunca antes había sido tan manifiestamente revelada la futilidad de su política y nunca antes sus líderes se habían desgraciado en forma tan ultrajante y ridícula. Por el mismo tiempo, otro paso atrás, menor en comparación, se sumó a sus dificultades. El Consejo Anglo Soviético se rompió: los líderes de los sindicatos británicos se retiraron. En el campo diplomático había alta tensión entre Gran Bretaña y la Unión Soviética. Otra de las grandes esperanzas de la política

oficial se había desvanecido en el aire. Las facciones gobernantes aprovecharon al máximo las circunstancias precisamente para distraer la atención respecto a China y bloquear toda discusión. Elevaron una gritería acerca del peligro de guerra e intervención y crearon un estado de nerviosidad pública y alarma nacional, en el cual era fácil condenar a la Oposición como antipatriótica. Stalin esgrimió el látigo, arrojó nuevas amenazas de expulsión y usó todos los medios de presión moral para silenciar sus críticas. Ante su insistencia, Krupskaya rogó a Kamenev y Zinoviev que no hicieran una "camorra por China" y que recordaran que podían encontrarse "criticando al partido desde afuera". La Oposición descaba impedir la "camorra". Trotsky y Zinoviev propusieron que el Comité Central debía reunirse y tratar las diferencias en privado, de modo que la discusión no debía ser publicada ni aun en el boletín confidencial que el Comité Central editaba para los "activistas". Stalin, sin embargo, no podía debatir ni aun en privado, y el Buró Político se rehusó a convocar la reunión.⁵

Luego, en la última semana de mayo, Trotsky forzó a un debate en la sesión del Ejecutivo del Comintern. Apeló desde el partido ruso a la Internacional. Al hacerlo actuaba en su derecho. El Ejecutivo de la Internacional nominalmente era la corte de apelaciones ante quien todo comunista tenía derecho a formular quejas contra su propio partido. *Pravda*, sin embargo, de inmediato denunció la apelación como un acto de deslealtad y una ruptura de la disciplina. La Oposición, no obstante, utilizó la oportunidad para presentar una crítica a toda la política oficial, interna y externa, en Asia tanto como en Europa. Para reforzar sus manos y protegerse contra represalias, o como expresó Trotsky, "para esparcir el golpe esperado sobre muchos hombres", la Oposición organizó una demostración política similar a la que habían hecho los Cuarenta y Seis en 1923: en la víspera de la sesión un grupo de 84 prominentes representantes del partido declararon su solidaridad con las opiniones de Trotsky y Zinoviev. Stalin no podía en verdad aplicar inmediatamente medidas disciplinarias contra Trotsky y Zinoviev sin aplicarlas

también a los Ochenta y Cuatro y por lo tanto a los Trescientos que habían firmado la declaración de solidaridad. Pero su *démarche* conjunta permitió a Stalin proclamar que la Oposición había roto su promesa y se había reconstituido como fracción.

El 24 de mayo Trotsky habló ante el Ejecutivo del Comintern. Irónicamente, tuvo que comenzar con una protesta contra el tratamiento que el Ejecutivo dispuso a Zinoviev, su anterior presidente, quien no hacía mucho lo había acusado ante ese mismo Ejecutivo. Zinoviev no era ahora ni siquiera admitido en la reunión. Trotsky habló de la "debilidad intelectual y la incertidumbre" que llevaban a Stalin y Bujarin a esconder a la Internacional la verdad sobre China y a denunciar la apelación de la Oposición como un crimen. El Ejecutivo debía publicar sus actuaciones — "los problemas de la revolución china no pueden ser guardados en una botella y sellados". Debía cuidarse de los graves peligros que acechaban en el "régimen" de la Internacional modelado a semejanza del partido ruso. Algunos líderes comunistas extranjeros estaban impacientes con la Oposición e imaginaban que el partido ruso al igual que la Internacional podían resumir la vida normal una vez que se desembarazaran de Trotsky y Zinoviev. Se engañaban a sí mismos. "Sucederá lo contrario... Por este camino habrá sólo más dificultades y más convulsiones". Nadie en la Internacional se atrevía a hablar por temor a que la crítica perjudicara a la Unión Soviética. Pero nada era tan perjudicial como la falta de crítica. El desastre chino así lo había demostrado. Stalin y Bujarin estaban preocupados principalmente con su autojustificación y en cubrir sus desastrosos errores. Pretendían que todo lo habían previsto y todo lo habían preparado. Sin embargo, sólo una semana antes de la crisis de Shanghai, Stalin se había jactado ante un mitin del partido de que "usaremos a la burguesía china y luego la arrojaremos como a un limón exprimido". "Este discurso nunca fue publicado, porque pocos días después el 'limón exprimido' tomaba el poder". Los consejeros soviéticos y los enviados del Comintern, especialmente Borodin, se habían conducido "como si hubieran sido una especie de Kuomintern":

Impidieron la política independiente del proletariado, su organización independiente y especialmente el armamento de los trabajadores... Habiendo prohibido que los trabajadores con las armas en la mano ahuyentaran la gran quimera de una revolución nacional que abrazaría a todas las clases de la sociedad china... El partido comunista chino es un partido encadenado... ¿Por qué no ha tenido ni tiene hasta el día de hoy su propio diario. Porque el Kuomintang no lo desea... Pero por este camino la clase obrera ha sido mantenida políticamente desarmada.

⁵ El 7 de mayo Trotsky escribió una carta a Krupskaya. Herido por sus palabras acerca de la "camorra sobre China" le pidió que no se olvidara un gran problema. "¿Quién tiene razón, nosotros o Stalin?". Pasó revista a todo lo que la Oposición había hecho para asegurar una discusión en privado, y recordó a Krupskaya que hasta muy recientemente ella había estado con la Oposición y contra la "brutalidad y deslealtad de Stalin". Había floreado a ser mejor el régimen de Stalin desde entonces? Escribió a la viuda de Lenin con pena y frustración, mezclada con un sentimiento afectuoso — éste era en cierta forma su adiós a ella — y dudó sobre la finalización de la carta: "Yo deseo de todo corazón que tenga buena salud y buena... confianza en la integridad de esta línea que..." Tachó, reescribió y tachó nuevamente y pensó las dos últimas líneas. El borrador de la carta está en Los Archivos de Trotsky.

Mientras el Ejecutivo estaba reunido en sesión, la tensión entre Gran Bretaña y la Unión Soviética alcanzó un punto crítico: la policía británica había allanado las oficinas de la misión comercial soviética en Londres y el gobierno británico rompió relaciones con Rusia. Stalin explotó estas circunstancias. "Debo afirmar, camaradas" —dijo al Ejecutivo concluyendo su informe—, "que Trotsky ha elegido para sus ataques... un momento demasiado inoportuno. Precisamente he recibido la noticia de que el gobierno conservador inglés ha resuelto romper relaciones con la URSS. No es necesario probar que lo que se intenta es una cruzada total contra el comunismo. La cruzada ya ha comenzado. Algunos amenazan al partido con la guerra y la intervención; otros, con una escisión. Ha nacido algo así como un frente unido desde Chamberlain hasta Trotsky... No tengan duda que seremos capaces de romper este nuevo frente". Apostaba todo al ala izquierda del Kuomintang con la misma confianza con que previamente había apostado al ala derecha del Kuomintang: "Sólo los ciegos pueden negar a la izquierda del Kuomintang el rol de órgano de la lucha revolucionaria, el rol de órgano de la insurrección contra las supervivencias feudales y el imperialismo en China". Demandaba, en efecto, que la Oposición se mantuviera en silencio so pena de ser acusada de brindar ayuda al enemigo.

No era la primera vez que Stalin hacía estas insinuaciones acerca de "un frente unido desde Chamberlain hasta Trotsky". Pocos meses antes, Pravda lo había hecho en forma anónima. Pero ahora por primera vez la insinuación vaga y anónima era reemplazada por la acusación directa. He aquí la réplica de Trotsky:

Sería patéticamente absurdo creer que la Oposición renunciará a sus posiciones... Stalin ha dicho que la Oposición está situada en un frente con Chamberlain y Mussolini... A esto yo replico: Nada ha facilitado tanto el trabajo de Chamberlain como la falsa política de Stalin, especialmente en China... Ni un solo trabajador honesto creerá en la demente infamia acerca del frente unido entre Chamberlain y Trotsky.

Replicando al llamado de Stalin en favor del ala izquierda del Kuomintang, Trotsky dijo:

Stalin quiere y desea que la Internacional asuma la responsabilidad por la política del Kuomintang y del gobierno de Wuhan como él asumió repetidamente la responsabilidad por la política de... Chiang Kai-shek. No tenemos nada en común con esto. No queremos asumir ni siquiera una sombra de responsabilidad por la conducta del gobierno de Wuhan y de la dirección del Kuomintang; y nosotros aconsejamos urgentemente al Comintern que rechace esa responsabilidad. Decimos directamente a los campesinos chinos; los líderes del ala izquierda del Kuomintang... los tracionarán inevitablemente si ustedes los siguen... en vez de formar sus

propios soviets independientes. (ellos) se unirán diez veces con Chiang Kai-shek contra los obreros y campesinos.

Aun continuaba la polémica en el Kremlin, cuando en el remoto sur de China la predicción de Trotsky ya estaba realizándose. En mayo se produjo allí el llamado golpe de Chan-Sha. El gobierno de Wuhan a su turno se lanzó a suprimir sindicatos, envió tropas a dominar las insurrecciones campesinas y golpeó a los comunistas. Durante casi un mes la prensa soviética guardó silencio respecto a estos sucesos. Las resoluciones del Ejecutivo, dictadas por Stalin y Bujarin, eran grotescamente anticuadas, incluso antes de haber salido de la imprenta; y Stalin se apresuró a estructurar nuevas instrucciones para el partido chino. Todavía le ordenaba permanecer dentro del ala izquierda del Kuomintang y seguir apoyando al gobierno de Wuhan; pero le ordenaba que protestara ante el empleo de tropas contra los campesinos y que aconsejara al gobierno de Wuhan que, para restringir el movimiento agrario, buscara la ayuda de Consejos Campesinos en vez de recurrir a las armas. Por ahora, sin embargo, el ala izquierda del Kuomintang estaba expulsando de sus filas a los comunistas. Durante junio y julio se profundizó la brecha entre ellos; y la escena estaba lista para una reconciliación entre el ala izquierda del Kuomintang y Chiang Kai-shek.

Las repercusiones se sintieron de inmediato en Moscú. Casi diariamente Trotsky protestaba contra la supresión de la información. Zinoviev pedía que un tribunal partidario juzgara a Bujarin, quien, como editor de Pravda, era responsable de la supresión. Al fin Zinoviev y Radek acordaron demandar con Trotsky que los comunistas debían salir del ala izquierda del Kuomintang. Esto ahora era irrelevante, pues desde que el ala izquierda del Kuomintang había roto con los comunistas, Stalin no podía hacer otra cosa que aconsejarles... romper con ella.

En realidad Stalin estaba en efecto preparándose para llevar a cabo uno de sus mayores virajes y pasar al curso "ultraizquierdista" que, hacía fines de ese año, iba a llevar a los comunistas chinos, cuando la revolución estaba decauyendo, a la inútil y sangrienta insurrección de Cantón. En julio retiró de China a Borodin y Roy y envió a Lominadze, un secretario del Comsomol soviético, y a Heinz Neuman, un comunista alemán, ambos sin el menor conocimiento de los asuntos chinos y con inclinaciones hacia el "putchismo", para efectuar un golpe de mano en el partido chino. Acusaron a Chen Tu-hsiu, el reticente pero leal ejecutivo de las órdenes de Stalin y Bujarin, como el villano "oportunist" de la pieza y lo convirtieron en el chivo emisario de todos los fracasos.

FIN

Manuel López

El Modelo Maoísta de Cambio y de Acumulación Primitiva

Quando los comunistas chinos tomaron el poder, su mayor objetivo era consumir la revolución democrático-burguesa. Sin embargo, menos de ocho años después, toda la economía del país estaba socializada. Estudiando el proceso de socialización se perfilan con la mayor nitidez las peculiares características del equipo que reclama para sí el liderazgo del comunismo mundial.

China: Una Sociedad de Pequeña Economía Agraria y Artesanal.

A mediados del siglo XVII los manchúes invadieron China, derrocaron a la dinastía Ming e impusieron su dominio sobre todo el territorio. El nuevo régimen no modificó la estructura económica del país, pero la prolongada paz que impuso sobre él favoreció una violenta explosión demográfica. Entre 1700 y 1850 la población aumentó unas cinco veces. A despecho de este enorme crecimiento, la producción agrícola señaló aumentos mínimos. De 45 millones de hectáreas cultivadas en 1700 había llegado solamente a 54 millones en 1793. El promedio de tierra disponible por cabeza bajó a menos de 4 mou¹ y continuó disminuyendo en los años siguientes. Los problemas que creaba la escasez de tierra, eran agudizados por la actitud de los señores que las acaparaban, aplastando a los campesinos bajo el peso de los impuestos, los arrendamientos y los préstamos usurarios². Los problemas del minifundio se hicieron enormes puesto que, a diferencia de Europa, no se instituyó el mayorazgo para el reparto de la tierra, y ésta se dividía entre todos los hijos por igual. La sola enunciación de las desigualdades en la tenencia de la tierra bastan en América Latina para definir un pro-

grama revolucionario. En China, en cambio, la escasez de tierra superaba ya el problema de la desigualdad en la distribución. Cada vez más, el problema mayor era la escasa producción aunque los campesinos sintieran sus efectos exclusivamente como una carencia de tierra por culpa de la explotación de los señores. Mientras tanto las ciudades eran sólo centros aislados donde residía la burocracia política y militar. Nada parecido al desarrollo comercial e industrial de la Edad Media europea se había producido en China. Las ciudades eran pequeños núcleos desparramados sobre todo el país con vida solamente en algunos puertos comerciales. Por sus características eran incapaces de absorber el excedente de la población campesina mientras ésta, impelida por la doble acción de la falta de tierra y las exacciones de los usureros, se arrojaba a la rebelión.

A principios del siglo XX, el campesino que poseía más de una hectárea pertenecía ya a la clase acomodada, aunque luego de reservar lo que necesitaba para consumir él y su familia, muy poco quedaba de su producción para enviar al mercado. Según un estudio efectuado en la década del 30, la parcela media era de aproximadamente una hectárea, dividida en 5 ó 6 lotes distantes unos 2 ó 3 kilómetros de la casa del cultivador³. La excesiva pequeñez de las parcelas, la falta de herramientas y la ignorancia de los campesinos hacían casi imposible alimentar la población china. Periódicamente, una

1. Un mou equivale a unos 600 ml. O sea que 4 mou equivalen a un cuarto de hectárea.

2. Véase, por ejemplo, Ping Chia Kuo, China, New Age New Outlook, Penguin Books (London, 1960), págs. 20 a 22.

3. J. L. Buck, Land Utilization in China, University of Chicago Press (Chicago, 1937), págs. 151 a 155.

inundación o una sequía, afectaba a provincias enteras. La ausencia de medios de transporte masivos impedía a las provincias con excedentes acudir en ayuda de las regiones necesitadas y éstas eran diezmadas por el hambre.

La Industria China Hija del Capital Extranjero.

Aunque sin modificar la economía del país, a principios de siglo surgieron algunas fábricas creadas básicamente por el capital extranjero. La importancia de éste era tal que en el año 1936 constituía el 74 % del capital invertido en la industria⁴. Todavía entonces la producción china era predominantemente artesanal, y la clase obrera no constituía ni siquiera el 3 % de la población⁵. La producción de las fábricas modernas representaba en 1933 apenas **desparramados** sobre todo el país con vidas el 22 % del producto total, el 78 % restante era **generado** por los artesanos.

En la **década del treinta** cuando los japoneses ocuparon Manchuria, iniciaron inversiones en gran escala con el propósito de convertir esa zona en una gran base industrial. De acuerdo a estadísticas incompletas, el total de inversiones japonesas en Manchuria, Formosa y el Norte y Este de China totalizaron unos 10.000 millones de dólares. Esta cifra era más del doble que toda la inversión extranjera en China antes de la guerra, inversión estimada en 4.500 millones de dólares para 1937⁶.

Buena parte de las instalaciones industriales que los japoneses construyeron en Manchuria fueron desmanteladas al fin de la guerra por el Ejército Rojo y trasladadas a la Unión Soviética⁷. El resto, con la rendición del Japón, pasó a manos del Estado Chino. Como resultado de este suceso, las empresas manejadas en 1947 por el Comité de Recursos Nacionales del Gobierno Nacionalista ocupaban un papel predominante en la industria: poseían el 63 % de la industria eléctrica, 32 % del carbón, 90 % del hierro y acero, 100 % del tungsteno, 45 % del cemento y 90 % del azúcar. En 1949 el 67 % del capital industrial pertenecía al Estado⁸.

Las cifras reflejan, dentro de su limitación, las contradicciones de la sociedad china. Combatir al capital extranjero significaba atacar a los propietarios de toda la industria, de la misma manera que combatir a los terratenientes en el campo significaba atacar a los usureros y a los campesinos medios. La estructura social no dejaba lugar para métodos reformistas. Cuando el Kuomintang, partido burgués, impotente para llevar a cabo la menor reforma, dejó su puesto al partido comunista, éste se vio obligado más por las condiciones sociales que por su ideología a llevar a cabo una revolución radical que si no figuraba en su programa inmediato permanecía latente en su denominación.

La historia de la Revolución China comienza a mediados del siglo XIX con la rebelión campesina de los Taiping que duraría quince años. Desde entonces, el país penetra en un período de convulsiones y disolución nacional. En la misma época la intervención armada de las potencias europeas asestó un fuerte golpe a la vieja estructura de poder; ocupando puertos y ciudades, creando una nueva clase de "compradores", apoyando las rebeliones locales contra el gobierno central, inundando China con manufacturas baratas que arruinaban a los artesanos nativos. Las potencias capitalistas hicieron inevitable la disolución del antiguo régimen. En 1901 comenzó la rebelión de los boxers y una década más tarde un movimiento revolucionario nacional logró proclamar la república el 1º de enero de 1912. La presidencia de la república fue ocupada por Sun Yat-sen, un revolucionario sincero. Su programa era: tierra para el campesino, industrialización del país a través del capital estatal y avance hacia el socialismo mediante un proceso pacífico, cualquiera fuera su duración. Aunque en los hechos las ideas de Sun Yat-sen no superaban el marco burgués, éstas se estrellaron impotentes contra el aparato de su propio partido, el Kuomintang; la burguesía, temerosa de la insurrección campesina y del coraje revolucionario que expresaba la incipiente clase obrera urbana, se negaba a modificar el viejo estado de cosas. Pero la insurrección agraria continuaba, y veinte años después de la muerte de Sun Yat-sen, Mao enarbolaba victorioso en el programa de la Nueva Democracia las ideas del dirigente nacionalista chino, en oposición a las tropas del Kuomintang, sostenedoras del statu quo. Una notable muestra de la incapacidad del Kuomintang para llevar adelante la menor reforma se puede hallar en la corrupción que se fue extendiendo por todos los niveles del entonces partido del gobierno. En sus últimos años, el Kuomintang era poco más que una mala máquina militar pero un gran recurso para adquirir riqueza⁹. A partir de 1947

la corrupción de los dirigentes, la inflación desatada en el país, con el consiguiente envilecimiento de la moneda que debió cambiarse tres veces en un par de años, dejaron al partido nacionalista huérfano incluso del apoyo de las clases acomodadas de las aldeas y de los comerciantes de la ciudad. Después de 20 años de defender a las clases privilegiadas, Chiang Kai-shek encontró que las mismas no respondían a su llamado. Como una cáscara vacía el Kuomintang se deshizo delante de las tropas campesinas de Mao Tse-tung¹⁰.

La victoria comunista, resultado de la firme determinación del maoísmo de vencer, vio favorecido su éxito por la disolución de la vieja China. La insurrección campesina llevó lógicamente al poder al único equipo con fuerza política y militar que quedaba en China. Al fin de la guerra civil las clases poseedoras estaban exhaustas. Contrariamente a la experiencia de la revolución bolchevique, no quedaba fuerza capaz de levantarse en armas contra el gobierno comunista. Pero el partido que levantaba en alto la consigna de la revolución democrática burguesa bajo la hegemonía obrero-campesina, haría una vez en el poder, más problemas y tan graves como los enfrentados en su larga lucha contra el Kuomintang.

De la Etapa Anterior al Arado a la Revolución Socialista

Si bien hay otros países tan pobres como China, la **magnitud de su población** —superior a la de un Continente— permite ubicar a esta nación como la más atrasada de la Tierra. Comparando la China de 1952 con la Unión Soviética en 1928, el profesor Rostow preparó un cuadro con diversos índices económicos de ambos países, para apreciar las distintas facilidades con que contaban ambos al comenzar su industrialización. La transcripción de unas pocas cifras resulta suficientemente elocuente¹¹:

	Unidad	U.R.S.S. 1928	CHINA 1952
Producto bruto per cápita	U\$S	240	50
Producto por persona ocupada en trabajos agrícolas	U\$S	230/270	45
% del presupuesto militar en el producto	%	2	7
Producción de carbón per cápita	kg.	273	96
Acero crudo per cápita	kg.	29	2
Hierro per cápita	kg.	22	3

10. Ping Chia Kuo, págs. 82-3.

11. Rostow, págs. 322-3.

A principios de la década del 50, China poseía sólo **algunos gérmenes** de producción industrial. La agricultura, por su parte, se mantenía en las **mismas condiciones** que hace dos mil años. Los arados de madera eran y son todavía comunes en la mayor parte de China, cuando los hay¹², y las **herramientas más simples** (incluso palas) casi inexistentes. Naturalmente que la maquinaria agrícola era casi desconocida. En 1929 la URSS comenzó su programa de colectivización con 210.900 tractores; en China en 1956 la tierra estaba casi totalmente colectivizada y había sólo 20.000¹³. Tampoco existían animales de tiro; de acuerdo con Buck, en el período de guerra sólo 34 % de las granjas tenían bueyes, 18 % búfalos, 18 % burros, 6 % mulas y 5 % caballos¹⁴. Como algunas granjas mayores tenían varios animales, se deduce que más de la mitad de ellas no tenían ninguno.

Que la mayor parte del esfuerzo se hiciera mediante músculos humanos no es una característica exclusiva del campo en China. Aproximadamente el 60 % del transporte del país se realiza aún hoy sobre espaldas humanas. Manchuria es la única zona con un sistema ferroviario relativamente amplio, aunque en su mayor parte compuesto por monovías. Un viaje de la provincia de Sinkiang a Pekín demandaba, hasta hace un par de años, tres meses de marcha. En fecha tan reciente como 1957, para solucionar el embotellamiento del sistema de transporte, Po I-po exhortaba en el Congreso Nacional del Pueblo a que se fomentaran aún más los métodos tradicionales de transporte, como los de tracción animal, los coches de mano (rickshaw) y los barcos de madera¹⁵.

La falta de transporte dificultaba en gran medida el acceso de los bienes manufacturados al medio rural, permaneciendo éste en una economía de auto subsistencia. Hasta la República Popular era común que la economía de los campesinos comprendiera un ingreso monetario de unas pocas libras al año¹⁶.

Incidiendo sobre el panorama del atraso y agudizándolo aún más, actúa el incremento de la población. Los 600 millones de habitantes de China crecen cada año un número semejante a la población de toda la Argentina. El aspecto humano del aumento de la población puede hallarse en una investigación por muestreo efectuada en una fábrica de Shangai; se comprobó allí que 17 % de las mujeres estaba encinta ca-

12. T. J. Hughes y D. E. T. Luard, La China Popular y su Economía, Fondo de Cultura Económica (México, 1961), pág. 12.

13. Ten Great Years (Pekin, Foreign Languages Press, 1960), citado por Cheng.

14. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 15.

15. T. J. Hughes, ob. cit., págs. 138 a 140.

16. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 21.

4. Wang Chün-yu, Why Old China Could Not Be Industrialized, People's Daily, mayo 21 de 1955, citado por Chang Chün-yan, Communist China Economy, Sator, Hall University Press, 1963.

5. Walter W. Rostow, The Prospects for Communist China, The Manufacturing Institute of Technology, 1954, pág. 156.

6. Chen Chen, Some Peculiarities of Industry in Old China, octubre de 1949, citado por Chang.

7. Rostow calcula que los soviéticos se llevaron más de la mitad del capital existente en la zona, o sea el equivalente a unos 6.000 millones de dólares (véase ob. cit., pág. 237).

8. Wu Cheng-min, Estimate and Analysis of China's Industrial Capital, New China Monthly, Vol. 1, octubre de 1949, citado por Chang.

9. Ping Chia Kuo, pág. 49.

da 10 meses, 53 % una vez al año y 22 % dos veces cada tres años¹⁷. Las medidas de salubridad e higiene tomadas por el gobierno a partir de 1949, incidieron aún más sobre el aumento de la población al disminuir la mortalidad.

El problema de la población supera los límites conocidos en Occidente, no sólo por su acelerado crecimiento sino también por su magnitud absoluta. Para hacer una comparación gráfica, si se trasplantase toda la industria y los bienes económicos disponibles de Estados Unidos a China, este país apenas tendría un ingreso por cabeza comparable al argentino y una disponibilidad equivalente de bienes. Lograr en China un nivel equivalente al norteamericano significa construir dentro de sus fronteras tantas fábricas y bienes como los que ahora existen en todo el planeta, cuya construcción ha demandado siglos.

La Etapa de la Reconstrucción y de la Nueva Democracia (1949-1952)

El 24 de abril de 1945 Mao publicó su trabajo *Sobre el Gobierno de Coalición*. En él afirmaba:

"Es imposible para el pueblo chino poner en práctica un sistema socialista estatal en la presente etapa cuando su tarea es aún destrozarse la opresión extranjera y feudal y el país carece de los requisitos sociales y las condiciones económicas para el socialismo... (Nuestras) posiciones están completamente de acuerdo con las ideas del doctor Sun Yat-sen sobre la revolución... Están equivocados los que piensan que los comunistas chinos están contra el desarrollo de la iniciativa individual, el desarrollo del capital privado y la protección de la propiedad privada legítimamente adquirida... (daremos) asistencia a las diversas empresas industriales privadas, facilitándoles la obtención de préstamos, para compra de materia prima y venta de sus productos"¹⁸.

Este programa burgués reformista que relegaba la revolución socialista al futuro, fue incesantemente repetido por los comunistas chinos hasta un par de años después de la toma del poder. La realidad les demostraría en poco tiempo que en los países atrasados del siglo XX la superación no sólo de la opresión feudal, sino también del atraso, sólo es posible con los métodos que provee el socialismo¹⁹.

En 1949 la situación económica del país era caótica, la producción industrial se había reducido al 56 % del pico anterior a 1949 y en el rubro alimentos —el menos afectado por las crisis políticas— se llegaba a 75-80 % de producción respecto al mejor año anterior²⁰. Como consecuencia de las crisis económica y política la inflación era vertiginosa, el índice de precios de productos básicos subió alrededor de treinta veces en las principales ciudades solamente entre junio y diciembre de 1949²¹.

La tarea primordial que debía encarar el nuevo gobierno era restablecer los niveles de producción aprovechando la capacidad instalada ya existente, y lograr la estabilidad monetaria. Para ello contaba con el poder político y militar sobre toda China, y con las empresas japonesas que habían sido nacionalizadas por el Kuomintang luego de la derrota del Japón. El régimen nacionalizó a las empresas pertenecientes a los capitalistas que habían apoyado al Kuomintang mediante una sutil distinción entre "burguesía nacional" y "capitalistas burocráticos". En un corto espacio de tiempo se confiscaron 2.858 empresas industriales que empleaban más de 750.000 obreros. Esta política formó la base de la economía estatal. En 1949 las empresas industriales de propiedad estatal en el nuevo régimen aportaban el 41,3 % del valor de la industria moderna China²².

Los "capitalistas nacionales" fueron respetados, dado que el régimen consideraba que las empresas de propiedad privada eran "todavía indispensables"²³ en total correspondencia con la teoría económica de la Nueva Democracia. Incluso los capitales extranjeros fueron respetados hasta que las circunstancias derivadas de la guerra de Corea forzaron a la nacionalización. En diciembre de 1950, luego que China

lución socialista en China? ¿Qué otra clase social produciría el cambio, y con qué tipo de métodos distintos? Observamos que, dado un desarrollo real del proceso revolucionario, la fórmula de una revolución democrática burguesa de obreros y campesinos, en la presente etapa no es más que una ficción vacía de contenido... Podría decirse que China no está madura todavía para la revolución socialista. Pero ello sería una manera abstracta e inerte de plantear la cuestión. ¿Estaba Rusia, acaso, madura para el socialismo? Rusia estaba preparada para la dictadura del proletariado como el único medio para resolver todos los problemas nacionales; pero en lo que al desarrollo socialista respecta, éste, surgiendo de las condiciones económicas y culturales de un país, está indisolublemente ligado a todo el futuro desarrollo de la revolución mundial. Esto también se aplica en todo o en parte a China. Si hace ocho o diez meses era un pronóstico, en este momento es una irrefutable declaración de la experiencia del levantamiento de Canton". Carta a Preobrazhensky (1927), tomado de *The Chinese Revolution* by Leon Trotsky, Pioneer Publishers (New York, s/f).

20. Rostow, págs. 338 y Sue Mu-chia y otros, *Transformación socialista de la Economía Nacional de China*. Ediciones en Lengua Extranjera (Pekín, 1964) pág. 77.

21. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 38. Desde 1937 hasta agosto de 1948, los precios se elevaron en unos seis millones de veces. Sue Mu-chia, ob. cit., pág. 45.

22. Sue Mu-chia, ob. cit., pág. 32.

23. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 49.

entró en la guerra de Corea, el gobierno norteamericano tomó el control de las propiedades chinas bajo su jurisdicción; inmediatamente el gobierno de Pekín tomó el control de las propiedades norteamericanas en China. En abril se tomaron medidas similares contra las compañías de propiedad británica²⁴. Luego de un año de gobierno comunista se acabaron las inversiones extranjeras en China.

El sector privado todavía retenía un rol considerable en la economía y el gobierno buscó obtener su apoyo. Se sucedieron "declaraciones tendientes a crear un ambiente de confianza entre los hombres de negocios chinos y extranjeros"²⁵. Además el partido comunista tendió a crear la imagen de un frente nacional incorporando al gobierno a partidos burgueses minoritarios. Pero la fuerza política y militar del comunismo limitaba enormemente el rol de estos partidos y la burguesía no confiaba en el régimen. Las medidas que debió tomar el gobierno para combatir la inflación y la especulación favorecieron aún menos el acuerdo con la burguesía.

"La política comunista en esa etapa consistía en la lucha contra la especulación por un lado, mientras al mismo tiempo favorecía el desarrollo de los negocios privados"²⁶. Para luchar contra la inflación se fijaron salarios variables en base a los índices de precios que se modificaban diariamente para defender el ingreso de los trabajadores. Para evitar la desocupación se prohibió el cierre de empresas y el despido de obreros, garantizándose en compensación la venta de la producción²⁷. También se formó una red comercial de empresas estatales que actuando en forma monopólica, sirvieron al régimen en su lucha contra la inflación. La mayoría de estas medidas eran imprescindibles si el nuevo gobierno no quería seguir la suerte del equipo nacionalista, hundido bajo el peso del colapso de tres sistemas monetarios consecutivos.

Para manejar el sector privado el gobierno utilizaba las órdenes de compra y el sistema de créditos que era controlado por el Estado. Después que China entró en la guerra de Corea, en octubre de 1950, los órdenes para implementos militares incrementaron considerablemente, y en la misma medida la dependencia del sector privado hacia el gobierno. Pese a los controles, el sector privado se desarrolló considerablemente durante ese período. Según las estadísticas, en las ocho ciudades más grandes, el número de empresas privadas —comerciales e industriales — creció 27 % entre 1949 y fines de 1951. El valor de la producción industrial aumentó 70 %

entre octubre de 1949 y setiembre de 1952²⁸. Al mismo tiempo la política de alentar al sector privado permitió al régimen aumentar la recaudación de impuestos y equilibrar el presupuesto, pese al aumento de los gastos militares.

La burguesía nacional no podía entender la filosofía de la Nueva Democracia. La inflación favorecía las actividades especulativas que eran reprimidas por el gobierno no bien las descubría, los controles y los impuestos crecían diariamente, el régimen perseguía a los capitalistas que habían cooperado con el Kuomintang. En algunos casos las condiciones se hicieron tan difíciles que los capitalistas se limitaban a traspasar gratuitamente todos sus activos al gobierno (hecho que ocurrió con buena parte de las empresas extranjeras). Para fines de 1951 el gobierno inició una campaña de gran proporción contra las empresas privadas. Fue la Campaña de los 5 Antis—contra el soborno, la evasión de impuestos, el fraude contra el Estado, y el robo de secretos económicos del Estado. La campaña perseguía probablemente propósitos políticos —dominar a la burguesía— y económicos —frenar la corrupción. A fines de 1952, cuando terminó la campaña, la propiedad del estado se había extendido al 80 % de la industria pesada, 40 % de la industria liviana, la totalidad de los ferrocarriles, y el 90 % de todos los créditos y depósitos a través del Banco del Pueblo²⁹.

La Nueva Democracia en el Campo.

El gobierno dirigió su política agraria en orden a satisfacer las promesas hechas a los campesinos de repartir la tierra. El 30 de junio de 1950 se promulgó la Ley Básica de Reforma Agraria cuyo artículo 1º afirmaba que tenía la intención de "liberar las fuerzas productivas rurales, desarrollar la producción agrícola y allanar el camino para la industrialización de la nueva China". La ley no estipulaba la nacionalización de la tierra y ésta podía ser vendida y comprada. En cuanto a la reforma, exceptuado de la confiscación a los campesinos ricos que cultivaban la tierra personalmente o mediante sus trabajadores. Sancionaba también en forma oficial el empleo de trabajadores agrícolas, permitiendo así cierto grado de estratificación social en el campo. De acuerdo a la ley se organizaban comités especiales encargados de distribuir la tierra en cada localidad y se tomaron medidas para proteger a los campesinos ricos de "la rapacidad de sus vecinos envidiosos"³⁰. "En su discurso ante el Comité Nacional de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo, publicado el 16 de julio de 1950, Liu Shao-shi dio

28. Informe de New China's Agency, Pekín, setiembre de 1952, citado por Chang.

29. Richard L. Walker, *China Under Communism*, Yale University Press (New Haven, 1956), pág. 107.

30. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 179.

17. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 258.

18. On Coalition Government, in Mao Tse-tung, *An Anthology of his Writings*, Mentor Book (New York), págs. 124 a 164.

19. Comentando la insurrección de 1927 en Canton, decía Trotsky: "El programa (del gobierno insurreccional) incluía no sólo las propiedades feudales todavía existentes en China, y el control obrero de la producción, sino además la nacionalización de la gran industria, bancos y transportes, y la confiscación de la vivienda y propiedad burguesas para uso de los trabajadores. Pero surge la cuestión de que si tales son los medios de una revolución burguesa, ¿qué aspecto deberá asumir la revo-

24. Chang Chu-yuan, ob. cit.

25. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 40.

26. Chang Chu-yuan, ob. cit.

27. T. J. Hughes, ob. cit., págs. 40 y 118.

a conocer la filosofía política oficial reflejada en la nueva legislación. Explicó que en etapas anteriores de la guerra civil los campesinos pobres habían podido posesionarse de la tierra de los campesinos ricos a fin de «levantar el entusiasmo revolucionario del campesino...» Ahora que el partido estaba en el poder, la meta más importante de la política agraria no era simplemente aliviar la suerte del campesino pobre sino «liberar las fuerzas productivas en el medio rural». En consecuencia era necesario retener al campesino rico y su economía dentro del sistema reformado de la agricultura china³¹.

La consecuencia inmediata de las leyes de reforma agraria fue un mayor apoyo político al gobierno por parte del campesinado. La consecuencia social fue la distribución desigual de la tierra y el crecimiento de las diferencias sociales en el campo. La posibilidad de vender las tierras, la defensa del campesino rico y la existencia de jornaleros agrícolas, acentuó las diferencias. Mientras tanto los problemas básicos de la economía agraria no se resolvían aunque se registró una pequeña mejora de productividad agraria en general. Cuatro años después de la reforma agraria, «cada hogar campesino pobre tenía en promedio sólo 0,7 de hectárea de tierra arable; había sólo un animal de tiro por cada dos hogares; un arado por cada tres; y un molino de agua cada 17 hogares. Por ello, con pocas herramientas, los campesinos encuentran sumamente difícil desarrollar la producción. Su mísero ingreso es a veces insuficiente para superar el hambre y el frío... Los campesinos medios, que constituyen una pequeña proporción de la población rural, están mucho mejor... De acuerdo a este estudio, cada campesino rico tiene, en promedio, algo más de dos hectáreas de tierra arable, dos animales de tiro, un arado, y cada tres hogares tienen un molino»³².

«Las diferentes condiciones económicas separaban nuevamente la economía rural en dos extremos. Muchos campesinos pobres, habiendo vendido o rentado su tierra, fueron forzados a emplearse como obreros agrícolas. Por ejemplo, en el norte de la provincia de Kiangsu, 500 hogares vendieron su tierra en 1951. En 1952 este número de hogares creció hasta 1705. En los primeros 10 meses de 1953 el número de hogares que vendió su tierra alcanzó a 2.264 ó cuatro veces y media la cantidad de 1951. Al mismo tiempo, los nuevos campesinos ricos estaban ganando fuerza diariamente. Ellos contrataban obreros para cultivar sus tierras y obtenían buena parte de su ingreso de la explotación, los préstamos y la usura. En efecto,

la tasa de interés fue encontrada tan alta como 5 a 10 % mensual»³³.

En todos los poros de la sociedad, las tendencias capitalistas adquirían una fuerza inusitada. En la ciudad fueron alentadas por la guerra de Corea, en el campo por la reforma agraria. Es de destacar que entre la nueva clase campesina que se elevaba había numerosos miembros del partido. De acuerdo con una investigación de las condiciones económicas en cinco villas realizadas por el Comité Provincial del Partido en 1952, 83 % de los miembros del partido se habían convertido en campesinos ricos. En las otras dos villas, 80 % de miembros de la Liga de la Juventud Comunista habían alcanzado el mismo status³⁴.

Balance de la Reconstrucción.

En menos de tres años, luego de una más que larga guerra civil, y con el posterior agravante de la guerra de Corea, el gobierno había logrado alcanzar excelentes metas. Se habían repartido millones de hectáreas pertenecientes a los terratenientes entre campesinos pobres o sin tierra. Se había puesto la industria nuevamente en marcha y los niveles de producción anteriores a 1949 se estaban superando en casi todas las ramas. Se habilitaban nuevas líneas ferroviarias y se realizaban grandes trabajos de canalización y diques. En el aspecto institucional se habían dictado gran número de leyes importantes, desde la ley de reforma agraria hasta la ley de matrimonio que concedía a la mujer la igualdad con el hombre, y, especialmente, se había logrado unificar realmente al país por primera vez en el siglo.

El año 1953 fue un año de receso económico, inundaciones y desastres naturales disminuyeron grandemente la producción agrícola, y la falta de alimentos se hizo más patente por la necesidad de exportar granos a los miembros del bloque de naciones comunistas «como pago por urgentes necesidades de maquinaria industrial»³⁵. Había terminado la etapa de la reconstrucción y el gobierno se encontraba frente al problema del desarrollo. Transformar a China en una potencia significaba preparar y cumplir un programa de industrialización. El 24 de diciembre de 1952, Chou En-lai anunciaba el Primer Plan Quinquenal.

Si la espontaneidad del progreso económico había sido suficiente para alcanzar y superar en un par de años los niveles de preguerra, posteriores progresos requerían mucho más de lo previsto en la Nueva Democracia. Se producía una situación similar a la que debió enfrentar

tar el gobierno soviético como consecuencia de la NEP y de la política de «enriquecete kulak». Como Bujarin y Stalin, Mao no parecía haber previsto que sin una política global orientada hacia el socialismo, en lugar de la asimilación espontánea del capitalismo, se produciría la restauración de la situación prerrevolucionaria. Aprovechando los zig zags del gobierno el capitalismo se negaba a ser absorbido lentamente por la Nueva Democracia. Concebida como etapa histórica, la colaboración con la burguesía estaba agotada. Una vez más se veía confirmado que entre el Estado capitalista y el Estado obrero no puede haber estados intermedios. En este sentido como en muchos otros, la indigencia teórica del comunismo chino era una pesada rémora en su política; en compensación contaba con su firme determinación de avanzar hacia el comunismo y con el ejemplo vivo de la Unión Soviética, resultado fáctico de las polémicas que sacudieron al comunismo toda la década del 20. Si los maoístas no conocían las teorías de Preobrazhensky respecto a la acumulación primitiva socialista, habían visto, al menos, cómo en la Unión Soviética se daba prioridad a la industria pesada y se colectivizaban los campos. Hacia ello tendieron desde fines de 1951.

Cooperativas Agrícolas e Industrialización Acelerada (1953-57)

Una de las grandes ambiciones de los dirigentes chinos es transformar a su patria en una potencia mundial. Frases como las de Liu Shao-chi llamando al pueblo «a transformar a China en el país más rico y poderoso del mundo»³⁶, aparecen constantemente en las publicaciones chinas. A ese sentimiento nacionalista venía maravillosamente ajustado el aborto teórico stalinista del «socialismo en un solo país», que en las mentes de los dirigentes chinos se transformaba en algo así como «China será una potencia mundial gracias al socialismo». Para lograrlo había que industrializar a China y el camino más evidente era el seguido por Stalin en 1928: colectivización e industrialización forzada. Que los chinos estaban dispuestos a seguir ese camino contra viento y marea lo señala el hecho de que anunciaran el Primer Plan Quinquenal mucho antes que el mismo saliera de la etapa de esbozos. Como en muchos otros casos posteriores, razones políticas e ideológicas serían las valederas para modificar la política que los comunistas seguirían en China, a despecho de las necesidades económicas de la construcción socialista. De esta manera, el proceso de acumulación sufriría cambios violentos que generan reminiscencias de los avances y retrocesos sufridos en la lucha guerrillera durante la época de la guerra civil.

Como el stalinismo, el maoísmo se consideró lo suficientemente poderoso como para decidir el rumbo que seguiría China pensando más en el destino final que en la realidad actual. Pero hay diferencias fundamentales entre China en 1952 y la URSS en 1928. La principal, como ya se ha señalado, era el nivel de desarrollo, no sólo en lo económico sino también en lo social. China no poseía nada parecido a la gama de teóricos que habían enunciado las teorías sobre la industrialización de la URSS y que luego la habían llevado a la práctica hasta su total eliminación física por Stalin.

La ausencia de técnicos es hasta hoy el problema más grave que enfrenta China. Los diarios chinos están llenos de críticas a la mala administración de las empresas, de las cooperativas, y más tarde de las comunas. Hombres casi analfabetos deben hacerse cargo de tareas administrativas que nunca conocieron. El maoísmo rompió con la burguesía como clase poseedora, pero buscó por todos los medios que esos hombres se quedaran a cargo de las empresas nacionalizadas, pues sólo ellos tenían alguna experiencia de dirección. Más de una vez han sido los cuadros medios —cuadros del Partido, administradores de empresas, burócratas provinciales— los que, llevando a su extremo las directivas del poder central, provocaron verdaderas catástrofes en la producción.

Otra diferencia es que China podía contar con una cierta ayuda del exterior (de la U.R.S.S.), ayuda de la que no dispuso Stalin en su época. A su vez esta ayuda tuvo características especiales; los soviéticos sólo ayudaron a China en la medida que podían controlar la misma, de esta manera puede hallarse en muchos aspectos del crecimiento chino la mano soviética encauzando a su deseo el proceso. A su vez, la U.R.S.S. pudo comerciar con el Oeste en la década del 30 sin estar sometida a las restricciones comerciales que sufriría China. Aunque últimamente el cerco se está rompiendo debido al interés de Europa en comerciar, el embargo de materiales y elementos estratégicos se mantiene con inusitada fuerza.

Por último había una diferencia substancial en la capacidad de maniobra de ambos países. Rusia había sido tradicionalmente el granero de Europa, sin embargo los desastres que ocasionaría la colectivización forzada en la producción agropecuaria quedaron marcados durante décadas sobre la economía del país.

¿Qué podía esperarse entonces en China, donde la reducida productividad de la agricultura impedía al país superar siquiera el nivel de hambre? Cada mala cosecha, con su secuela de hambre, es una amenaza directa al poder.

El problema de los problemas en China, era la producción agropecuaria. Cuando la URSS

31. Ley de Reforma Agraria de la República Popular China, Ediciones en Lenguas Extranjeras (Pekín, 1964).

32. See Mao-chiao, ob. cit., págs. 111 a 118. Según este estudio, realizado por el Partido en 1954, el 77 % de los campesinos ricos contrataban jornaleros.

33. Tsu Mo, The Problems of the Separation of Our Peasant into classes During the Historical Period After the Land Reform (Pekín, 1951), citado por Chang.

34. Jen-min Jih-Pao, enero 8 de 1952 (Pekín), citado por Chang.

35. Tientsin Ta Kung Pao (Tientsin, octubre 11 de 1953), citado por Walker.

36. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 264.

comenzó la colectivización, buscaba mecanizar la producción agraria, no para aumentar la producción, sino para liberar la mano de obra que exige la industrialización. En China no hace falta nada de esto. La superpoblada campaña expulsa permanentemente gente hacia la ciudad. Pero en cambio la lucha por el rendimiento es fundamental. Las posibilidades técnicas de encarar el aumento de la producción agropecuaria resultaban remotas. Mecanizar la tierra era imposible porque no había fábricas que pudieran entregar la maquinaria requerida; a su vez la mecanización sólo habría servido para agudizar la superpoblación agraria. El aumento de las tierras cultivadas quedaba reducido a límites mínimos pues no se disponía de ellas. Se podría aumentar el rendimiento de la tierra mediante el uso de fertilizantes, pero la fabricación de éstos exigiría grandes inversiones y su importación hubiese significado unos 800 millones de dólares en 1952, o sea las tres cuartas partes de las importaciones chinas de ese año³⁷. Las obras de conservación de agua, por su posibilidad de usar extensivamente mano de obra y poco capital, constituían el más importante medio al alcance del gobierno chino para elevar la producción. En la primera y segunda fase del proyecto para controlar el río Huai, en los años 1951 y 52, un total de 4.600.000 personas trabajaron en las obras, asistidas por 40.000 empleados y 16.000 técnicos. Estos voluntarios habían cavado para fines de 1952 un volumen igual a dos canales de Panamá y uno de Suez, según las autoridades chinas³⁸.

El campesino debía actuar como financista de la industria, pero la industria, tal como estaba previsto en los nuevos planes, no podía ofrecerle nada a corto plazo. Aparentemente, la esperanza del régimen era lograr la "industrialización socialista" en un período de tres planes quinquenales, o sea hasta 1968³⁹. En la terminología del régimen esto significaría que esperaban construir en ese lapso una industria moderna y desarrollada. Esta consigna movilizaba toda la energía de la nación, aunque el tiempo iría señalando la imposibilidad de lograrlo. En la década del treinta, el stalinismo había utilizado una consigna parecida: la URSS debía "alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas avanzados en el plazo más breve posible". Treinta años después las esperanzas del stalinismo no se habían cumplido, pero sin duda esa consigna había favorecido enormemente la inversión de la energía de toda la nación en el desarrollo económico.

En este aspecto, las necesidades políticas del régimen que exigen éxitos a corto plazo, se con-

traponen a las posibilidades de la estructura económica. La bomba atómica china, por ejemplo, es un formidable éxito político, pero la concentración de esfuerzos en ese sector significa una sangría considerable para el desarrollo de otras actividades menos espectaculares aunque de importancia crucial para el progreso futuro.

China no existe sola en el mundo y muchas decisiones dependen de la situación internacional. La URSS tuvo que soportar el cerco capitalista jugando su revolución a la rapidez de desarrollo de su industria.

China, además de soportar el cerco creado por el imperialismo norteamericano, tiene que enfrentar el deseo de control por parte de la burocracia soviética. De la capacidad del maoísmo para enfrentar ambos peligros depende el futuro de la Revolución China.

1953-57: El Primer Plan Quinquenal en la Industria.

El Plan fue tempranamente proclamado en China: sin duda, en el momento de su enunciación, reflejaba más una necesidad política (o ideológica) que económica. Probablemente, era importante para los comunistas chinos afirmar que estaban dispuestos a marchar hacia el socialismo, no frente a la nación, sino especialmente para conocimiento de sus camaradas soviéticos. Por aquella época, mientras los chinos consideraban su revolución como un ejemplo para toda Asia (y para los demás países atrasados) los rusos la veían en cambio como un caso especial de revolución antifudal y no socialista⁴⁰. El Plan significó para los chinos algo así como una credencial de auténticos stalinistas y permitió que hicieran oír con más fuerza su voz en las reuniones del bloque.

Aunque la planificación china era una copia del modelo stalinista, había una diferencia sustancial con la URSS y los países del Este de Europa. En todos ellos, el proceso de nacionalización de la industria y el comercio estaba casi terminado cuando se impuso el plan; en China, en cambio, el sector privado controlaba todavía en 1952 una tercera parte de la indus-

40. En una conferencia auspiciada por la Academia de Ciencias de la URSS, en noviembre de 1961, Zhukov se rehusó a reconocer siquiera signos embrionarios de "socialismo" en China. Según él, China estaba absorbida por sus tareas "antifudales" y "no podía en un futuro cercano encerrar los problemas de construir el socialismo". Podría ser riesgoso, agregó, "considerar la revolución china como un modelo para las revoluciones democrático-populares en otros países de Asia".

En cambio, Liu shao-chi, hablando ante la reunión de la Federación Mundial de Sindicalistas, en Pekín en noviembre de 1949, afirmó que así como la Revolución Rusa era el gran ejemplo para llevar a cabo una revolución en los países industriales de Europa, "el camino adoptado por el pueblo chino para derrotar al imperialismo y fundar la República Popular era el camino que debía ser adoptado por los países coloniales y semicoloniales en su lucha por la independencia nacional y la democracia popular". (Tomado de artículos de Hugh Seton-Watson y Leonard Schapiro reunidos en la obra *Unidad y Tradición*, editada por Kurt London, Praeger (New York, 1964).

37. Rostow, *ob. cit.*, págs. 266-267.

38. Walker, *ob. cit.*, p. 227.

39. Véase por ejemplo, Mao Tse-tung, *problemas de la cooperación agrícola* (Informe del 31 de julio de 1955), Ed. Lengua Extranjera (Pekín, 1961).

tria moderna y casi las dos terceras partes del intercambio comercial total. En adelante, las exigencias del Plan, serían otro motivo para reforzar el control sobre el sector privado. De esta manera, la interacción de necesidades políticas y económicas haría marchar al gobierno hacia la nacionalización total.

El Plan se comenzó a estudiar en 1951; cuando se anunció, en 1952, no se publicaron cifras sobre las metas que se esperaba alcanzar. Todavía era una expresión de deseos que dependía, en gran escala de la ayuda que estaban dispuestos a conceder los soviéticos. En enero de 1953, luego de tratativas con estos, se anunció una reducción del 30 % en los objetivos generales del Plan, pero todavía no se dio a conocer el mismo. Aparentemente, la reducción de objetivos era resultado de la poca disposición a colaborar de los soviéticos.

Casi dos años después del anuncio del Plan, en setiembre de 1954, Chou En-lai admitió que los detalles del Primer Plan Quinquenal "no eran completos ni definitivos" y en posteriores informes — julio 1955 — se reconocía que no estaba terminado⁴¹. Para ese entonces se consideraba la tarea fundamental del Plan, la construcción de 694 empresas, de las cuales las más importantes, eran 156 que debía proveer la URSS⁴².

Siguiendo el modelo soviético, el Plan ponía especial énfasis en la industria pesada. Los primeros proyectos presentados calculaban que la inversión en la industria pesada sumaría el 90 % de la inversión total en la industria⁴³. Según anunciara el gobierno: "Debemos considerar que el escaso abastecimiento de bienes será un verdadero fenómeno en nuestro país, particularmente durante el período de transición en el cual la fuerza principal está concentrada en el desarrollo de la industria pesada... Sólo después de la construcción de la industria pesada puede la industria alimenticia ser desarrollada considerablemente"⁴⁴.

En un país de producción predominantemente agrícola, cuya baja productividad permite apenas alimentar a la población, dejar de lado la agricultura, crea de una manera u otra inconvenientes graves. Pero estos se notarían varios años después.

Hacia el Control de las Empresas Privadas.

Los principales medios que se usaron para controlar la industria privada fueron los créditos y las órdenes de compra del Estado. Estas

41. T. J. Hughes, *ob. cit.*, pág. 54.

42. En rigor, no todas estas empresas pertenecían al proyecto del Primer Plan Quinquenal, puesto que el acuerdo con la URSS de 1953 preveía la construcción o reconstrucción de 141 empresas hasta el año 1959, o sea dos años después de la fecha de terminación del Plan (Walker, *ob. cit.*, pág. 124).

43. T. J. Hughes, *ob. cit.*, pág. 56.

44. Tientien Ta Kung Pao, junio 21 de 1954, citado por Walker.

últimas que en 1949 significaban sólo 12 % de la producción industrial privada, alcanzaron el 29 % en 1950 y avanzaron firmemente hasta el 82 % en 1955⁴⁵.

A fines de 1952 el gobierno fijó el beneficio máximo que podían obtener las empresas: oscilaría entre un 10 y un 30 %. Esos beneficios debían repartirse en cuatro partes: una para impuestos, otra para reserva de las empresas, otra para bienestar de los trabajadores y la última para el capitalista.

Posteriormente el gobierno decidió crear empresas mixtas, privado-estatales, donde se consideraban socios el capitalista con su aporte de capital y el Estado con su parte de inversiones o créditos. Ahora, como a la división de los beneficios en cuatro partes, se agregaba el reparto entre ambos socios, la ganancia de los capitalistas resultó aún más exigua. El proceso de transformación se aceleró cuando el *Diario del Pueblo* advirtió que el crecimiento del cooperativismo en el campo exigía "la transformación socialista de la industria"⁴⁶. En setiembre de 1956 ya el 99 % de las empresas era operado en forma mixta.

El gobierno decidió luego modificar el sistema y pagar un interés fijo a los capitalistas, interés que oscilaba alrededor del 5 % anual y cuyo pago se efectuaría hasta 1962. Los inconvenientes económicos que se presentarían más tarde, llevarían al gobierno a postergar el pago de intereses hasta 1965 para contar con la colaboración de los capitalistas en la dirección de las empresas⁴⁷. El número de los que perciben estos beneficios no es despreciable: más de un millón de personas reciben anualmente un total equivalente a 50 millones de dólares⁴⁸. Cuando se termine el pago de intereses, las empresas pertenecerán exclusivamente al Estado y la etapa de transformación habrá terminado. De todos modos el vertiginoso crecimiento del sector industrial del Estado por la creación de nuevas empresas hace cada vez más ínfima la importancia del antiguo sector privado en la economía nacional.

El Avance Hacia la Cooperación en el Campo.

La primera forma de la cooperación campesina fueron los equipos de ayuda mutua. El tipo primario consistía en tres a cinco familias que colaboraban entre sí durante la cosecha o la siembra, aportando sus herramientas y animales de tiro. Estos equipos se disolvían luego de terminada su actividad. Más tarde aparecieron los equipos de tipo superior donde el

45. Sue Mu-chiao, *ob. cit.*, págs. 219 y 211.

46. T. J. Hughes, *ob. cit.*, pág. 119.

47. Declaración de Chou En-lai del 17 de abril de 1963, citado por Chang.

48. Sue Mu-chiao, *ob. cit.*, pág. 248.

grupo de trabajo quedaba formado todo el año. En ambos tipos cada campesino seguía ocupado en su producción individual, pero había un uso común de mano de obra y de implementos de trabajo. Estos sistemas no sirvieron para disminuir la tendencia a la diferenciación social. Los miembros del equipo con mayores recursos podían utilizar una parte del trabajo de los otros para obtener mayores beneficios. Un campesino que poseía un buey, por ejemplo, al prestarlo al equipo de ayuda mutua recibía en compensación doble trabajo respecto a aquellos que no tenían buey⁴⁹.

En diciembre de 1952 la política campesina se afirmó claramente: "Hay un solo camino para las villas rurales de China. Al igual que en la URSS, deben ser colectivizadas"⁵⁰. Pronto comenzaron a surgir las cooperativas elementales. En ellas los campesinos retenían la propiedad de la tierra, pero se unificaba la organización y administración bajo una sola mano. La falta de experiencia en el manejo de una empresa—donde influía no sólo la novedad del tema sino el extremo analfabetismo de los campesinos chinos— produjo grandes inconvenientes en el manejo de las cooperativas. Según un estudio oficial, sólo 30 % de las cooperativas existentes podía considerarse bien organizadas. Alrededor de 5 % tenía mala organización y la pobre formación en el restante 10 a 20 % tendía a confundir a los miembros y alentaba la tendencia a la disolución de la cooperativa⁵¹.

La dirección del Partido Comunista Chino esperaba difundir las cooperativas por un proceso de afiliación voluntaria y gradual de los campesinos a las mismas. Al menos eso tenor tenían las repetidas afirmaciones de Mao: "La precipitación y el aventurerismo deben ser abolidos. Debemos usar la persuasión, presentar ejemplos y ofrecer asistencia estatal para lograr que los campesinos se junten voluntariamente"⁵². En cuanto al plazo que duraría el proceso, Liao Lu-yen predecía poco después que 35 % de los campesinos chinos podrían estar colectivizados para 1957 y que las cooperativas de productores podían terminar el proceso en una década⁵³. Dos meses más tarde Chou En-lai suponía que el proceso sería algo más rápido; él esperaba que la mitad de los hogares campesinos estuviera colectivizada para fin del Primer Plan Quinquenal⁵⁴.

Pero el proceso de colectivización fue mucho más rápido que lo esperado. Como en otras cam-

pañías lanzadas por el gobierno, el fanatismo y celo con que eran encaradas en los escalones inferiores del poder, agudizaba la situación hasta convertirla en una caricatura de lo esperado por el gobierno. Estas situaciones originan rectificaciones del gobierno que vuelven a agudizarse por causas análogas, actuando ahora en sentido contrario. En la decisión adoptada por el Consejo Estatal en marzo de 1955—ni siquiera un año después de las observaciones citadas más arriba— se hacía referencia a que las cooperativas habían sido creadas "con demasiada rapidez" y, como no se disponía de suficiente preparación ni de una política concreta respecto a ellas, "un sector campesino había mostrado sospechas y malentendidos respecto al movimiento cooperativista". En consecuencia los campesinos no mostraban interés en comprar implementos agrícolas ni fertilizantes. En algunas áreas, incluso se provocaban matanzas de animales⁵⁵. Por lo tanto el Consejo decidió frenar la marcha del movimiento cooperativo, debido a lo cual se estableció una nueva meta de 33 % de campesinos en las cooperativas para el año 1957⁵⁶.

El Consejo reflejaba en su decisión de frenar el proceso, la presión de los cuadros medios. Estos se oponían abiertamente al proceso, opinaban que era fácil establecer cooperativas, pero difícil consolidarlas, que los campesinos eran demasiado pobres para proveer de fondos a las cooperativas y demasiado analfabets para dotarlas de una dirección adecuada; incluso, afirmaban, se crearía un exceso de mano de obra que no tendría ocupación. Algunos cuadros llevaron adelante la política de contracción disolviendo cooperativas en gran escala, (en algunas zonas hasta un tercio de las existentes fueron disueltas)⁵⁷.

Mao se opuso firmemente a esta tendencia. En la conferencia de julio de 1955, atacó a lo que denominó "conservadorismo dentro del partido" y criticó a aquellos que pedían una desaceleración del movimiento cooperativo como personas vacilantes. El pueblo, agregó Mao, permanece en el estado de pobreza a causa que no posee medios de producción. Muchos campesinos están endeudados. Otros han vendido o rentado sus tierras⁵⁸.

Los argumentos básicos de Mao para avanzar en el movimiento cooperativo eran tres. Primero, que la industrialización no podía ser llevada a cabo sin la colectivización agrícola. Segundo que sería imposible expandir la industria liviana dentro de una economía de pequeña

propiedad campesina. Tercero, que la situación en el territorio era de surgimiento espontáneo del capitalismo, donde la separación entre los campesinos ricos y los pobres era cada día peor, "si la posesión del territorio no es lograda por el socialismo, seguramente lo ocupará el capitalismo". Este último argumento reflejaba el problema más candente: la amenaza directa al poder socialista por una nueva clase de kulaks chinos. En base al informe de Mao, el Comité Central decidió en octubre acelerar el proceso de cooperativización.

A partir de entonces, la colectivización fue vertiginosa. Hasta la resolución del Comité Central parecía haber una lucha entre este y los cuadros medios que se oponían a las cooperativas. Luego estos últimos llevaron adelante el proceso con más pasión de lo que podía preverse. La resolución hablaba todavía de cooperativas "voluntarias". En enero de 1956 Mao esperaba que pasarían de tres a cuatro años para que las cooperativas alcanzaran la fase socialista⁵⁹. Pero en junio de ese mismo año, el 92 % de los campesinos estaba incorporado a las cooperativas y comenzaba la transformación de las mismas en cooperativas avanzadas, proceso que estaba casi terminado para fin de año.

En las cooperativas avanzadas la tierra y los medios de producción eran ya propiedad colectiva, pero se permitía a los miembros quedarse con un lote de tamaño limitado para su explotación personal. La dirección de la cooperativa era elegida por una asamblea de todos los miembros y era obligatoria la participación de las mujeres por igual en la misma. A fines de 1956 el 80 % de todas las cooperativas eran de tipo avanzado y un año después los 120 millones de hogares campesinos estaban organizados en 752.000 cooperativas avanzadas. Los proyectos que debían tardar varios años se cumplieron al fin en unos pocos meses.

El embotellamiento más serio se producía en la organización de las cooperativas. En lo fundamental éstas eran un medio de impedir el surgimiento del capitalismo, puesto que ninguna razón técnica —y especialmente la falta de herramientas, aun las más elementales— justificaba que el trabajo de la tierra en gran escala fuera más productivo. Además la falta de experiencia de los campesinos hacía casi imposible para ellos llevar sistemas de contabilidad, repartir correctamente los beneficios, y realizar o tan siquiera cumplir un plan.

El proceso de colectivización había encontrado escollos con los campesinos ricos. Según un miembro del Comité Central, los campesinos de la clase media alta, que sumaban el 5 % de las cooperativas en febrero de 1957, estaban

descontentos al observar que la producción no había alcanzado los niveles anteriores⁶⁰. El *Diario del Pueblo* mencionó posteriormente que la producción por unidad de los campesinos acomodados era con frecuencia entre el 20 y el 30 % mayor que en las nuevas cooperativas⁶¹.

Como en la URSS durante la década del 30, la reacción de los campesinos ricos fue contraproducente. A diferencia de la URSS, la reacción de estos no fue demasiado violenta⁶² pero su desinterés en la producción provocó la muerte de numerosos animales, y como estos son el principal recurso de fuerza en el campo chino, hubo una consiguiente reducción de la producción agrícola. De acuerdo a un estudio efectuado en la provincia de Kiangsu, murieron en 6 meses unos 60.000 animales de tiro⁶³. El número de cerdos en todo el país se redujo en casi un 20 % respecto a 1954⁶⁴. La lucha de clases en el campo, se reflejaba en la producción, incidiendo precisamente en el aspecto más débil de China, la alimentación. Las ordenanzas del gobierno prohibiendo estrictamente la matanza de animales de tiro, y el mejoramiento de los precios fijados para los mismos señalaron prontamente la preocupación estatal por poner freno a este problema.

Nuevamente comenzaron los campesinos a retirarse de las cooperativas, disolviendo éstas. Algunos informes esparcidos por la prensa señalaron esta tendencia⁶⁵. El gobierno informó que las cooperativas formadas por campesinos pobres habían resistido las tendencias desintegradoras. Para los poseedores de parcelas pequeñas, las cooperativas pese a sus defectos, eran un medio de disponer de algún animal de tiro o alguna herramienta perteneciente a otro miembro de la cooperativa. Pero no era lo mismo para los campesinos ricos. Para atraerlos a las cooperativas, el gobierno emitió en setiembre de 1957 nuevas directivas, dando concesiones a los campesinos ricos. Estas consistían en la posibilidad de explotar una buena parcela por su cuenta y se les permitía cobrar una renta por los animales que aportaban a la cooperativa. Como en 1955, estas concesiones no durarían mucho; pocos meses después el péndulo oscilaría a la izquierda, pero esta vez para originar un cambio mucho más profundo; sería el momento en que aparecería el famoso movimiento de las comunas.

Balance y Perspectivas.

Al término del Primer Plan Quinquenal se habían logrado grandes adelantos; un país de

60. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 151.

61. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 152.

62. Véase al respecto de lo sucedido en la URSS, el trabajo de Isaac Deutscher publicado en FICHAS, N° 3, octubre de 1964.

63. Jen-min Jih-pao, abril 19 de 1957, citado por Chang.

64. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 216.

65. Jen-min Jih-pao, marzo 22 de 1957, citado por Chang.

49. Chang Chu-yuan, ob. cit.

50. Ta Kung Pao (Honkong, diciembre 4 de 1953), citado por Walker.

51. Jen-min Jih-pao, agosto 3 de 1954, citado por Chang.

52. Citado por Walker, pág. 162.

53. Liao Lu-yen en un artículo para *Pravda* de fecha julio 11 de 1954, citado por Walker.

54. Chou En-lai en un discurso del 23 de setiembre, citado por Walker.

55. Jen-min Jih-pao, marzo 16 de 1955, citado por Chang. Anna Louise Strong cuenta incidentalmente algunas escenas del descontento y la matanza de animales en *Surgimiento de las Comunas Populares Chinas* (Pekín, 1964), pág. 43.

56. T. J. Hughes, ob. cit., pág. 158.

57. Mao Tse-tung, *Problemas de la Cooperación Agraria*.

58. Ídem.

formación de capital casi nula en el último siglo, había logrado encauzar hacia la industria un porcentaje de inversiones superior a las previsiones más optimistas. El país comenzaba a marchar, pero subsistían numerosos problemas. Naturalmente, era imposible, partiendo de una economía tan atrasada como la china de 1952, llegar más lejos en el campo industrial que lo obtenido. Pero el gran lastre era la agricultura. Una política que no siempre había consultado los fines deseados, marchas y contramarchas que evidenciaban una sorda lucha en el Partido mismo, cuadros inexpertos —para decir lo menos— dirigiendo la política oficial a su gusto en el inmenso territorio, muchas veces presionando para volcarla a su favor; la contradicción entre las necesidades económicas y los problemas político-sociales que significaban las nuevas clases emergentes en el campo; todo había conspirado para mantener el problema agrario en un atolladero. El campo de maniobra del gobierno seguía siendo mínimo, pues una mala cosecha podía arrojar al país en el hambre, frenar la industrialización y amenazar al Poder.

El desarrollo de la industria pesada a expensas del sector agrícola se había llevado adelante sin pausa. La velocidad era el problema más importante. "La alta velocidad de desarrollo de nuestra economía nacional es la esencia de nuestra línea general en la construcción del socialismo"⁶⁶. Y la mayor velocidad se obtenía sin duda con la creación de la industria básica. La producción industrial se multiplicó dos veces y media en cinco años, correspondiendo la mayor parte a la industria pesada. Pero la industria seguía muy lejos de satisfacer las necesidades del sector agrícola y éste había crecido mucho más despacio.

Prácticamente no había aumento en la superficie cultivada. La producción de granos creció en 3,7 % anual, pero este valor no resultaba mucho mayor que el de aumento de la población. La leve mejora en la producción agrícola por cabeza, era contrapesada por la fuerte reducción del ganado. El racionamiento debió hacerse más estricto.

Otro problema era el crecimiento urbano. En 1956 se había producido una fuerte sobreinversión para cumplir con el Plan; este hecho había traído fuertes tensiones económicas; las inver-

siones más moderadas en 1957 generaron un alivio económico, pero provocaron un aumento del desempleo en las ciudades. Los campesinos emigraban hacia las ciudades, pues en ellas se ganaban salarios más altos y se comía mejor. El gobierno prohibió estrictamente la emigración a las ciudades y fomentó el traslado de miembros del Partido y estudiantes e intelectuales hacia el campo. Según se afirma, 14.000 cuadros abandonaron Shanghai para ir a "unirse con el pueblo".

A los problemas urbanos se agregaban los campesinos. La división de clases pasaba ahora por las cooperativas formadas por campesinos ricos y las que estaban compuestas por campesinos pobres. Mientras los primeros buscaban acrecentar sus beneficios, incluso mediante actividades especulativas, los pobres eran incapaces de acrecentar sus medios de producción. La sociedad campesina seguía dividida en dos sectores a despecho de la colectivización.

El gobierno encontraba también serios problemas en la recolección de los impuestos. Los campesinos ricos creaban toda clase de problemas ante lo que consideraban una confiscación. En agosto de 1957, el órgano del Partido reveló que numerosas cooperativas llevaban contabilidades paralelas. Una real, para propósitos internos, otra falsificada para disminuir los pagos al gobierno⁶⁷. La disminución de impuestos, así como la menor entrega de granos, dificultaba enormemente la obra del gobierno, pues disminuía el grano para alimentar a las ciudades y los fondos para la política de desarrollo.

Por último, el año 1957 marcó el fin de la ayuda soviética. A partir de entonces China no recibiría más préstamos. Ya en 1956 sus exportaciones a la URSS habían superado las importaciones; en adelante seguiría siendo así. El nacionalismo conservador de la burocracia encaramada sobre el primer Estado Obrero significaba otra pesada carga para el pueblo chino.

En esta situación fue que Mao lanzó (noviembre de 1957) la consigna de alcanzar y sobrepasar a Inglaterra en quince años. Fue el primer anuncio de que sobrevendrían grandes cambios y que todas las energías debían concentrarse en el desarrollo económico. Estaba por comenzar el Gran Salto Adelante.

(Continuará en el próximo número)

66. Jen-min Jih-pao, febrero 25 de 1960, citado por Chang.

67. Jen-min Jih-pao, agosto 9 de 1957, citado por Chang.

Alexander Erlich

El Debate sobre la Industrialización Soviética, 1924-28

Entre 1924 y 1928 se debatió en la URSS cuáles eran la velocidad y el encuadre apropiados para el desarrollo económico. En este debate, los grandes teóricos y economistas soviéticos (Trotsky, Bujarin, Preobrazhensky) se anticiparon brillantemente a los análisis y soluciones que economistas como Young, Rosenstein-Rodan, Nurske y Prebisch comenzaron a formular en las dos últimas décadas en relación a la industrialización de los países atrasados. Las ideas expuestas en ese debate por Trotsky y Preobrazhensky hicieron posible la industrialización de la URSS. Esas ideas reverberan hoy a través del mundo, altamente visibles en las polémicas sobre la industrialización de los países atrasados, y subyacentes en el conflicto entre la URSS y China.

La situación interna planteaba esencialmente los mismos problemas. La relación de eficiencia entre el viejo y el nuevo sistema era también aquí el reverso de la que había prevalecido en el período formativo (inicial) del capitalismo. Las fábricas estatizadas no tenían, individualmente consideradas, "superioridad" con respecto a las fábricas de una etapa históricamente inferior. Esta relativa debilidad de la gran industria nacionalizada era simplemente el resultado de un largo período de crisis económica que había lesionado más a las grandes fábricas que a las pequeñas. Con la eliminación gradual de los embottellamientos que restringían la utilización de la capacidad, la restauración de la disciplina laboral en las fábricas y la mejor atención del equipo, la relación iba sin duda a invertirse. Pero incluso esta "reposición" no podía ser llevada a cabo con éxito sobre la base del ahorro bruto que la industria podía efectuar en condiciones de libre competencia. Aún menos realista era esperar que tal acumulación interindustrial fuera suficiente para sostener una expansión del grado de la deseada, particularmente desde el momento en que fueron abolidos los métodos de explotación desmedida del trabajo que habían elevado las ganancias en los días de la Revolución industrial. "La clase obrera victoriosa no puede tratar su propia fuerza de trabajo, sus condiciones sanitarias y de trabajo del mismo modo que el capitalismo; esta es una barrera definitiva para la acumulación socialista". Más aún, una tal política no sólo estaría en contradicción con las nociones de equidad, sino que también sería contraproducente desde el punto de vista de la eficiencia. "El incremento de los salarios reales se hace indispensable por el hecho mismo de la industrialización, ya que el cambio en la base tecnológica de toda la economía esta-

tal... inevitablemente demanda un aumento de la destreza de los trabajadores".

La importación de equipo extranjero, aunque tenía mucha importancia, era, obviamente, insuficiente para cubrir la brecha existente entre los requerimientos y las disponibilidades. Los más heroicos esfuerzos del 'proteccionismo socialista' no podían ir más allá de los límites establecidos por los excedentes de exportación, que consistían en gran medida en productos de la agricultura, y el volumen y el precio de éstos se determinaba fuera del ámbito directamente controlado por el Estado. Sin embargo, la importancia de la política comercial proyeccionista no sólo consistía en transformar una cierta cantidad de productos de consumo interno en un monto correspondiente de equipo extranjero, sino también se mostraba en su rol de protección secundaria de las medidas incluso más drásticas contra la "ley del valor" en la esfera doméstica. Las restricciones efectivas contra la competencia extranjera reforzarían los controles monopolistas en el ámbito interno. De acuerdo a Preobazhenski, esta proposición de la teoría marxista del imperialismo se aplicaba también a la economía soviética. Más aún, ésta podía valerse de esta oportunidad mucho más que un sistema basado en la propiedad privada de los medios de producción. "La concentración del conjunto de las grandes industrias en manos de un solo trust, esto es, en manos del estado obrero, incrementa en gran medida, en comparación con el capitalismo monopolista, la posibilidad de llevar a cabo una política de precios sobre las bases del monopolio". El precio determinado de tal modo no es sino "otra forma de impuesto sobre la producción privada".

Sin duda, Preobazhenski no renunciaba al in-

* La primera parte de este artículo fue publicada en el número 2 de PICHAS (Julio 1961).

puesto directo como un instrumento de la redistribución del ingreso en favor de la industria socialista. En realidad él proponía que fuera usado junto con medidas discriminatorias en el campo de las tarifas de ferrocarriles, créditos y otras medidas por el estado.¹ Sin embargo, el impuesto a través del precio era, desde su punto de vista, el procedimiento aislado más efectivo, tanto por la "extrema conveniencia de la recolección que no requería un centavo para un aparato fiscal especial", cuanto por razones de conveniencia política. "El camino del impuesto directo es el más peligroso, pues conduce a una ruptura con los campesinos".

Sería erróneo suponer que Preobazhenski ignoraba las limitaciones del método que proponía. Por el contrario, él era muy explícito con respecto a ellas cuando afirmaba que: "el estado es libre para determinar los precios (hasta cierto punto) en una escala que va desde el nivel de costos hasta los límites que la demanda efectiva puede absorber (tomando en cuenta, por supuesto, la influencia de los precios sobre la demanda)". La elevación de los precios más allá de ciertos límites sería contraproducente y llevaría, o bien a la "aparición de empresas (privadas) competitivas con menor costo por unidad que las empresas estatales", o bien a "la contracción brusca de la demanda y la negativa directa a comprar", como durante la "crisis de las tijeras" de 1923. También el monopolio del comercio exterior era, para él, una fuente potencial de serios problemas internos, aunque menos inmediatos.

Sin duda sus temores acerca de la estabilidad del sistema soviético eran en gran medida un reflejo de su grave punto de vista acerca del resentimiento de los campesinos contra la tortuosa manipulación que los privaba de los productos extranjeros baratos que ellos deseaban tener a cambio de los productos de su trabajo exportados y que elevaba en su desmedro los precios de la producción industrial interna. Es esta actitud, por otra parte, la que explica por qué las consideraciones acerca de la defensa eran menos importantes para el argumento de los izquierdistas en favor de una rápida industrialización, que en la argumentación de sus adversarios, aunque a primera vista pareciera lo contrario. Los representantes de la línea oficial del partido,

al igual que Shanin, veían la posibilidad de una agresión armada como el peligro más grande para la coexistencia de una Rusia socialista en medio del mundo capitalista.

Esta era, para ellos, la razón principal para mantener la tasa de construcción de capital por encima del nivel que se podía considerar óptimo, si ese "cerco" no hubiera existido. Para Preobazhenski y sus amigos, la baja productividad de la industria soviética con respecto a Occidente, y los sacrificios implícitos de la población eran una amenaza, que podía llegar a ser mortal para el sistema soviético, aún sin intervención militar del exterior. El ritmo de inversión debía elevarse, de tal modo que pudiera suministrar no sólo más "cañones" sino también más "manteca" en un futuro no demasiado lejano, si esa clase de peligro exterior había de ser enfrentado.

Estas eran las resistencias con las que había que contar. Pero se podía esperar que la "acumulación primitiva socialista" podía suavizar estas resistencias con sus efectos a largo plazo. El equipo mejorado y acrecentado resultante de la puesta en práctica de esta política elevaría el ingreso de toda la sociedad, incluyendo a los campesinos. Estos últimos demandarían en consecuencia más productos y los precios de estos productos aunque declinando gradualmente hacia el nivel de precios del mercado mundial no se permitiría que cayeran en toda la medida de la reducción en los costos unitarios.

De seguirse este camino, un incremento en el ingreso real a través del tiempo correría paralelo a un aumento en la efectividad de la presión monopolística y tendría como resultado un creciente desplazamiento de recursos hacia la inversión en la construcción de industrias. El proceso continuaría hasta que la capacidad productiva de la economía soviética alcanzara un nivel en el que estaría asegurada "la superioridad tecnológica y económica sobre el capitalismo".

Las técnicas monopolísticas podrían entonces ser abandonadas y la expansión posterior se haría exclusivamente sobre la base del "producto excedente" originado en el sector socializado. Esto, a su vez, sentaría las bases para un cambio aún más importante. La corriente de la acumulación pasaría a segundo plano para ceder su lugar a "la satisfacción de las necesidades de todos los participantes en la producción colectiva" como la fuerza directriz de toda la economía. Se habría así completado "el ciclo de transformación de toda la economía".

La aparición del capítulo principal de Novaya Ekonomika provocó ardientes polémicas, que se intensificaron al aparecer el libro, y continuaron sin mitigarse durante años. Las críticas, en cuanto no se referían a argumentos políticos, sino al razonamiento económico, iban dirigidas

principalmente al concepto de Preobazhenski de las "dos leyes" como una proposición acerca de la teoría y la política socialista de precios. A primera vista la discusión en este campo parecía una disputa acerca de las palabras. Algunos de los oponentes simplemente objetaban la idea de que la economía soviética pudiera tener más de un conjunto de principios directrices, sin ningún intento serio de respaldar tales protestas con argumentos articulados. Otros admitían la existencia de los "dos reguladores" conflictivos, pero preferían traducirlos al vocabulario tradicional, enfrentando "mercado" y "planeación", a pesar de la insistencia de Preobazhenski de que tal procedimiento está vacío de significación a menos que se explicita qué es lo que se va a planear y cómo funciona el mercado. Ellos no abrigaban dudas de que en tanto los productos fueran vendidos por dinero y no asignados directamente a los consumidores debía regir la "ley del valor". A la objeción obvia de que esto —de acuerdo a Marx— sólo es verdad en condiciones de movimientos sin restricciones de factores y productos, respondían diciendo que la ley del valor operaba de manera "deformada" cuando no existía tal libre desplazamiento.

Cuando la controversia se entablaba en el plano de los problemas concretos de política, los elementos semánticos pasaban a segundo plano y la discusión ganaba en contenido. Para un estudioso occidental no es difícil captar que algunas de las instancias de la suspensión de la "ley del valor" dadas por Preobazhenski, en principio podrían tener sentido en el marco de la teoría moderna. Podrían bien ser comprendidas bajo títulos tales como divergencias entre los costos corrientes y costos futuros, o beneficios sociales versus beneficios privados.

Mientras que el problema de la elección entre la manipulación del precio y la aplicación de un impuesto (o un subsidio) no aparecía en el debate con respecto a las discrepancias de tipo "microeconómico" y si cuando se discutían problemas más amplios. Como se recordará, Preobazhenski propugnaba el aumento de los precios como la mejor manera de redistribuir el ingreso; sus críticos preferían el método de taxación directa. Pero no hay que exagerar las diferencias en este punto, Preobazhenski no proponía basarse exclusivamente en los impuestos a través del precio, ni sus oponentes eran economistas Keynesianos disfrazados. Bujarin, ya lo hemos visto, admitía explícitamente la necesidad de una "desviación" ascendente en los precios de los productos industriales. Por otra parte cuando él arguía que una política monopolística debilitaba el incentivo para mejorar los métodos de producción, Preobazhenski estaba de acuerdo. Hacía, sin embargo, una referencia algo vaga a "la presión de la clase obrera, en

cuanto consumidora, sobre su estado", que, junto con la menos amigable presión proveniente de los campesinos y del capital extranjero podía ser un estímulo poderoso para el crecimiento de la productividad y no abandonaba su punto de vista de que, las altas ganancias posibilitadas por la política de precios monopolísticos proveerían los medios necesarios para los desembolsos de capital.

Los principales protagonistas del debate no eran suficientemente explícitos acerca de las fundamentales diferencias de enfoque que los separaban. Bujarin en 1924-25 pensaba en términos de la más completa, balanceada y eficiente utilización del potencial productivo existente cuando discutía tanto acerca del desarrollo a largo plazo como del desarrollo a corto plazo. Preobazhenski estaba preocupado por la insuficiencia de este potencial productivo incluso desde el punto de vista de la operación cotidiana sin fricciones de la economía. Sin duda, Preobazhenski no negaba la existencia de desproporciones parciales y la importancia de los incentivos. Pero ubicaba estos problemas contra el telón de fondo más amplio de la "subproducción sistemática", que tenía sus raíces gemelas en la redistribución igualitaria del ingreso y en la escasez de capital, acentuada por muchos años de reposición insuficiente. Su análisis mostraba la gravedad de semejante desequilibrio en una economía con equipo industrial inadecuado para absorber las reservas de mano de obra disponibles, incluso antes del agotamiento de ese equipo; con millones de campesinos produciendo al nivel de subsistencia y con el crédito exterior casi cerrado. Con respecto a tal desequilibrio "macroeconómico" era claramente insuficiente basarse solo en la eficiencia de la alocaación de recursos. Sólo la imposición del ahorro forzado podía restaurar la estabilidad, a corto plazo, equilibrando la demanda agregada con la oferta posible, y, a largo plazo, posibilitando una expansión en la capacidad total que permitiría una oferta más abundante en el futuro. Y sólo entonces serían suministrados incentivos tangibles para el esfuerzo creciente. La política de precios que Preobazhenski proponía serviría como herramienta para tal ahorro forzado. Todos los otros efectos que pudiera tener eran para el de importancia secundaria. El punto crucial no era la idoneidad de esta herramienta particular y ni siquiera el problema más amplio de en qué medida es posible combinar la manipulación de la propensión a consumir por parte del Estado y la marcha sin control del mecanismo de precios. ¿Podía el programa de inversiones de Preobazhenski ser puesto en práctica, cualesquiera fueran los mecanismos económicos que para ello se utilizaran? Este era el problema real y aquí encontraría Preobazhenski las objeciones más decisivas.

1 En el período anterior Preobazhenski defendía otro método para promover la "acumulación primitiva socialista". Él ya mencionado Buzhinski don'ta, conocido por su negación de la prensa imperialista como un "arma que atacaba al régimen burgués por la retrogradación", contenía un análisis de la emisión inflacionaria de moneda como una forma de impuesto. Pero, al bien Preobazhenski hizo una referencia específica a este procedimiento como arma importante de política económica en el pasado, cuando escribió Novaya Ekonomika, se abstiene de recomendar su uso en ese momento; y en sus pronunciamientos posteriores señala que una caída en el valor del rublo podía causar una ruptura de la economía, en un clima de retro masivo de los campesinos del mercado.

La Integración Latinoamericana y Las Grandes Potencias I. Estados Unidos y la ALALC

En febrero de 1960 se firma el Tratado de Montevideo, que susciben o al cual adhieren luego nueve países latinoamericanos. En virtud del mismo se sientan las bases de una Zona de Libre Comercio, y se abre la posibilidad de un futuro Mercado Común para toda la región. La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, (A.L.A.L.C.), que surge del Tratado constituye, junto con el Mercado Común Centroamericano, la más reciente tentativa de superar la tradicional fragmentación de América Latina. Los factores generadores de esta experiencia, sus éxitos y sus limitaciones, la encrucijada a que se halla abocada, y las opciones definitivas que deberá enfrentar, serán examinadas en otro trabajo. En el presente se analizan las actitudes desplegadas por EE.UU. en relación a la A.L.A.L.C.

Desde principios del siglo XX, y especialmente desde 1920, Estados Unidos cumple un crecimiento fulminante y va accediendo a una posición de economía dominante en el plano internacional. La Segunda Guerra Mundial no hace más que acelerar y asegurar definitivamente esa preponderancia. Estados Unidos surge en 1945 con pérdidas militares insignificantes y con un activo calculado en 42.000 millones de dólares; como única potencia acreedora y primera potencia inversora; con un aparato productivo prodigiosamente acrecentado, una pléthora de capitales, y un contralor indiscutido de la actividad comercial y financiera del mundo entero; y gozando de bases militares y de influencia imperial en las más importantes zonas estratégicas del planeta. Todas estas ventajas no dejan de acrecentarse desde 1945.

La dinámica natural de este proceso ha llevado a los Estados Unidos a buscar la imposición de su hegemonía sobre el llamado "mundo libre", operando directamente desde Washington y Nueva York, e indirectamente a través de las viejas potencias imperiales (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón), a las que pretende reducir a un papel subordinado e intermediario. Las inversiones privadas, los préstamos gubernamentales, la manipulación monopolista de las corrientes de exportación e importación y del progreso tecnológico, una compli-

Marcos Kaplan

cada red de resortes y acuerdos político-militares, una ofensiva ideológica a escala planetaria, el ensamblamiento con sectores de las clases dominantes y de las capas medias de los otros países capitalistas y de parte del Tercer Mundo: tales son los principales resortes utilizados por Estados Unidos en su tentativa de hegemonía mundial.

Rasgo específico de esta tentativa es la imposición buscada de una nueva división mundial del trabajo, bajo contralor y en beneficio de Estados Unidos sobre todo, aunque las restantes potencias capitalistas hayan ido participando cada vez más en esta tentativa; de un dirigismo y planeación supranacionales, en la medida compatible con la naturaleza contradictoria y anárquica del sistema; y también, claro está, el decisivo fenómeno del neo-colonialismo.¹

Señalados someramente estos grandes lineamientos mundiales, es pertinente considerar más de cerca la actuación reciente de Estados Unidos en relación a Latinoamérica, para comprender mejor su actividad ambivalente respecto de su integración económica.

1 Cfr., entre muchos otros, Silvio Frondizi, *La Realidad Argentina*, Volman y, Buenos Aires, Ediciones Praxis, 1955, Capítulos 1 a 4; *The Split in the Capitalist World*, en *Monthly Review*, Vol. 14, Nº 12, abril de 1962; Marcel Egretand, *Qu'est-ce que le neo-colonialisme* (versión portuguesa de Editores Fulgor, São Paulo, Brasil).

Desde antes de la Guerra de 1939, y durante gran parte del período posterior a 1945, la política norteamericana hacia América Latina mantuvo sus lineamientos colonialistas tradicionales.² A las ilusiones engendradas en la zona por la prosperidad del período bélico, siguieron años de crisis y estancamiento, y exigencias por parte de varios de los países latinoamericanos de un mejor trato de los Estados Unidos y de Europa Occidental que posibilitara cierto grado de progreso, estabilidad y prosperidad. Desde la Conferencia de Chapultepec (1945) en adelante, y durante casi 15 años, los requerimientos latinoamericanos sobre mejor trato a los productos básicos y sobre apoyo financiero al desarrollo y a la industrialización, se estrellaron contra la abierta resistencia de los Estados Unidos. Esta potencia, a través de sus funcionarios públicos y de los portavoces ejecutivos de las empresas privadas, reafirmó sistemáticamente sus criterios favorables a la absoluta liberación de los movimientos de productos y capitales hacia los países latinoamericanos. Reafirmó asimismo el papel primordial de los capitales privados en la ayuda financiera, la necesidad de crear condiciones hospitalarias para los mismos, y de no otorgar protección especial a las industrias nativas. A esto se agregó una hostilidad sistemática hacia todo planteo concreto de los problemas del subdesarrollo, hacia cualquier tentativa de modificaciones estructurales, hacia la fijación de precios estables para los productos básicos, hacia el establecimiento de metas cuantitativas de cooperación continental y la formulación de programas de desarrollo, sobre todo los de tipo global.

Durante tres lustros, sin embargo, la crisis económico-social y política de Latinoamérica no dejó de profundizarse, y con ella el descontento de sus pueblos, incluso las clases dirigentes, por la política de Estados Unidos hacia la zona. El descontento comenzó a expresarse en las convulsiones sociales y políticas, en la Revolución Cubana y su impacto internacional, en las conferencias interamericanas e iniciativas diplomáticas ("Operación Panamericana" del presidente Kubitschek, creación del "Comité de los 21" de la Organización de Estados Americanos), y en el creciente papel técnico e ideológico de la "Comisión Económica para América Latina" de las Naciones Unidas (CEPAL). Los nuevos planteos y los reiterados reclamos sobre creación de oportunidades de progreso para los pueblos latinoamericanos adquirieron creciente concreción y un tono dramático de urgencia. Estados Unidos no ha podido menos que acusar el golpe sostenido de estas presiones, y el reajuste estratégico y táctico que se ven obligados a cumplir,

y que se esboza ya en las postrimerías de la Presidencia Eisenhower, tiene expresión en el "Plan Alianza para el Progreso" de John F. Kennedy.³

El Reformismo Conservador.

A través de esta fase, el gobierno y los monopolios de Estados Unidos, por una parte, y el gran capital nativo de Latinoamérica, por la otra, forcejean para extraerse las mejores condiciones de negociación y transacción en sus relaciones mutuas. A la vez, buscan reajustar los resortes de dominio y explotación sobre el continente, y sus medios de defensa contra la marejada revolucionaria que parece prepararse en el seno de la sociedad latinoamericana. Ello ha llevado a estructurar las formas económicas y socio-políticas de un *reformismo conservador* que, para mejor defender el orden existente, combine las apariencias de una nueva conducción, progresista y esclarecida, que se pretende menos reaccionaria que las tradicionales, con métodos de mistificación y represión.

A este reajuste político se une, en estrecha relación, la creciente necesidad y posibilidad de Estados Unidos de combinar, en su modo de operar sobre Latinoamérica, el ensamblamiento con las viejas estructuras y la integración en otras nuevas, surgidas de procesos más recientes, especialmente el de la industrialización.

Estados Unidos, en efecto, han estado en mejores condiciones que ninguna otra potencia capitalista para integrarse en las nuevas tendencias "desarrollistas" e industrializantes de países como los latinoamericanos. Han contado ante todo con el gigantesco progreso de su industria pesada, el nivel alcanzado en la producción de maquinarias, la superabundancia de recursos financieros en busca de aplicación. La dinámica expansiva de los monopolios norteamericanos choca constantemente, dentro y fuera de los Estados Unidos, con los límites impuestos por la propia estructura del sistema y por las consecuencias de la misma acción monopolista. No pueden por ello desdénar las posibilidades de salidas existentes en países como los latinoamericanos. Los cuantiosos equipos y máquinas que se vuelven anticuados, antes de amortizarse, por la acelerada renovación tecnológica, deben ser utilizados de cualquier modo, y nada mejor que las zonas más atrasadas donde la baratura de la mano de obra compensa la menor productividad. Estados Unidos han visto, por otra parte, a través de sus más lúcidos empresarios y estadistas, que poco o nada perderían, y mucho podrían ganar, con la posibilidad de aprovechar

2 Ver al respecto: Vivión Trias, *El Plan Kennedy y la Revolución Latinoamericana*, Ediciones El Sol, Montevideo, 1961; Eduardo Galeano, *La Alianza para el Progreso*, en *Monthly Review*, Vol. 7, Nº 16, noviembre 1965 (Nº 4 de la edición castellana); Gregorio Selser, *Alianza para el Progreso*, La Mal Noche, Bs. As., 1964.

y la necesidad de adaptarse a condiciones ya existentes y a procesos en marcha, y que de un modo u otro seguirán creándose y desarrollándose.

Casi todos los países latinoamericanos —en mayor o menor medida y con diversos matices— han comenzado, forzados por las circunstancias, procesos de industrialización, acompañados de medidas de intervencionismo estatal. Unos y otros, aunque evidencian toda clase de limitaciones, dificultan o imposibilitan el mantenimiento de relaciones coloniales según el viejo modelo británico (materias primas contra manufacturas). Ello exige y posibilita al capitalismo norteamericano, impulsado por sus tendencias generales, a invertir en ramas de la economía latinoamericana que ya existen o empiezan a desarrollarse, y a promover otras nuevas, operando desde y para el mercado interno. El sentido general de su acción ha sido incorporar más directa y sólidamente a Latinoamérica a su mercado y a su aparato de dominación, con la imposición consiguiente de las medidas y cambios estructurales o parciales que se requieren para tal fin.⁴

Las actividades industriales que el capital norteamericano promueve, o en las que participa, se limitan a las ramas que interesan o no perjudican a los monopolios norteamericanos, a la vez que dan salida a sus sectores afectados por la superproducción. Facilitan el acceso a mercados nacionales importantes, superando trabas e impuestos por las vicisitudes económicas y políticas de los respectivos países, a los que se puede así controlar desde dentro, por la producción en el propio seno de los mismos, e indirectamente desde fuera, por la demanda adicional de importaciones que crean o incrementan las industrias norteamericanas radicadas en aquellos. Muchas empresas norteamericanas operan simultáneamente en la actividad industrial propiamente dicha y en la importación de materias primas y manufacturas de las casas matrices de Estados Unidos. Esta demanda adicional en fuerte aumento se refiere a maquinarias, equipos, materias primas, bienes duraderos de consumo, así como a préstamos, patentes y técnicos de Estados Unidos. Un desarrollo industrial de esta naturaleza se limita a sectores extractivos y livianos, productores de bienes de consumo. No prepara ni favorece los prerrequisitos y primeros pasos de una industria pesada, ni afecta los factores de atraso subsistentes en importantes sectores de la estructura económico-social de Latinoamérica. En muchos casos se busca asimismo redistribuir industrias norteamericanas

de interés esencial, en parte de acuerdo a necesidades económicas, y en parte con fines estratégicos, para ponerlas fuera del alcance de posibles ataques militares.

Este entorchar de viejos y nuevos lineamientos, de actitudes rígidas y flexibles, de intereses privados y públicos, de diversos grupos monopolistas, condiciona la ambivalente y contradictoria reacción de los Estados Unidos —su gobierno y sus consorcios— ante los primeros pasos de integración latinoamericana.

La Resistencia a la Integración Latinoamericana.

La línea de resistencia al proceso integrador ha provenido de los empresarios privados y del gobierno de Estados Unidos, así como de los organismos internacionales en que aquéllos influyen poderosamente.

Los grandes consorcios temen las consecuencias que para los productos norteamericanos de exportación puedan acarrear los tratamientos preferenciales y la expansión del comercio intrarregional de América Latina, rasgos previsibles de la integración zonal. Asimismo, los progresos económicos que Latinoamérica podría alcanzar al irse integrando, determinarían un mayor consumo de materias primas por parte de las industrias locales, y una creciente valorización de aquéllas, dañando correlativamente las importaciones estadounidenses que provienen de la zona. (Muchos industriales norteamericanos han limitado las ventas de empresas mexicanas, con licencia técnica de aquéllos, al territorio de México solamente).

Las actitudes del gobierno norteamericano, por su parte, han estado condicionadas por las mismas preocupaciones que inquietan a los empresarios, y por otras de mayor especificidad política. Un resumen revelador de estas últimas ha sido dado por *Business International*, entidad que reúne a los ejecutivos de grandes consorcios norteamericanos que representan una parte considerable del comercio y de las inversiones mundiales, y que actúa sistemáticamente en la promoción de sus operaciones en las principales zonas del planeta. En publicación efectuada como material de trabajo previo a una Mesa Redonda celebrada en Montevideo, del 3 al 8 de noviembre de 1963, se dice lo siguiente:⁵

"Desgraciadamente, el Gobierno de Estados Unidos parece oponerse a la creación de un mercado único en América Latina. El Departamento de Estado ha llegado a enviar notas al Brasil, protestando del requisito de un depósito previo del 80 %, impuesto en 1962 para todas las importaciones, excepto las de los países miembros de la A.L.A.L.C., basándose en que ésta era una acción discriminatoria que violaba el convenio del G.A.

T.T., del cual Brasil era parte. La protesta parece originarse en las pérdidas de exportaciones con motivo de la exigencia del depósito previo y especialmente con motivo de la pérdida de exportaciones de azufre norteamericano.

"La posición del Departamento de Estado, que no comparte un buen número de embajadas de América Latina, es también la de otras agencias de Estados Unidos. Si bien el propósito declarado de los Estados Unidos es hacer todo lo que esté a su alcance para impulsar el desarrollo económico de América Latina, los funcionarios a cargo de la "Alianza para el Progreso" continúan comportándose como si A.L.A.L.C. no existiera. Ellos tratan con los países de América Latina individualmente y no como un todo. Ellos alientan proyectos que o bien se oponen a los proyectos de la A.L.A.L.C., o resultan duplicaciones innecesarias de los mismos. Aun no hay pruebas que ellos presten atención al sabio llamado a la planificación coordinada para la A.L.A.L.C., a fin de evitar la innecesaria duplicación de una industria nueva.

"Las razones para este extraño comportamiento parecen derivar principalmente de tres fuentes. El miedo de que el poder político de los Estados Unidos en el continente sufra por la creación de un bloque único de países latinoamericanos; el desencanto general de los Estados Unidos con organizaciones económicas regionales, debido a su carácter discriminatorio contra los exportadores norteamericanos; y la idea de que A.L.A.L.C. no tendrá éxito y que por tanto Estados Unidos no debe apoyar a un perdedor.

"Si bien es probable que los miembros de A.L.A.L.C. pasen pronto del plano puramente económico al político también, y que un futuro Consejo de Ministros de A.L.A.L.C. pueda poner fin a la preponderancia de los Estados Unidos en la O.E.A., o convertirse en un organismo rival de mayor trascendencia, el esfuerzo de los Estados Unidos para mantener cierto control en el continente está condenado a muerte en cualquier caso de la misma manera que el poder de Estados Unidos para controlar a Europa se resquebrajó tan pronto como pudieron crearse allí economías fuertes y competitivas. Donde quiera que los Estados Unidos ayuden a desarrollar economías fuertes, también están debilitando a largo plazo su poder para controlar las decisiones políticas.

"¿En vista de las dificultades de la balanza de pagos de los Estados Unidos, puede esperarse una más razonable oposición de los Estados Unidos al carácter discriminatorio de la A.L.A.L.C., toda vez que el mismo afecta las exportaciones tradicionales de Estados Unidos a América Latina? En este sentido, el apoyo norteamericano a la creación de la Comunidad Económica Europea, ha obligado a los planificadores del gobierno a considerar con mayor cuidado las nuevas organizaciones económicas regionales. Para algunos en Washington, la Comunidad Económica Europea se ha convertido en un Frankenstein que puede destruir a su creador. Aunque este punto de vista es absurdo, el mismo se proyecta de diversas maneras en el conflicto entre Estados Unidos y A.L.A.L.C."

Hasta mediados de 1960, Estados Unidos vio los esfuerzos tendientes a la integración con una mezcla de indiferencia, "de desaprobación ideológica y de desconfianza". A las razones ya señaladas, debe agregarse "la actitud negativa que predominaba en E.U.A. hacia la C.E.P.A.L., organismo considerado durante varios años por numerosos norteamericanos, dentro y fuera del gobierno, como un intruso en los asuntos del hemisferio, como defensor de peligrosos nacionalismos, y como competidor de la Organización de Estados Americanos. Mientras se mantuvo en el poder, en Washington, el conservador gobierno republicano, las proposiciones hechas o apoyadas por la C.E.P.A.L. se consideraron, por tanto, como una constante incitación para que los países latinoamericanos "se unieran" contra E.U.A. a fin de forzar a éste a otorgar concesiones económicas y de otro tipo, que no estaba dispuesto a conceder separadamente a las repúblicas de la región".⁶

Por una parte, "nuestro gobierno —escribió el líder demócrata en el Senado de EE.UU., Mike Mansfield, en *The New Leader*, Nueva York, enero 25 de 1960, p. 9— ha sustentado el punto de vista de que la creación de un mercado común en este hemisferio es asunto latinoamericano. Si bien no se ha rechazado la idea, tampoco se la ha alentado"; dejándose "la impresión, como ya lo hemos hecho en el pasado, con bastante frecuencia, de que los intereses de América Latina nos son indiferentes, salvo que se nos provoque o alarme."

Por otra parte, en reuniones interamericanas del período 1958 a 1960, E.U.A. votó junto con los países latinoamericanos resoluciones que aceptaban la idea de la cooperación comercial regional, limitada a la creación de mercados regionales o agrupaciones subregionales unidas por débiles lazos, y no el mercado común latinoamericano; y ello, siempre y cuando esos mercados regionales llenaren "ciertos requisitos".

Tal como recuerda Miguel S. Wionczek, "las condiciones de la integración económica aceptables para Estados Unidos fueron presentadas en Washington en febrero de 1959, por los representantes de dicho país en el grupo de trabajo del Comité de los 21, órgano *ad hoc* de la Organización de los Estados Americanos", en términos que se redujeron a lo siguiente: 1) Los arreglos relati-

⁴ Cfr. el libro, tan precursor como de valor permanente de Adolfo Dorfman: *Evolución Industrial Argentina*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1942, Capítulo IX. Cfr. También los trabajos pertinentes en *Fichas de Investigación Económica y Social*, Nros. 1 y 2 del Año I, Buenos Aires, 1964.

⁵ Documento Informativo - Mesa Redonda Latinoamericana de *Business International*, Montevideo - noviembre 3-8-1963, Volumen en rotaprint de 138 pp.

⁶ Miguel S. Wionczek, E.U.A. ante la Integración Económica de América Latina, contenido en Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., *La Integración Económica Latinoamericana*, México, 1963, pp. 409-431; la cita es de p. 411. Puede recordarse que EE. UU. se opuso al establecimiento de CEPAL y que ésta ha sido acusada en EE. UU. de ser un "financista en oposición a la empresa privada" (Ver por ejemplo *El Futuro de América Latina*, en *The Economist*, Londres, 22 de abril de 1961). Extractos de esta oposición se encuentran en el sustracto prólogo de Raúl Prebisch a su libro *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1963, pp. VII a XIX.

vos a mercados regionales deberían crear nuevo comercio e incrementar la productividad mediante la expansión de la competencia, y no sólo resultar en una desviación de las corrientes comerciales. 2) Deberían además comprender un programa definitivo para la gradual eliminación total de las barreras al comercio intrarregional. 3) Deberían conformarse a los principios del G.A.T.T., relativos a creación de zonas de libre comercio o uniones aduaneras, y someterse a la aprobación de dicho organismo, cuyos reglamentos concuerdan con los puntos de vista que E.U.A. sustenta con respecto a convenios comerciales regionales. 4) Los convenios comerciales regionales deberían procurar un mayor grado de competencia en la zona, para incrementar la productividad y la inversión dentro de la misma, y atraer capital privado extranjero. 5) Los acuerdos regionales deberían prever el libre comercio en materias primas, y el libre movimiento de la mano de obra y del capital, en respuesta a las fuerzas de la economía. 6) Deberían prever también el financiamiento del comercio con monedas convertibles, "ya que no se justifica ni la firma de convenios bilaterales de pagos, ni un régimen regional restrictivo, que implique la discriminación de los no miembros".

"La declaración así resumida —agrega Wionczek—, que representaba la única definición detallada y precisa de la posición de E.U.A. en los años de las negociaciones que culminaron en la firma del Tratado de Montevideo contenía todos los «principios fundamentales del comercio y las finanzas internacionales», aplicados —aunque sólo en teoría— a las relaciones entre los países económicamente avanzados. No contenía, sin embargo ni la menor expresión del deseo de tomar en cuenta los especiales problemas a que se enfrentan las regiones subdesarrolladas del mundo. Como resultado, presentó en muchos casos problemas inexistentes, o bien propuso, para aquéllos que sí existen, soluciones que era imposible aplicar dada la naturaleza del proceso de desarrollo de América Latina.

"La política que consistía en condicionar el apoyo de E.U.A. a los mercados comunes latinoamericanos al cumplimiento de determinados requisitos se vio acompañada, algunas veces por proposiciones de carácter privado, pidiendo la constitución de «un mercado común hemisférico», en el que figurase E.U.A., y hasta el Canadá. La falta de interés y la nula reacción latinoamericana ante esas ideas, tal y como fueron expuestas por Nelson Rockefeller, entre otros, se consideraron como nuevas pruebas de que los proyectos latinoamericanos tenían como propósito —al menos desde el ángulo político— debilitar los lazos existentes entre E.U.A. y el resto del continente".⁷

En cuanto a las organizaciones internacionales, resulta ilustrativo recordar actitudes del Fondo Monetario Internacional, en el cual, como es sabido, Estados Unidos ejercen evidente predominio. "En 1949 la C.E.P.A.L. pidió al Fondo Monetario Internacional que estudiara la posibilidad de establecer un mecanismo regional para la compensación multilateral de los saldos bilaterales. El Informe del F.M.I. no fue favorable al establecimiento del mismo y sugirió que "el esfuerzo demandado sería seguramente desproporcionado frente a los beneficios recibidos" (*Multilateral Compensation of International Payments in Latin America*, United Nations Economic and Social Council, E/CN.12/87, 27 de mayo de 1949, p. 33). Este informe no fue bien recibido por los países de la zona sur de América del Sur ni por la CEPAL. La acción de los Estados Unidos al proveer generoso apoyo a la Unión Europea de Pagos, mientras tomaba una actitud negativa con respecto a un acuerdo de pagos para América Latina, fue considerada como una nueva evidencia de la actitud discriminatoria y la negligencia de los Estados Unidos respecto de los problemas latinoamericanos".⁸ En la segunda reunión del Comité de Comercio de la C.E.P.A.L., Panamá, 1959, tanto los representantes de EE.UU. y Gran Bretaña, como los del F.M.I., se opusieron a la propuesta de un sistema de compensación multilateral, alegando la inconveniencia de instituirlo de manera permanente y de crear una unión regional de pagos como instrumento del mismo.⁹

Cabe subrayar, finalmente, la conspiración de silencio que evidenciaron los medios de comunicación de masas y los círculos intelectuales de EE. UU. ante el problema de la integración. Seymour Linfield, presidente de la "Development Assistance Corporation", Nueva York, reconoce que "es difícil explicarse el silencio casi total —al menos hasta ahora— de nuestra prensa financiera sobre este Tratado" (de Montevideo), cuyo texto "merita un estudio cuidadoso por parte de la industria norteamericana."¹⁰ Miguel S. Wionczek dice no saber "de ningún artículo o debate en el que se trataran seriamente (por parte de los círculos intelectuales de E.U.A.) los problemas de la integración latinoamericana, y que fuera publicado o tuviera lugar antes de mediados de 1960, fecha cuando el Council of

⁸ Raymond F. Mikesell, El movimiento hacia los grupos regionales de comercio en América Latina, en *Controversia sobre Latinoamerica - Ensayos y Comentarios*, editado por Alberto G. Hirschman, Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1963, p. 136.

⁹ Cfr. Urcidá, *Trystectoria*, ... cit., pp. 98-99; CEPAL, *El Mercado Común Latinoamericano*, Naciones Unidas, México, 1963, pp. 105 y 106. Cfr. también Raúl Prebisch, *El Problema de Pagos y la Zona*, en *Rev. Nac. de Comercio Exterior, La Integración*, ... cit., pp. 737 y ss.

¹⁰ En *The Commercial and Financial Chronicle*, abril 25 de 1960.

Foreign Relations creó un grupo de estudio para que analizara el Tratado de Montevideo".¹¹

La Línea de Adaptación y Aprovechamiento.

Por otra parte, y en sentido contrario al analizado, empresas, hombres de negocios, técnicos y funcionarios de EE.UU. han ido percibiendo —a veces en tiempo relativamente temprano— la necesidad y conveniencia de adaptarse al proceso integrador y de aprovecharlo.

En el citado trabajo de la "Business International", por ejemplo, se dice: "Lo importante es ayudar a América Latina a desarrollar una economía capaz de sustentar un nivel de vida más alto. Si ello se realiza a través de la integración económica, sin duda que las exportaciones tradicionales de Estados Unidos habrán de sufrir, pero el total de exportaciones norteamericanas hacia el sur aumentarán, tal como ocurrió con la Comunidad Económica Europea... Una abierta oposición oficial de los Estados Unidos de América a la A.L.A.L.C. y a la S.I.E.C.A. (Mercado Común Centroamericano), probablemente contribuiría más a su rápido desarrollo, que cualquier otra cosa que los E.U.A. pudieran hacer... Las grandes empresas internacionales ya han tenido experiencia con los restos del movimiento mundial hacia los mercados regionales..." (pp. 11 y 51).

En la asamblea general anual de la "International Packers Ltda.", realizada en Chicago, su presidente A. Thomas Taylor urgió al gobierno de Estados Unidos la supresión de las restricciones vigentes para las importaciones norteamericanas provenientes de Latinoamérica. Estimó que, de suprimirse tales restricciones en relación a 30 ó 40 artículos, Latinoamérica aumentaría los ingresos de las exportaciones de dichos productos en \$50 a 1.700 millones de dólares. Afirmó que debía estimularse a esos países en desarrollo a exportar no sólo productos primarios, sino también manufacturados.¹² En sentido similar, y sosteniendo además que los EE.UU. deberían apoyar la Zona de Libre Comercio para llegar a una industrialización más rápida y racional del área, se expide un estudio preparado por Louis O. Delwart por cuenta del "Interamerican Research Committee of The National Planning Association" ("The Future of Latin American Exports to the United States: 1965 and 1970", Washington, 1960).¹³

El artículo ya citado de Seymour L. Linfield subraya la importancia de la A.L.A.L.C. y del naciente mercado común latinoamericano; prevé para los próximos diez años una fuerte demanda de equipo pesado de parte de América Latina, y una creciente dificultad posterior de exportar productos manufacturados a esa zona; incita a establecer industrias manufactureras en Améri-

ca Latina, o participar en su establecimiento. Agrega finalmente: "Las inversiones, el alto índice de crecimiento y la rápida industrialización tienen que traer a primer plano la cuestión de la distribución de los ingresos, así como el estudio de las condiciones sociales dentro de las cuales tal desarrollo se realiza. La industria norteamericana, no menos que cualquier otra industria, tiene que prestar mucha atención, no sólo a la cuestión del tiempo, sino también a las condiciones en que habrá de participar en el futuro desarrollo económico de América Latina. Estos dos factores determinarán su futuro papel en América Latina".¹⁴

En abril de 1961, el "Committee for Economic Development" (CED), que agrupa a importantes grupos de empresarios norteamericanos, afirma que "E.U.A. debería alentar el movimiento latinoamericano hacia la integración económica... Son muchos los países del área que no se han suscripto al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, y no debe esperarse que sus convenios regionales se ajusten a las estipulaciones del G.A.T.T. relativas a las zonas de libre comercio y a las uniones aduaneras".¹⁵

Los círculos intelectuales de EE.UU. comienzan a aceptar lentamente el papel positivo del regionalismo comercial de las regiones subdesarrolladas en la búsqueda y logro del crecimiento económico, la industrialización y la gran producción especializada. "Acercar de estos convenios sobre comercio regional, lo único que puede decirse es que ofrecen la oportunidad de un desarrollo acelerado, pero no la seguridad de que el desarrollo efectivamente se acelere. Si en su aplicación ofrecen mercados más amplios, mayores oportunidades de especialización, mayor diversidad de fuentes de crédito y una multiplicación de las fuentes de la oferta, el crecimiento, que es su objetivo, se encontrará muy a la mano. La influencia de E.U.A. deberá emplearse para asegurar que los arreglos hechos efectivamente se encaminen en esa dirección".¹⁶

El profesor Lincoln Gordon, de la Universidad de Harvard, llega a afirmar que la propuesta de un mercado común que abarque a todo el hemisferio occidental, incluyendo como se ha visto a EE.UU. y Canadá, "no es ni conveniente ni plausible. Se interpondría a las aspiraciones de desarrollo de las naciones latinoamericanas en proceso de industrialización, naciones cuyos gobiernos difieren en sus políticas económicas, pero que en cambio concuerdan en la importancia de proteger sus nacientes industrias de la

¹¹ Ver nota 10.

¹² En Wionczek, op. cit., p. 417.

¹³ Raymond Vernon, *A Trade Policy for the 1960's*, en *Foreign Affairs*, Nueva York, abril de 1961; cit. por Wionczek, p. 418 n. 10.

⁷ Wionczek, op. cit., p. 412-413, 415 y 416. Del mismo modo, el senador norteamericano Jacob K. Javits ha propuesto, para una "transformación socio-económica en Latinoamérica dentro de un armazón democrático", el establecimiento de un mercado común latinoamericano y una zona de libre comercio del hemisferio occidental, que abarque EE. UU. y Canadá: *La Era del Buen Socio*, en *El Economista*, Buenos Aires, 13 de junio de 1964, p. 2.

prematura muerte a que las condenaría la competencia estadounidense. La sola propuesta promovería cargos de una nueva forma de imperialismo por parte «del coloso del Norte...».¹⁷

¿Hacia una Nueva Forma de División Internacional del Trabajo?

Esta posición más flexible y penetrante, tendiente a una industrialización neo-colonialista de los países atrasados o en desarrollo, dentro de los marcos de una nueva división internacional del trabajo, ha llegado incluso a dar un paso más adelante. El mismo halla expresión en inspiradores y voceros de la C.E.P.A.L. y del neo-conservadorismo latinoamericano.

De acuerdo a los primeros, los países en desarrollo no deben limitarse ya a la producción y exportación de manufacturas sencillas y de técnica incipiente. Deben incluir también la producción y exportación de industrias que empleen bienes de capital avanzados y complejos, pero que no requieren una gran densidad tecnológica en un país para desenvolverse; también industrias que se basen en los recursos naturales de un país; las que puedan reemplazar productos de industrias declinantes en países avanzados, o que elaboren productos intermedios complementarios de industrias de esos países. Las exportaciones industriales de países en desarrollo a los países avanzados darían lugar a un provechoso intercambio. Permitiría a los primeros importar más bienes de capital y otros manufacturados provenientes de los segundos. Los países avanzados, a su vez, podrían, comprando a bajo precio en los países en desarrollo ciertos bienes que hasta ahora elaboran en su propio suelo con menor eficacia relativa, transferir factores productivos a otras ramas de mayor nivel tecnológico y superior productividad. Se crearía así "un nuevo tipo de especialización e intercambio recíprocamente ventajoso".¹⁸

Con mayor claridad aún se expresan otros voceros del neo-conservadorismo, como surge del texto siguiente:

"Quizás haya llegado la oportunidad de decidir, en el más alto nivel político, un entendimiento entre los países desarrollados y los países de menor desarrollo relativo para intercambiar sus productos industriales..." Se afirma "la sutil pero necesaria especialización, que en el ámbito universal, debe hacerse en materia industrial. Reservar para los países más avanzados aquellas industrias que requieren las mayores concentraciones de capital, por la magnitud de sus inversiones, su complejidad tecnológica, su acelerada evolución, su alto ries-

go técnico-científico, pero que al mismo tiempo demandan una menor cantidad de mano de obra, aunque altamente especializada; y fomentar en los países de menor desarrollo relativo a aquellas otras industrias que, por el contrario, requieren mayor cantidad de mano de obra, tienen una menor "sofisticación" tecnológica y, consecuentemente, demandan inversiones relativamente menores. Tal esquema, llevado a la práctica, podría permitir la expansión industrial de países que como los latinoamericanos, enfrentan el serio problema de su menguada capacidad de compra en el exterior... y la explosiva cuestión social..."

"... Se trataría, en definitiva, de programar una diversificación de exportaciones, en escala continental, para cuya realización sería necesaria una intensa cooperación regional, entre los diversos países de nuestro continente, coherente con las reformas estructurales indispensables para fijar las dimensiones de las industrias de modo tal que el ensanchamiento de los mercados pueda permitir una reducción sustancial en los costos productivos, por encima de las fronteras nacionales. Con ella se conecta, de modo directo, la necesidad de una integración más acelerada de las economías latinoamericanas, a fin de utilizar todos los estímulos disponibles para lograr una mayor eficiencia en la producción industrial, no sólo para abaratar los precios internos, sino para adquirir fortaleza en posiciones competitivas respecto de los mercados exteriores".¹⁹

Como se ve, los planteos de los partidarios e ideólogos del neo-conservadorismo y del desarrollo industrial y la integración regional bajo signo puramente empresarial y privatista, buscan armonizar los intereses y las posibilidades de menor resistencia de las potencias y consorcios de Estados Unidos (y Europa) con los intereses de los sectores locales que de algún modo expresan o representan.

Aproximación Fluctuante a una Nueva Política.

El entrecruzamiento de motivaciones tan diversas y contrapuestas no ha podido menos que dar una resultante contradictoria en la definición del gobierno y de las empresas de EE.UU. ante la integración latinoamericana. Hacia 1960, ese país parece comenzar a reconsiderar su política económica de posguerra en relación a Latinoamérica. Mucho ha tenido que ver en ello el surgimiento y dinámica de la Revolución Cubana, y su impacto en el mundo y en la región. Los incidentes producidos durante la gira del vicepresidente Richard Nixon por Latinoamérica revelaron el hondo resentimiento operante en la zona contra los EE.UU. Aspectos importantes de este hecho surgen de dos conocidos columnistas de la prensa norteamericana:

"El señor Drew Pearson en su columna de *The News* del día 13 (de agosto de 1958), informa que al realizar el embajador de E.U.A. ante la O.N.U., señor Lodge, una encuesta entre las delegaciones latinoamericanas a ese organismo, sobre su punto de vista acerca del des-

19 *Análisis*, Buenos Aires, 13 de mayo de 1963.

embarco de fuerzas norteamericanas en el Líbano, se vio sorprendido de que solamente siete delegaciones apoyaran a E.U.A. Trece de nuestros países se manifestaron en contra de esta actitud. No hay duda de que la deserción en masa del bloque latinoamericano resultaba desastrosa para la actuación de E.U.A. dentro del organismo mundial en momentos tan delicados. El columnista, E. W. Kenworthy del *New York Times*, no llega a afirmaciones tan contundentes como el señor Pearson, pero comenta, con fecha 12 de agosto (de 1958), que la reversión de la política del Departamento de Estado (al manifestarse dispuesto a considerar la posibilidad de establecer un instituto interamericano de desarrollo regional) resulta fundamentalmente de la decisión de la Administración de proponer un organismo de desarrollo regional para el Medio Oriente. Bajo estas circunstancias y aprobado el enfoque regional para el desarrollo económico por los mismos E.U.A., mal podrá este país continuar negándose a un enfoque parecido para la América Latina."

"Nada tendría de extraño —comentan en México— que alguno de estos comentarios fueran ciertos. La intervención anglonorteamericana en el Medio Oriente ha traído dolorosos recuerdos a nuestros países en algunos de los cuales ocurrieron intervenciones también a llamado de jefes legales del Ejecutivo".²⁰

Poco después de su triunfo electoral, el Presidente John F. Kennedy declaró que, cuando tomara posesión de su cargo, "solicitaría el establecimiento de planes regionales de desarrollo, ya fueran unilaterales, bilaterales o a través de las Naciones Unidas, para estimular y coordinar la afluencia de capitales públicos o privados a esas zonas".²¹ Pero el gobierno norteamericano no tradujo de inmediato esa actitud hipotética en hechos efectivos, salvo el apoyo prestado al proyecto de la A.L.A.L.C. en las reuniones del G.A.T.T. correspondientes a 1960. "El hecho de que la delegación de E.U.A. en la III Reunión del Comité de Comercio de la C.E.P.A.L., celebrada en Santiago en mayo de 1961, no haya hecho una contribución positiva al largo debate de los problemas relacionados con la aplicación del Tratado de Montevideo, se considera como prueba de que hasta esta fecha no se ha definido la actitud del nuevo gobierno hacia la zona latinoamericana de libre comercio".²² Esta actitud cautelosa y restrictiva ha sido objeto de crítica por quienes captan la necesidad de una política más realista y flexible de Estados Unidos hacia Latinoamérica, y ven los peligros de una política económica norteamericana demasiado ortodoxa y tradicionalista. "Es mucho más probable —ha dicho Ben Moore, miembro del Fon-

do Siglo XX—, que las asociaciones regionales constituidas con el apoyo de Estados Unidos sean más democráticas y progresistas que aquéllas que se establezcan frente a una posición de indiferencia por parte de Estados Unidos."²³

La lentitud e indecisión en el cambio de actitud de EE.UU. se revelan por el hecho que el proyecto de acuerdo para el establecimiento de la Alianza para el Progreso, elaborado por el gobierno de ese país y distribuido entre los miembros de la Organización de los Estados Americanos en julio de 1961, es decir, semanas antes de la Conferencia del CIES en Punta del Este, no contenía referencia alguna a la integración económica regional. No obstante, Estados Unidos aceptaron la inclusión de ese problema en el temario de la reunión, y durante el desarrollo de la Conferencia de Punta del Este el secretario del Tesoro de E.U.A., Douglas Dillon, y otros delegados, manifestaron el apoyo de ese país a la integración regional.²⁴

A los factores ya señalados que contribuyen a explicar la evolución de actitudes y política por parte del gobierno y los grandes consorcios de EE.UU. en relación a la integración latinoamericana, puede agregarse los siguientes:

Los intereses económicos de EE.UU. en América Latina y en la Zona de Libre Comercio son considerables. Basta recordar que, sobre un valor total de las inversiones extranjeras directas en América Latina, calculado conservadoramente en 13.000 millones de dólares aproximadamente para 1958, 8.700 millones, o sea alrededor de 2 tercios de ese total, correspondían a EE.UU. Un 45 % del valor total de esas inversiones directas de EE.UU. está en los países de la A.L.A.L.C. Un 80 % aproximadamente del total de las inversiones directas de los EE.UU. en empresas manufactureras latinoamericanas está en los países de la A.L.A.L.C., y sobre todo, por orden de importancia, en el Brasil, México y la Argentina. Casi un 75 % del valor de las inversiones norteamericanas en empresas mineras y de fundición se encuentra en el grupo de la A.L.A.L.C., sobre todo Chile, Perú y México. Las inversiones directas de los Estados Unidos en América Latina aumentaron en 96 % entre 1950 y 1958.²⁵

Las posibilidades de la Zona de Libre Comercio son suficientemente impresionantes para suscitar el activo interés de los inversionistas y el gobierno de EE.UU. Aquella abarca una superficie total de 17.291 Km², y una población de 179.376.000 habitantes, que en 1975 alcanzaría a 258.000.000, llegando a unos 500.000.000 de

17 *Economic Regionalism Reconsidered*, en *World Politics* (Princeton), enero de 1961, pp. 231-233; en *Wloneczek*, op. cit., p. 414, n. 7.

18 *Nueva Política Comercial para el Desarrollo - Informe de Raúl Prebisch a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo*. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1964, pp. 72-76.

23 *Visión*, 14 de julio de 1961, p. 78.

24 *Wloneczek*, op. cit., pp. 419 a 421.

25 Naciones Unidas, *Las Inversiones Privadas Extranjeras en la Zona Latinoamericana de Libre Comercio*, E/CN.12/559, diciembre de 1960, pp. 1, 2, 10-12.

26 C.E.P.A.L. *Estadística Económica de América Latina*, Volumen VII, N° 1, Suplemento Estadístico, Santiago de Chile, noviembre 1960.

20 *Comercio Exterior*, México, editorial publicado en el número de agosto de 1958.

21 *Visión*, 14 de julio de 1960, p. 74.

22 *Wloneczek*, op. cit., p. 418, nota 12.

habitantes a fines del siglo.²⁶ El producto nacional bruto es de 26.000 millones de dólares en 1957. El producto bruto "per cápita" de los 9 integrantes de A.L.A.L.C. tiene un promedio de 350 dólares, contra 950 dólares de los países del Mercado Común Europeo y 2.400 dólares de EE.UU. El comercio exterior de los países de la A.L.A.L.C. es de cerca de 9.800 millones de dólares, 4,1 % aproximadamente del comercio mundial. Su comercio intrazonal ha sido en 1960 de 682 millones de dólares, 6,5 % del intercambio total de los integrantes en dicho año. Sus reservas ascienden en marzo de 1962 a 945 millones de dólares en oro y 820 millones en divisas. Hacia 1960, cuando aún no se habían incorporado Colombia y Ecuador, correspondía a la Z. de L. C. más del 60 % de la producción latinoamericana de café y tabaco; más del 70 % de la de carbón; más del 80 % de la de cereales, tubérculos, legumbres y algodón; más del 90 % del beneficio de cobre plomo y zinc. La preminencia de los países de la A.L.A.L.C. es más evidente aún en el campo manufacturero: producen "todos los vehículos automotores, pasta de madera y maquinaria para la producción de papel de diario y casi todos los productos siderúrgicos primarios fabricados en América Latina". Le corresponden "elevada proporción de los alimentos, textiles, bienes duraderos de consumo, productos químicos, maquinaria y equipo de transporte que se producen en la región. Aun sin Colombia y Ecuador, "representan casi el 77 por ciento de la potencia generadora instalada, el 79 % del consumo de energía comercial y el 51 % del comercio exterior latinoamericano".²⁷

Las experiencias del bloque socialista ya habían puesto a plena luz la importancia del gran espacio económico, que abarca poblaciones numerosas y recursos naturales diversificados, y el interés que por ello reviste para grandes empresas capaces de producir para vastos mercados, pero constreñidas por las fronteras nacionales vigentes en el mundo de hoy.²⁸ El Mercado Común Europeo, a su vez, demostró a EE. UU. que "la transformación de una serie de mercados nacionales aislados en una sola gran entidad regional", no sólo es posible, sino que también se traduce "en un considerable aumento de la actividad económica del mercado común aumentado así la atracción de la zona como mercado y haciendo más lucrativas las inversiones". Por otra parte, se tiene conciencia "que las preferencias arancelarias inherentes a toda unión aduanera pueden hacer más difíciles las exportaciones de algunos productos desde los Estados Unidos". La institución del Mercado Común Europeo ha determinado un notable aumento de las inversiones norteamericanas en los países que lo integran (Cfr. Dto. de Comercio de los EE. UU., *Foreign Commerce Weekly*, 21-12-

1959). "Aunque este cuadro del mercado común europeo sólo es parcialmente aplicable a la ALALC, puede considerarse como un marco de referencia para lo que podría esperarse en caso de que se acelerara grandemente la integración..." Particularmente, hay muchos factores que aumentarían el atractivo de la zona para los capitales extranjeros: "a) el campo de especialización industrial está casi inexplorado en estos países menos desarrollados en contraste con lo que sucede en los países industrializados del mercado común europeo; b) las industrias de bienes de capitales y algunas industrias básicas no se han desarrollado en su mayor parte en América Latina mientras en Europa estaban bastante desarrolladas mucho antes del Tratado de Roma; c) las áreas de posible fricción entre las industrias nuevas y las ya establecidas son con toda seguridad menos numerosas en América Latina que en el mercado común europeo".²⁹

Para quienes plantean la necesidad de formular y ejecutar una política neo-colonialista operativa de EE. UU., este país debería arriesgarse a estimular o tolerar, pero en todo caso aprovechar, la supresión de barreras económicas, financieras y fiscales entre los países de Latinoamérica. Ello permitiría a EE. UU. reestructurar las economías nacionales, en un sentido favorable a los intereses y a la estrategia de su Estado y de sus consorcios, con todas las ventajas de operar sobre un ámbito unificado, cuya población excederá pronto los 200 millones de habitantes, y cuyo potencial material y humano es realmente incalculable. Tales ventajas serían: especialización y división del trabajo en escala continental, por regiones y por ramas; fijación de dimensiones óptimas para las empresas norteamericanas instaladas o a instalarse en la zona; reducción de costos; eliminación o subordinación de competidores locales y europeos; estabilización de mercados.

Formas Operativas.

A partir de tales premisas, se vienen esbozando diversas formas operativas de las grandes empresas norteamericanas en el proceso de integración latinoamericana.

"La interrogación en la mente de los planificadores de las empresas internacionales —dice la Business International— ha dejado de ser si los mercados latinoamericanos se unirán. Las preguntas que se hacen ahora son, más bien, cómo lo harán y qué significará ello en los planes de cada empresa para las ventas e inversiones futuras. ¿Aceptarán estas empresas internacionales el reto del incipiente mercado integrado? ¿Cómo defenderán o aumentarán sus presentes ventas los exporta-

²⁹ Naciones Unidas, *Las Inversiones Privadas...*, cit., pp. 4, 5, 27, 28.

dores tradicionales a la América Latina en vista de las notables preferencias que gozan los industriales dentro del mercado? ¿Cómo racionalizarán las empresas extranjeras con fábricas dentro de la A.L.A.L.C. su producción? ¿Cómo se organizarán los industriales para aprovechar las grandes oportunidades que la A.L.A.L.C. está creando? ¿Dónde ubicarán sus oficinas regionales y sus nuevas fábricas para abastecer el mercado unificado?

"Las respuestas a estas preguntas serán diferentes para cada empresa de acuerdo con los distintos tipos de productos, y con las diferencias en las condiciones del mercado. Pero en general está claro que la integración económica hará que estén pasados de moda muchos de los factores tradicionales afectando el mercado y la inversión, y los incentivos, normas y motivos que impulsaban a las empresas a hacer negocios en la forma que lo habían venido haciendo en el pasado. No será suficiente en adelante considerar las condiciones locales del mercado, favoreciendo u oponiéndose al establecimiento de plantas para el ensamblaje o manufactura en determinado país. La mera adaptación a un plan nacional para desarrollar una industria puede que no sea suficiente. Será necesario planificar para toda la A.L.A.L.C. y las necesidades del mercado integrado. Ya los acuerdos multilaterales para racionalizar las actividades industriales están comenzando a obligar a los países signatarios a revisar los planes nacionales. Los inversionistas que habían entrado de buena fe y adaptado sus planes de acuerdo con las leyes y políticas nacionales confrontarán graves problemas. La probable tendencia a modelos uniformes para la A.L.A.L.C. conlleva nuevas consideraciones que los industriales tendrán que considerar al desarrollar nuevos productos para satisfacer las necesidades de la América Latina. Simplificación de los modelos, piezas intercambiables, operaciones industriales en toda la región, el aumento inevitable del intercambio comercial; he aquí algunas de las múltiples ideas que surgirán como respuestas a aquellas preguntas...

"...Para las empresas verdaderamente internacionales, la A.L.A.L.C. no ofrece ningún problema que ellas no hayan resuelto o aprendido a soportar en otros lugares. La reunión de países en grupos regionales ya ha sido confrontada y vencida anteriormente por las empresas obligadas a producir localmente y a racionalizarse.

"La Singer y la IBM constituyen ejemplos de empresas que siempre han considerado al mundo dividido en mercados locales, tales como los E.U.A., la C.E.E. y la A.L.A.L.C. Ellas establecen sus fábricas donde la producción sea más aconsejable. Ellas piensan en abastecer todo el mundo desde una o más fábricas. Una fábrica en México puede muy bien abastecer de un producto determinado a los E.U.A., las Filipinas y muchos otros países, al tiempo que fábricas en los E.U.A., Alemania o Escocia pueden embarcar otros artículos a México. Estas empresas planifican sobre la base del máximo intercambio de las piezas producidas donde quiera que sea más económica su producción".³⁰

³⁰ Mesa Redonda Latino Americana de Business International, cit., pp. 3, 4, 19.

"Singer considera a la A.L.A.L.C. como un todo. Ella tiene instalaciones industriales completas en Brasil, Argentina y México y plantas de ensamblaje en Colombia y Perú". De acuerdo a una precisa división del trabajo continental, esas plantas se abastecen mutuamente, y proveen de productos terminados a los mercados de la zona y de otras partes del mundo.³¹

La IBM, "International Business Machine World Trade Corporation", integrante del Grupo Morgan-First National of New York, produce para todo el mercado de la zona. Ha establecido dos oficinas regionales: en México (para el Caribe, América Central, Venezuela y México), y en Montevideo (para el resto de Sud América); y actualmente expande sus operaciones en la Argentina, Brasil y Chile. En México, donde aún no se han decretado exigencias sobre el contenido local de las máquinas de escribir eléctricas, la IBM se está concentrando en fabricarlas, necesitando el rápido establecimiento de establecimientos manufactureros locales para no perder el mercado.

Poco después de suscripto el Tratado de Montevideo, sus directivos comprendieron que, combinando las oportunidades de venta en la Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, habría mercado suficientemente amplio para justificar una operación industrial de gran envergadura. Sugirieron entonces a los gobiernos de esos países que, en caso de eliminarse los gravámenes internos, el consorcio construiría fábricas en Brasil y Argentina para producir máquinas de estadística y contabilidad que usan cartulinas perforadas, y sus piezas. Lograría también que otra empresa norteamericana diera licencia a un industrial chileno de papel para producir los modelos necesarios a las máquinas. Alegaron que un acuerdo de este tipo contribuiría a los planes de industrialización, aumentaría las exportaciones (fábricas argentinas y brasileñas intercambiarían ciertas piezas), aceleraría la sustitución de importaciones. En los términos de los arts. 16, 17 y concordantes del Tratado de Montevideo y Resoluciones dictadas como desarrollo y reglamentación de los mismos, sobre acuerdos de complementación industrial, se firmó el 20 de julio de 1962 un convenio entre Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, referente a máquinas de estadística y contabilidad que usan cartulinas perforadas, sus piezas y papel especial para las cartulinas. Por el acuerdo, los cuatro países signatarios deben liberar de todo gravamen las importaciones de productos, piezas, accesorios, implementos y materiales para fabricar las máquinas indicadas, mientras que las importaciones de terceros países quedarán sujetas a las mismas tarifas en las naciones firmantes.

Otro ejemplo notable de la utilización de los acuerdos de complementación industrial para la

³¹ Mesa Redonda..., cit., pp. 65-66.

²⁷ 208 millones en el desarrollo económico y social de Latinoamérica. Revista de la Confederación General Económica, N° 9, septiembre de 1963; N. U., *Las Inversiones Privadas...*, cit., pp. 2 y 16-20.

²⁸ Robert Fossart, *L'Avenir du Capitalisme*, Aux Editions du Seuil, París, 1961.

expansión de grandes consorcios internacionales, sobre todo norteamericanos, en la Zona, es el de las válvulas electrónicas para radio y televisión. Se trata de elementos producidos por una industria fuertemente concentrada, tanto desde el punto de vista financiero como nacional. El predominio en la producción mundial corresponde a siete firmas: General Electric (EE. UU.), I.B.M. (EE. UU.), R.C.A. (EE. UU.), Phillips (Países Bajos), Sperry Rand (EE. UU.), Hitachi (Japón), Siemens-Halske (Alemania Occidental). Cinco países (EE. UU., Japón, Gran Bretaña, Alemania Occidental, Francia), agrupan en 1962 el 90% de la producción mundial (EE. UU., 63,5%; Comunidad Económica Europea, 16,5%).²²

El mercado para la producción de válvulas electrónicas para radio y televisión alcanza en la Zona a cerca de 30 millones de válvulas por año, con tendencia a ampliarse. Menos de la mitad de ese consumo anual es satisfecho con producción zonal; el déficit es cubierto por importaciones de Japón, Holanda, Gran Bretaña y EE. UU., con una considerable erogación de divisas extranjeras. Estas importaciones podrían ser sustituidas por la producción de las instalaciones ya existentes y empresas operantes en la Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay. Representantes de esas empresas llevaron a la firma del acuerdo de complementación, en febrero de 1964, que entró a regir el 1º de abril del mismo año, dirigido a la integración y complementación industrial del sector válvulas electrónicas de recepción y rectificación para aparatos de sonido, radio y televisión, y partes y componentes destinados a su fabricación. Se busca que cada una de las naciones firmantes (Argentina, Brasil, Chile, México, Uruguay) se especialicen, dentro de un régimen arancelario integrado, en la producción de cierto tipo de válvulas, y se distribuyan competitivamente los mercados nacionales de los países integrantes de ALALC.

La tercera experiencia de complementación industrial, aún no concretada, en la que los grandes consorcios norteamericanos y europeos tienen y tendrán primordial participación, es la de la industria automotriz.

En el replanteo de su política inversora en Latinoamérica, y sobre todo en la Zona, los grandes consorcios americanos deben tomar en cuenta un problema particular. Existe en toda la región un difundido temor a que la integración atraiga a consorcios internacionales que, respaldados por su aplastante superioridad de capitales, experiencia técnica, organización superior en materia de producción, distribución y promoción, y apoyo financiero y político de los respec-

tivos estados, se hallarían en condiciones óptimas para competir con los empresarios latinoamericanos en los marcos de un mercado regional amplificado, y para incrementar la "competencia desleal" en los propios mercados nacionales. Como generalizaciones aproximativas sobre las opiniones vigentes en materia de inversiones extranjeras privadas en los países de la ALALC, "podrían mencionarse la política oficial, que reconoce la necesidad del capital extranjero y le asigna un papel importante en el proceso de desarrollo económico; la opinión comercial, que aboga por la participación del capital extranjero en empresas mixtas y en las actividades no competitivas; y la opinión pública, que en general no está informada ni muestra interés". "Las generalizaciones mencionadas son más o menos válidas en los siete estados miembros, pero la opinión varía en cada país y en cada sector económico desde una xenofobia profundamente arraigada hasta una franca aprobación de la participación ilimitada de las empresas extranjeras. El consenso general es más bien desfavorable al capital extranjero que partidario de él".²³

Uno de los modos de soslayar esta resistencia más o menos generalizada a la penetración de los grandes consorcios, y que halla creciente favor por parte de éstos y de muchos gobiernos latinoamericanos, es la empresa mixta. Conocida y utilizada desde hace varias décadas, se ha vuelto cada vez más frecuente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, y se manifiesta en la multiplicidad de formas y matices, siempre sobre la base de una asociación entre empresarios nacionales y extranjeros, generalmente con el control mayoritario a favor de los segundos. "No se conoce el número de empresas mixtas que operan en la Zona Latinoamericana de Libre Comercio, aunque en una recopilación publicada en 1958 sobre el Brasil se mencionaba 1.496 empresas de este tipo", con un capital total de 650 millones de dólares, 20% del total de inversiones extranjeras directas en el Brasil. El 11% del total de las nuevas inversiones extranjeras directas en México, entre 1950 y 1957, fueron colocadas en empresas mixtas. "Un enorme porcentaje de tales inversiones (94% en el caso de México) corresponde a firmas en que los intereses extranjeros son los que tienen el control mayoritario". Uno de los aspectos más importante de este tipo de empresa es que "refuta una de las críticas que con mayor frecuencia se hace a las inversiones extranjeras en los países poco desarrollados, a saber, la denominada 'competencia desleal' a la industria interna... Cuando el socio nacional es una firma local bien conocida, esa crítica rara vez se dirige al socio

extranjero, pues la empresa mixta se considera en general como empresa nacional".²⁴

La creación y posible trayectoria futura de la ALALC (y del Mercado Común Latinoamericano) obligan a las grandes empresas norteamericanas y europeas a pensar en términos de integraciones regionales, enfrentando y resolviendo problemas ya conocidos con motivo del surgimiento del Mercado Común Europeo; reorganización y racionalización de plantas, redes comerciales y oficinas administrativas. Los factores que inciden en las decisiones a tomar superan el centenar y son de extraordinaria variedad. Entre ellos puede mencionarse: proximidad de compradores y abastecedores; disponibilidades de transportes y comunicaciones; estabilidad monetaria y política; normas vigentes sobre controles de inversión, remisión de utilidades, impuestos, incentivos; oferta y costo de la mano de obra; aspectos de la política internacional, etc.

El desarrollo de la A.L.A.L.C. ha planteado a las grandes empresas internacionales, sobre todo americanas, el problema de la información actualizada y la permanente promoción a nivel del proceso integrador. "Las firmas internacionales con ventas substanciales en América Latina —dice un informe para empresarios norteamericanos—²⁵ enfrentan un problema creciente: mantenerse a la par con la A.L.A.L.C. El camino productivo —por— producto que aquélla va tomando en la marcha hacia un libre comercio «substancial» entre sus miembros, obliga a los empresarios a aprender rápidamente si se establecen o no preferencias tarifarias para sus productos. Deben saber cuáles son esas preferencias, y deberían implicarse en el proceso de establecerlas y de incorporar y mantener mercancías dentro o fuera de las listas nacionales y común. Deben mantenerse a la par de las reuniones sectoriales de la A.L.A.L.C. para aprovechar las oportunidades abiertas por los nuevos acuerdos de complementación. Los fabricantes que se queden atrás perderán frente a sus competidores. Los que no se queden atrás deberán ver crecer sus mercados.

"Una cantidad de gigantes internacionales —agrega el informe— han asignado un coordinador especial para vigilar cualquier movimiento de la A.L.A.L.C. que pueda afectar sus productos, y aconsejar en propuestas y decisiones específicas. Algunas firmas (p. ej.: General Motors, IBM, Unión Carbide) han designado un ejecutivo con dedicación exclusiva, mientras otros (p. ej.: Hooker Chemical, Crucible Steel, Kaiser, y C.E.) han liberado a sus ejecutivos de Buenos Aires, Montevideo o San Pablo de parte de sus responsabilidades normales, para que puedan cubrir más plenamente las actividades de A.L.A.L.C.". El coordinador debe establecer contactos y buenas relaciones con funcionarios clave de la A.L.A.L.C., delegados permanentes de los países miembros en Montevideo; y en cada país, con los funcionarios guber-

namentales, y asociaciones empresarias. Debe recoger, analizar y transmitir toda la información sobre procedimientos oficiales, movimientos de empresas, desarrollo de las negociaciones, y todo lo que interesa o afecta al consorcio que representa. Debe asistir, si es posible, a las reuniones de la A.L.A.L.C.; asesorar a la compañía matriz y a sus subsidiarias, descubrir oportunidades para sus productos, etc.

La Obstaculización Deliberada.

El desarrollo de una política más flexible de las grandes empresas y el gobierno de los EE. UU. hacia la integración económica latinoamericana, y el descubrimiento de los diversos modos en que ese proceso puede ser aprovechado, no excluyen por supuesto la persistencia e incluso la acentuación de intereses y presiones tendientes a frenar y desvirtuar esa integración. Dos ejemplos concretos así lo evidencian: el caso de Venezuela, y un reciente problema surgido en relación al transporte marítimo.

Venezuela constituye uno de los ejemplos más típicos del subdesarrollo latinoamericano. Ha recibido en su seno inversiones norteamericanas directas por 5.000 millones de dólares aproximadamente, sufriendo el consiguiente impacto en forma de una superespecialización deformante. Su economía, como se sabe, gira en torno a la producción de petróleo, y también mineral de hierro, bajo control y en beneficio de monopolios norteamericanos. Por el Tratado de Reciprocidad Comercial existente con EE. UU., suscrito en 1939 y revisado en 1952, se ha visto obligada a importar con preferencia desde el segundo. En consecuencia, el 60% de las importaciones totales de Venezuela provienen de EE. UU., y hacia éstos va el 50% de las exportaciones venezolanas (petróleo, hierro). Hasta hace unos años, las importaciones venezolanas desde EE. UU. consistían en productos terminados o semi-terminados, lo que contribuyó a retardar el surgimiento de una industria nacional. En años más recientes, las compañías norteamericanas han comenzado a trasladar fábricas de armado de autos, productos eléctricos y alimenticios, para operar desde territorio venezolano bajo fuerte protección aduanera, y mediante reducida actividad manufacturera. El propósito de este cambio se centra en dominar mejor el mercado interno, a la vez que operar sobre Centroamérica, en perjuicio de México sobre todo. Con ello no se ha modificado básicamente el intercambio tradicional de petróleo y de hierro por productos terminados y semiterminados.

De esta situación, y de las consiguientes presiones políticas y diplomáticas provenientes de EE. UU., derivan la oposición y la tardanza del ingreso de Venezuela a la ALALC. El proteccionismo aduanero a favor de las empresas norteamericanas es incompatible con un proceso de integración, que por otra parte rompería el aislamiento de Venezuela y contribuiría a modif-

²² Datos de *Rapports Hebdomadaires sur l'Economie Européenne, Opera Mundi*, París; citado en *Clarín*, Buenos Aires, 5 de abril de 1964.

²³ Naciones Unidas, *Las inversiones privadas...*, cit., p. 20; ver también pp. 1, 4, 5, 8, 13 y 15.

²⁴ N. U., *Las inversiones privadas...*, cit., pp. 7, 17, 18.

²⁵ *Corriendo la brecha informativa de ALALC —Lo que debe hacer su hombre en Montevideo*, en *Weekly Report to Management on Business Abroad*, julio 10 de 1964.

car un esquema básico tradicional que la asfixia. Para el mantenimiento de esta situación se ha especulado con los temores de la poco desarrollada burguesía industrial de Venezuela. Se ha alegado para ello "la falta de capacidad competitiva que caracterizaría a las producciones venezolanas, en razón de que los costos nacionales, especialmente por la influencia que en ellos tienen los altos salarios, serían en términos monetarios mucho mayores que los de otros países miembros del Tratado de Montevideo". Ello, "juntamente con el elevado ingreso per cápita y la disponibilidad de divisas, constituirían factores adversos a las actividades productivas nacionales si el país ingresa a dicha Asociación... Una parte sustancial del comercio que Venezuela estaría llamada a liberar conforme a los compromisos del Tratado de Montevideo, lo constituyen artículos cuya producción se desarrolla en el país, por lo general al amparo de una alta protección o cuya producción está contemplada en programas futuros. Es frecuente que también se señale la falta de complementariedad de las economías de los países de la Zona. Finalmente, es común la referencia a los efectos inmediatos —independientes del programa de liberación— que sobre diversas actividades productivas venezolanas tendría extender a terceros, a través de la cláusula de la nación más favorecida, concesiones que Venezuela otorgaría en la ALALC".

El proceso, sin embargo, impulsa cada vez más a Venezuela a enfrentar y resolver positivamente el problema de su ingreso a la ALALC. En 12 ó 15 años más se habrá agotado la dinámica del proceso de sustitución de importaciones. La industrialización amenaza verse estrangulada por la limitación del mercado interno, si no se buscan mercados externos. Venezuela debe, pues, volver a poner el acento en las exportaciones y, tal como lo señaló el economista Jorge Ahumada, "decidir sobre la región o país con el cual se han de establecer los principales lazos comerciales": con los EE. UU., con Europa o con América Latina. "... Las perspectivas del mercado europeo no son brillantes para los latinoamericanos, de modo que a la larga Venezuela estaría confrontada con la alternativa de latinoamericanizarse o de puertorriqueñizarse". El camino portorriqueño implica depender de las exportaciones a EE. UU. y dar prioridad al inversor norteamericano sobre el empresario local. La latinoamericanización —prosigue Ahumada— "ofrece al empresario venezolano la posibilidad de desenvolverse en un ambiente donde los participantes están en relativas condiciones de igualdad, en cuanto a dominio de técnicas, capacidad de organización, disponibilidad de capital, etc.". Más concretamente aún, en un documento presentado por la Asociación Pro-Venezuela a la XX Asamblea Anual de la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción, se planteó la disyuntiva: o bien Venezuela reduce

el ritmo de su desarrollo industrial, manteniéndolo al nivel de una industria de bienes de consumo bastante avanzada, con el peligro de crear problemas internos tales como mayor desempleo, perturbaciones en la agricultura, expansión más moderada del ingreso; o bien promueve el establecimiento de industrias pesadas básicas, integradas armónicamente con otras economías de la Zona, contribuyendo así a largo plazo a una expansión económica sobre fundamentos más perdurables. Finalmente, el actual presidente de Venezuela, Dr. Raúl Leoni, anunció a mediados de 1964 que su país se incorporará próximamente a la ALALC.³⁶

El segundo ejemplo se refiere al problema del transporte marítimo. "En el sector transportes —cabe Mateo Magariños de Melo, representante del Uruguay ante A.L.A.L.C.—, como por otra parte en casi todos los demás sectores económicos, Iberoamérica ha sido formada en función de una estructura económica mundial que es precisamente la que se pretende superar. Esta estructura, esquemáticamente expuesta, tenía como bases la división del mundo en grandes centros industriales y vastas zonas periféricas, cuyo papel era servir a aquellos de fuentes abastecedoras de materias primas y de mercados para sus manufacturas. En consecuencia, los transportes, servidos en una inmensa proporción por empresas y capitales internacionales vinculados a esos centros, están organizados con un sentido que podríamos llamar centrífugo, ligando fundamentalmente los puertos iberoamericanos, donde se concentran los productos básicos de sus cuencas respectivas, con los centros consumidores industriales. De esos mismos puertos irradian a su vez las rutas terrestres que sirven a esa concentración de materias primas, como irradian de la muñeca los cinco dedos de una mano. Pero una mano rígida. Vale decir, que ni las diversas zonas interiores de nuestros países están ligadas entre sí, ni los distintos países iberoamericanos lo están por vía marítima. Excepto, claro está, cuando son simples escalas de tránsito.

"... Los transportes, organizados de esta manera, están en una inmensa proporción en manos de grandes compañías internacionales extranjeras al área, de capitales europeos y norteamericanos.

"... El comercio exterior iberoamericano se hace... prácticamente 100 % por vía marítima. Pero lo que importa más destacar, es que su comercio o intercambio intrazonal se efectúa por la misma vía en un 95 %. Solamente un 4 % se hace por vía fluvial, —principalmente en la cuenca del Plata— y un 1 % por vía terrestre.

"... algunos países del área tienen obligaciones y compromisos derivados de acuerdos bilaterales o multilaterales con países ajenos a aquella..."

Esta peculiar estructura del transporte constituye uno de los factores determinantes de que

³⁶ Véase José Gerbasi, *Venezuela y la integración económica latinoamericana*, reproducido en *Comercio Exterior*, México, mayo de 1964, pp. 313-314; también *Comercio Exterior*, junio de 1964, p. 384; Roselio García Topo, *¿A qué viene De Gaulle?*, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires, 1964, pp. 89-92.

el intercambio intrazonal represente "apenas un 9 % y fracción del comercio total de exportación iberoamericano".³⁷ Por añadidura, "el transporte marítimo es un proceso largo y costoso. Por ejemplo, el flete de madera de México a Venezuela es de 24 dólares por tonelada, mientras que de Finlandia a Venezuela es de sólo 11 dólares, a pesar de que la distancia es triple. De Buenos Aires a Tampico el flete marítimo para los productos químicos es de 54 dólares en viaje directo, mientras que con trasbordo en Nueva Orleans el flete se reduce a 46 dólares y, lo que es increíble, pero cierto, el trasbordo en Southampton lo reduce aún más a 40 dólares".³⁸

Surge de lo expuesto que para los países de la ALALC resulta vital la puesta en marcha de un programa regional que refuerce la posición de sus flotas comerciales en los propios mercados nacionales y en el mercado integrado que se pretende estructurar. No puede expandirse el comercio regional sin transporte adecuado, lo que implica formulación de una política y obtención de los medios. Política y medios suponen y exigen flotas mercantes poderosas —sobre todo ante la competencia ya señalada de las banderas de terceros países. La creación de esas flotas requiere medidas de protección y fomento. Estas incluyen la expansión del intervencionismo estatal en el sector, y un proteccionismo fiscal y crediticio que atraiga inversiones sustanciosas hacia astilleros y líneas de navegación.

Algunos países latinoamericanos han reservado ya para su bandera el 50 % de los fletes de su comercio exterior. En igual sentido, navieros y armadores de la zona, organizados en ALAMAR (Asociación Latinoamericana de Armadores), y siguiendo los lineamientos de la Comisión Asesora de Transporte de la ALALC, han venido preparando las bases de un acuerdo regional sobre transporte marítimo y fluvial, a suscribir en definitiva por los respectivos gobiernos. El mismo incluiría la reserva de los fletes del comercio exterior entre países de ALALC en beneficio de sus flotas mercantes o de buques que arrienden, con exclusión consiguiente de banderas de terceros países en el tráfico interregional. Más concretamente, la reserva general del tráfico por agua en ALALC para barcos de bandera de los países integrantes, establece una primera prioridad para las flotas de los países que realicen el intercambio; una segunda prioridad para las flotas de los países zonales cuando sean insuficientes las bodegas de los dos primeros; y una última prioridad para terceros países,

ajenos a la zona, cuando las bodegas de ésta no basten.

Los grandes armadores de EE. UU., que predominan en el tráfico marítimo de la Zona, han temido que el camino propuesto por ALAMAR signifique pérdidas inmediatas por muchos millones de dólares, y su gradual desplazamiento. Representantes de Grace Line, Moore McCormack, Delta Line y Lykes Brothers Steamship Co. solicitaron el 19 de diciembre de 1963 a la Comisión Marítima Federal de EE. UU., presidida por el almirante John Harlee, que se requiriera del Departamento de Estado una acción efectiva para impedir que ALALC llegue a establecer un régimen preferencial o restrictivo en el mercado regional de fletes. Esta iniciativa ha proseguido y se ha visto reforzada por intensas presiones coincidentes de altos funcionarios, senadores, diplomáticos y prensa de EE. UU. De modo directo se ha advertido a los países de ALALC que EE. UU. tiene, y está dispuesto a usar, toda clase de armas de represalia para defender los intereses de sus líneas marítimas en la Zona. Rige actualmente la "Orden General 88" que autoriza a la Comisión Marítima Federal a disponer represalias contra las discriminaciones, incluso la prohibición de tocar puertos estadounidenses, contra buques de banderas que las practiquen. La actual legislación aduanera de EE. UU. permite ya un inmediato embargo a los productos de importación provenientes de naciones extranjeras que discriminen contra las líneas de EE. UU. Se considera, además, la posibilidad de dictar más drásticas leyes de represalia. El senador demócrata Warren G. Magnusson, presidente del Comité de Comercio ha subrayado que "si los gobiernos latinoamericanos analizan cuidadosamente la proposición de sus navieros, la rechazarán, puesto que descubrirán que, al ser adoptada, sus mismos navieros y consumidores sufrirán aún más que nuestros transportadores de los Estados Unidos". Cabe recordar finalmente que, cuando Uruguay decidió en 1963 desgravar parcialmente las mercaderías transportadas en buques de su bandera, EE. UU. anunció su propósito de aplicar a su vez un gravamen fiscal a las mercaderías destinadas al Uruguay, que rige desde el 3 de enero de 1964.³⁹

* * *

En la segunda parte se analizarán las reacciones y actitudes de las principales potencias europeas ante el surgimiento de la ALALC.

³⁷ Mateo Magariños de Melo, *El problema del transporte en la ALALC y sus vinculaciones con el desarrollo económico general de la Zona*, en *El Trimestre Económico*, México, No 116, pp. 531-532.

³⁸ *Mesa Redonda...*, cit., pp. 67-68.

³⁹ *Análisis*, Buenos Aires, No 157, del 2 de marzo de 1964, p. 202; *El Economista*, Buenos Aires, 4 de enero de 1964, p. 8, y 26 de septiembre de 1964, p. 1, y 12 de diciembre de 1964, p. 2.

Industrialización, Burguesía Industrial y Marxismo (Una Crítica a "Fichas" y Una respuesta con Fines Educativos)

Milciades Peña
Gustavo Polit
Víctor Testa

Las investigaciones publicadas en el número 1 de FICHAS —dedicado a la evolución industrial y la clase empresaria argentina— han sido objeto de crítica en un libro de reciente aparición, cuyo autor polemiza con "la revista FICHAS". En realidad la revista FICHAS no sostiene posición alguna, pues la responsabilidad de las ideas expresadas en los artículos corre exclusivamente por cuenta de quienes los firman. En el presente trabajo, los autores de los artículos criticados responden al crítico, para quien quedan abiertas las páginas de la revista.

2.16 Los Terratenientes Ante el Desarrollo Industrial. Disparates Nuevos para Empeorar Disparates Cauducos.

"Esta política (de la oligarquía bajo el gobierno de Justo) originó un desenvolvimiento industrial considerable, como cabía esperarse... Pero cuando los precios azucareros comenzaron a subir nuevamente en el mercado mundial por la atenuación de la oferta y la proximidad de la guerra imperialista, la oligarquía renovó su aversión a la industrialización, justamente al restablecerse la ecuación estancada-fábrica con Gran Bretaña".

El descaro de nuestro crítico sólo es comparable a la suavidad de águila con que se desliza a través de situaciones imposibles. Durante casi veinte años ha venido escribiendo que "los terratenientes NO PREVIERON NI DESARON el desarrollo industrial posterior a 1930"¹. Durante casi veinte años ha afirmado imperturbablemente que "desde aquí (la política de Uriburu y Justo) arranca un formidable e INESPERADO desarrollo, NO PREVISTO POR LA OLIGARQUÍA, de la industria argentina"², pues la crisis "obligaba a la oligarquía a propulsar INVOLUNTARIAMENTE la industria nacional"³. Pero ahora, después de las innumerables páginas intelectuales que le ha inferido la revista *Fichas*, ningún escrúpulo le impide escribir que la oligarquía esperaba y no fue indiferente al desarrollo industrial. En el crítico de *Fichas* esa es una retirada, o más bien una huida vergonzosa.

Desde luego, vemos con satisfacción que hemos logrado enseñarle algo a nuestro detractor y que éste, pese a todas las apariencias en contrario, es capaz todavía de aprender algo. Aunque no mucho, pues la dinámica del disparate permanente lo arrastra de modo inexorable. Y apenas termina de reconocer que la oligarquía terrateniente previó y estimuló el crecimiento industrial comienza otra vez a disparatar afirmando que la oligar-

quía "renovó su aversión a la industrialización". ¿Cuándo? Nada menos que al advertirse "la proximidad de la guerra". Desgraciadamente para nuestro hablista, en 1940 un ministro de Hacienda llamado Federico Pinedo elaboró un Plan de Reactivación Económica que tendía de modo expreso y formal a estimular el desarrollo industrial y garantizar su supervivencia después de la guerra, involucrando desde la creación de un banco de crédito industrial hasta una política de uniones aduaneras con los países vecinos.⁴ Este plan —que también incluía la repatriación de la deuda externa y la nacionalización de los ferrocarriles— fue puesto en práctica por el presidente Castillo mediante sucesivos decretos-leyes.

Aguardamos con impaciencia las próximas entregas literarias del crítico de *Fichas*. Sabemos que nos demostrará que el Plan de Reactivación Económica de Pinedo y el fomento dado a la industria por ese plan no existieron nunca, o bien que Pinedo no era un político de la oligarquía sino un representante de los talleres y pequeños industriales, o bien que en 1940 no había guerra, o todo eso junto.

RESUMEN

El teórico del disparate dice: que al acercarse la Segunda Guerra Mundial la oligarquía terrateniente renovó su aversión al crecimiento industrial.

Los hechos son:

en 1940 Federico Pinedo formula, y el presidente Castillo comienza a poner en práctica, el primer plan formal de apoyo al crecimiento industrial.

4. Cámara de Senadores de la Nación. *Diario de Sesiones*, 11 de septiembre, 17 y 18, 1940.

1. J. A. Ramos, *América Latina*, ob. cit., p. 152.

2. J. A. Ramos, *Revolución y Contrarrevolución*, p. 351.

3. Idem.

2.17 Ignorancia sin Límites a Propósito de las Sociedades de Responsabilidad Limitada.

"Dejan a un lado sigilosamente a las Sociedades de Responsabilidad Limitada que es la forma jurídica adoptada por la pequeña y mediana empresa".

Ya hemos visto más arriba que los investigadores de *Fichas* no "dejan de lado sigilosamente" a la pequeña y mediana empresa sino que señalan de modo expreso a la vez su importancia numérica y su reducido peso específico en el conjunto de la producción industrial. Pero aparte de esto, ¿es que las pequeñas y medianas empresas son predominantemente sociedades de responsabilidad limitada? La ignorancia del crítico de *Fichas*, esta ignorancia casi inconcebible, se refuerza por su manía verdaderamente obsesional de decir cualquier cosa sin preocuparse en lo más mínimo por verificar un dato o una cifra. Cualquier periodista moderadamente respetuoso de sí mismo y de sus lectores, si quisiera criticar con un mínimo de seriedad los criterios empleados en *Fichas*, consultaría el censo industrial y escribiría: "dejan de lado a las sociedades individuales que es la forma jurídica adoptada por la pequeña y mediana empresa". Pero nuestro teórico del disparate permanente no se detiene en semejantes minucias. ¿Cómo va a consultar un censo industrial! Los resultados están a la vista: las sociedades de responsabilidad limitada representan el 9,7% de los establecimientos industriales, aportan el 21 por ciento de la producción y ocupan el 21% de los obreros, a un promedio de 15 por establecimiento. En cambio la inmensa mayoría de las empresas medianas y pequeñas, que son la mayoría de las empresas existentes, resultan sociedades individuales, forma jurídica que representan el 56,64% de los establecimientos, los cuales aportan el 16% de la producción y ocupan el 11% de los obreros, a un promedio de 1,9 obreros por establecimiento¹.

RESUMEN

El teórico del disparate dice: que la pequeña y mediana empresa industrial argentina se organiza como sociedad de responsabilidad limitada.

Los hechos son: la pequeña y mediana empresa en su inmensa mayoría se organiza como sociedad individual.

2.18 Lo que Conviene Saber Sobre la Industrialización.

"No es posible comprender la industrialización atendiendo exclusivamente a su contenido económico"... afirma la revista *Fichas*. Y como sería posible comprender la industrialización si no es por medio de su contenido económico?"

El teórico del disparate exagera aquí, con su pregunta retórica, la abundante torpeza que realmente posee.

Haec ya mucho tiempo, estudiando "la transformación de las sociedades agrícolas en industriales" Marx señalaba que "el capital necesita desarrollarse aceleradamente", pues "hay una diferencia gigantesca entre el hecho de que el capital nacional se convierta en industrial de un modo lento y paulatino y el hecho de que esta transformación se acelere en el tiempo"². Y bien: esta transformación acelerada, esta ruptura de la continuidad histórica, la modelación de un país en torno a la industria moderna, la revolución industrial o industrialización —eso que conocieron en otros siglos los países capitalistas avanzados, eso que está conociendo la

URSS y que comienza a conocer China— no puede ser explicado de "modo concreto, real científico"³ fuera del proceso de cambio revolucionario en toda la estructura económica y social. Así pues, parece "evidente que es ilusorio tratar de estudiar el desarrollo industrial por sí mismo, como si se debiera a razones específicas de ciertas industrias particulares; el verdadero problema es el de las causas generales"⁴. Por eso no es posible comprender la industrialización, atendiendo exclusivamente a su contenido económico.

En la revista *Fichas* hemos estudiado cual es la naturaleza de un proceso de industrialización a nivel económico y a nivel social. Por su contenido económico la industrialización consiste en último análisis en el aumento de la composición técnica del capital de un país, o sea, la utilización por la fuerza de trabajo de un número creciente de medios de producción más y más eficaces. La consecuencia y causa del aumento de la composición técnica del capital es el incremento en la productividad del trabajo, es decir, el aumento en la cantidad de bienes producidos en el mismo tiempo de trabajo y con igual esfuerzo por parte del obrero. Este proceso de incremento de la composición técnica del capital social, y de la productividad, sólo resulta posible en amplitud, sólo se extiende a todas las ramas de la economía nacional y se traduce en desarrollo armónico y progresivo de la misma, si se vincula a otro proceso del que depende estrechamente, el desarrollo de las industrias básicas, estratégicas, de las industrias básicas productoras de medios de producción (incluida la energía), que son las que suministran los elementos necesarios para aumentar la composición técnica del capital. No importa en qué sector de la industria se inicie el proceso de desarrollo (históricamente casi siempre el punto de partida ha sido la industria productora de artículos de consumo inmediato, en particular textiles). Si el mismo ha de continuar y transformarse en industrialización, forzadamente debe vincularse al crecimiento de las industrias estratégicas, que deben superar y dejar cada vez más rezagadas, relativamente, las industrias que producen para el consumo inmediato. Precisamente esta es una de las características y condiciones de la industrialización. Las industrias productoras de medios de producción se desarrollan más que las que producen medios de consumo, y la importancia de éstas disminuye relativamente aunque crece en términos absolutos. La industrialización es característicamente un proceso de "producción para la producción", lo que permite que constantemente se pongan a disposición de cada obrero más medios de producción (ensanchamiento del capital) y mejores medios de producción (profundización del capital).

Pero la industrialización requiere aún otras dos condiciones económicas fundamentales. Por un lado, la *tecnificación de la agricultura* (mediante la aplicación de máquinas, métodos científicos de riego y cultivo, etc.) para que el campo pueda responder a la creciente demanda industrial de obreros y, a la vez, con menos trabajadores producir más alimentos y materias primas para la igualmente creciente demanda industrial de esos productos. Y, además, la industrialización requiere una *movilidad cada vez mayor de todos los recursos humanos y materiales de la nación*, y eso implica un sistema de transportes cada vez más amplio y más eficaz. Este complejo de fenómenos, íntimamente vinculados entre sí, es lo que configura el proceso de industrialización. Tal fue la esencia económica de la revolución industrial que creó las grandes potencias capitalistas (Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Francia) y está creando las grandes potencias socialistas (URSS, China).

3. Rudolfo Romano, *Caracterización Histórica del Desarrollo Económico*, conferencia dicha en Bs. As., 1964.

4. Idem.

1. Dirección Nacional de Estadística, *Censo Industrial 1954*.

2. Marx, *El Capital* (Ed. Cartago, Bs. As.) t. 3, p. 868.

El Contenido Social de la Industrialización. Transformación de las Relaciones de Propiedad.

Es evidente que la industrialización significa, en sentido estrictamente económico, mucho más que el simple crecimiento cuantitativo de la industria manufacturera, proceso que constituye sólo una parte de la industrialización. Esta implica un cambio fundamental en toda la estructura económica, y la instalación de algunas, en un país que carecía de fábricas, no significa que ese país se industrialice, del mismo modo que un grupo de árboles transplantados a una planicie no constituye una selva. Pero hay algo más importante. No es posible comprender la industrialización atendiendo exclusivamente a su contenido económico. Industrialización significa, sí, desarrollo de la composición técnica del capital, incremento y preponderancia de la producción de medios de producción, etc. Pero implica y supone mucho más. Implica modificaciones de las relaciones de propiedad. Vale decir, expropiación de las viejas clases propietarias y ascenso de nuevas clases al poder, fenómenos que revisten distintas manifestaciones políticas según los países y épocas, pero que en todos los casos acompañan la industrialización y sientan las bases para la misma.

Modificaciones estructurales con transformación de las relaciones entre las clases, ascenso de una nueva clase al poder y liquidación de viejas formas de propiedad. Tal fue el contenido último de la revolución democrática burguesa que abrió el camino para la industrialización de las actuales metrópolis imperialistas, conduciendo al poder a la burguesía industrial, clase interesada en promover los cambios que permitirían la industrialización, porque ella no podía reinar sino allí donde la industria moderna modelara a su manera todas las relaciones de propiedad. Pero esto ocurriría sólo en un puñado de países históricamente privilegiados —Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos— en los cuales la industrialización era un producto del desarrollo capitalista. Sin embargo, en la mayor parte de la humanidad —constituida por países atrasados— el capitalismo no realizó ninguna subversión de las relaciones de propiedad que dificultan la industrialización. Más aún, en estos países, el capital nacional y extranjero, éste último el más poderoso, se interesa en la perpetuación de las viejas relaciones de propiedad, que usufructúa. Aquí la subversión del atraso no corre por cuenta de la burguesía —que está interesada en conservarlo— sino que queda en manos del proletariado. En los países atrasados del siglo XX, por lo tanto, la industrialización se produce como industrialización socialista, en el cuadro de un sistema de relaciones de propiedad socialista. ("Relaciones de propiedad socialista" no es sinónimo de "socialismo". En la URSS —Estado Obrero deformado— existen relaciones de propiedad socialistas, pero no una sociedad socialista). Tal es lo que ocurre en la URSS y China.

En resumen: transformación de la vieja estructura económica y de las viejas formas de propiedad, desarrollo de la composición técnica del capital, ampliación creciente de la producción de medios de producción y disminución relativa de la de artículos de consumo, incremento general de la productividad. Tales son las características generales básicas del proceso de industrialización, tanto de la capitalista en los siglos XVIII y XIX, como de la socialista en nuestro siglo.

RESUMEN

El teórico del disparate dice: que la industrialización o revolución industrial no es otra cosa que el crecimiento cuantitativo de la industria manufacturera.

1 León Trotsky, Manifiesto sobre la guerra imperialista y la Revolución Proletaria, mayo 1940.

Los hechos son:

3. Un Apologista de la Burguesía Criolla.

"América Latina no podrá liberarse del atraso y la servidumbre excepto uniendo todos sus estados en una poderosa federación. Esta grandiosa tarea histórica está destinada a ser resuelta no por la transnochada burguesía sudamericana, agencia completamente prostituida del imperialismo extranjero..." (León Trotsky¹).

"La unificación política de América Latina ha sido puesta hoy en el juego de la historia por una nueva clase surgida de las convulsiones del imperialismo: la burguesía industrial latinoamericana y sobre todo Argentina" (Jorge Abelardo Ramos²).

En el número 1 de *Fichas* demostrábamos que la burguesía industrial argentina está inseparablemente anclada a la estructura que hace de la Argentina una nación atrasada y semicolonial, y se halla interesada en la conservación de esa estructura. Su vinculación con el capital financiero internacional, su dependencia respecto al apoyo financiero y técnico de las metrópolis, son una de las expresiones más decisivas de esa necesidad y atestiguan la imposibilidad de la burguesía argentina —no sólo su ineptitud pero su imposibilidad— de emancipar al país de la explotación imperialista. Contra estas tesis —respaldadas en una evidencia fáctica hasta hoy no desmentida— necesariamente había de alzarse con franqueza el crítico de *Fichas* quien ha sabido ganarse una reputación precisamente como apologista de la burguesía nacional.

Mientras guarda un elogioso silencio acerca de la evidencia aportada en *Fichas*, evidencia que no deja en pie ni una sola de las disparatadas tesis que él ha venido sosteniendo durante casi veinte años, el crítico afirma sin imitarse: 1) que la burguesía industrial es necesaria e irreconciliablemente anti-

2 J. A. Ramos, América Latina, un país (Bs. As. 1940), prólogo.

imperialista, y que su antagonismo con el imperialismo es mayor cuanto más crece la industria; 2) que el hecho de que la mayoría de los burgueses industriales estén asociados y/o en búsqueda de asociación con el capital extranjero no afecta lo afirmado en el punto anterior, pues la burguesía industrial está integrada... por los talleristas y los pequeños industriales carentes de vinculaciones internacionales; 3) que por lo demás la burguesía industrial no está constituida por los propietarios de fábricas sino por las empresas estatales; 4) que de todos modos el "nacionalismo" de la burguesía industrial no es un atributo de la burguesía industrial —sea ésta grande o pequeña, privada o estatal—, sino de los "movimientos nacionales", que expresan e impulsan los intereses de la burguesía, pese a que la burguesía se opone a esos "movimientos nacionales" y es incapaz de percibir los beneficios que le reportan. De todas esas posturas del teórico del disparate resulta en definitiva que se ignora si la burguesía industrial se asienta en las empresas estatales o en las empresas privadas, y tampoco se sabe si está constituida por los industriales propiamente dichos —propietarios de fábricas—, o por los pequeños industriales y los artesanos; pero por otra parte, cualquiera sea su composición y su base económica, lo cierto es que la burguesía industrial es incapaz de percibir sus intereses históricos y se opone a los movimientos nacionales que los expresan; pese a lo cual no es forzoso que la burguesía argentina sea contrarrevolucionaria sino que puede ser revolucionaria, aunque la burguesía "no fue revolucionaria en parte alguna del mundo ni en época alguna".

Veremos a continuación cómo el crítico de *Fichas* desarrolla su apología de la burguesía argentina.

3.1. ¿Es Cada Vez Mayor el Antagonismo Entre los Industriales Argentinos y el Capital Extranjero?

"Para la industria oponerse al imperialismo es cuestión de vida o muerte... Cada paso que la burguesía argentina da en su desarrollo económico y en su política de industrialización le quema los puentes para un retroceso considerable ante el imperialismo, se transforma en impulsos motores para su aspiración nacional más profunda".

Estas afirmaciones guardan con la realidad una relación de fuerte antagonismo. Pues lo cierto es que para la industria argentina sólo es cuestión de vida o muerte oponerse a la importación de algunas mercancías metropolitanas, lo cual es algo muy distinto que oponerse al imperialismo. Y cuanto más se enriquece la burguesía, más se vincula al capital internacional y mayor es su necesidad de contar con el apoyo financiero y técnico de las metrópolis —si es que sus negocios han de prosperar. Todo esto ha sido probado en las investigaciones publicadas en *Fichas*, que el crítico se cuida de rebatir, por supuesto. Para la documentación pertinente remitimos al lector a los números anteriores de esta revista.

1 J. A. Ramos en Octubre, No 4 y 5, Buenos Aires, noviembre de 1947, pág. 9.

3.2. Diferencia Entre la Industria Moderna (Burguesía Industrial) y los Talleres Artesanales (Pequeña Burguesía).

"Esos talleres, que la revista llama despectivamente 'artesanales'... se ve obligada a confesar que constituyen el 90% de los establecimientos y un 20% de los obreros. En un país semicolonial decenas de miles de pequeños y medianos industriales, que emplean entre 200.000 y 250.000 obreros, constituyen precisamente uno de los focos más peculiares de la burguesía industrial".

Obligados por su hábito de decir la verdad, los investigadores de *Fichas* demuestran que 93 de cada 100 establecimientos industriales argentinos emplean un promedio de dos obreros cada uno; son 122.800 establecimientos que, todos juntos, producen menos que 155 fábricas que ocupan un promedio de 927 obreros cada una.

Cuando a esos 122.000 establecimientos se les denomina "artesanales" no hay en ello mayor intención despectiva que cuando se denomina "niño" a una persona de cinco años de edad. Por la baja intensidad de capital, por el escaso número de obreros que emplean, por el poco desarrollo de la división del trabajo dentro de cada establecimiento, por el reducido volumen de su producción, esos establecimientos se hallan más cerca del taller artesanal que de la fábrica moderna y por ello en *Fichas* se los denomina artesanales, con intención no despectiva sino descriptiva.

Refiriéndonos a la clase social asentada en la propiedad de esos pequeños establecimientos, hemos dicho que "ni aun con la imaginación mejor dotada sería posible confundir a ese sector social con una burguesía industrial". En efecto, contra lo afirmado por el crítico de *Fichas*, tanto por su nivel de ingresos como por otros índices de socialización —status social, estilo de vida, origen familiar, educación de los hijos, red de contactos personales, distancia y acceso a los centros de decisión económica y política— los talleristas y pequeños industriales pertenecen a los estratos medio y superior de la clase media más bien que a la burguesía industrial.

La posesión de un capital que les permite emplear mano de obra asalariada identifica a los pequeños industriales con la burguesía industrial; pero el reducido monto de ese capital los diferencia netamente de ella (basta recordar aquí que 61 establecimientos con más de 100 millones de pesos de capital producen tanto como 110.715 establecimientos con capital no superior al millón de pesos). La relación entre cantidad y calidad presenta aquí una importancia crítica, advertida desde luego por los clásicos marxistas, quienes en sus análisis de la estructura de clases distinguían entre burguesía industrial propiamente dicha y pequeños industriales. Marx distinguía entre "la pequeña burguesía industrial", asentada en el taller y la manufactura, y "los modernos burgueses, los millonarios de la industria, jefes de verdaderos ejércitos industriales", basados en la gran industria moderna y el maquinismo³. Engels, por su parte, diferenciaba entre los pequeños industriales y "la clase de los grandes capitalistas, comerciantes

(Continúa en la pág. 65)

3 Marx, Manifiesto Comunista, cap. "Burgueses y proletarios", párrafo 9.

"Buenos Aires, Vida Cotidiana y Alienación"

"Vida cotidiana" y "alienación" —categorías esenciales del pensamiento moderno— han sido utilizadas recientemente, con una completa falta de responsabilidad intelectual, para facilitar la venta de un libro que firma Juan José Sebreli. "A la afectación de prestigio y posesión de la clase media, corresponde también la tendencia a simular una cultura que no se tiene o a querer abarcar todo el mundo de los conocimientos sin ningún esfuerzo, como lo prueba el enorme éxito obtenido en las oficinas públicas por la venta a plazos de enciclopedias o manuales de divulgación y, en general, de todos los productos de la llamada cultura *Kitch*". Estas palabras de Sebreli (pág. 87-8) dicen todo lo esencial acerca de las razones que explican el éxito comercial de su libro.

PARA el conocimiento crítico de la formación económico-social capitalista, las categorías de *alienación* y *vida cotidiana* tienen la misma importancia crucial que la categoría *valor* para el conocimiento crítico de la economía capitalista.

El estudio de la alienación y de la vida cotidiana requiere un rigor metodológico de un nivel comparable al exhibido por Marx en *El Capital* y, por eso mismo, es inseparable a la vez de un riguroso análisis de los instrumentos conceptuales requeridos y de una delimitación igualmente rigurosa —en ese nivel donde lo más abstracto es también lo más concreto— de las categorías en cuestión.

El filósofo marxista Henry Lefebvre ha comenzado esa tarea colosal y trabaja en ella desde hace casi veinte años. Como fruto de su trabajo han aparecido dos obras (aún no traducidas al castellano) que constituyen, junto a los *Manuscritos Económicos y Filosóficos* y *El Capital*, los elementos esenciales para una comprensión global de la sociedad capitalista. Se trata de *Crítica de la Vida Cotidiana e Introducción a la Modernidad*.

De esas obras han llegado a Buenos Aires relativamente pocos ejemplares. Los suficientes sin embargo para que se divulgaran entre la "intelligentzia" de izquierda porteña las categorías de vida cotidiana y alienación que "están de moda" (como dice el actor Victorio Gassman en alguna de sus películas).

Un literato porteño pescó la oportunidad al vuelo. Con el triple aplomo proveniente de no ser marxista, de no estar informado sobre la

realidad argentina y de no ser tampoco un intelectual que se respeta a sí mismo, juntó algunas apresuradas viñetas periodísticas y las lanzó al ancho mundo bajo el título de *Buenos Aires, Vida Cotidiana y Alienación*. El éxito fue fulminante y su autor es ahora el *enfant gaté* de las señoras y señoritas de ambos sexos que sueñan con un mundo mejor.

"Alienación", "vida cotidiana". En vano se buscara en el libro de Sebreli una elaboración de estas categorías. El autor las da por sentadas y las postula como algo que no requiere análisis, algo tan obvio como la misma ciudad de Buenos Aires. Eso sí, el "pensador" Sebreli —así se lo denomina en la solapa— tiene el fantástico caradurismo de afirmar que Henry Lefebvre en su *Crítica de la vida cotidiana* "se reduce al aporte metodológico y programático" (pág. 12). (Desde luego, don Juan José Sebreli sabe que la mayoría de sus lectores no leen francés, y además son demasiado perezosos para tomarse el trabajo de leer a Lefebvre. El autor conoce a su público...).

La Receta de los Sebreli.

¿Cuál es en definitiva la receta de Sebreli para estudiar la vida cotidiana y la alienación? HeLa aquí:

Digase marxista; nombre algunas veces al marxismo (si no lo conoce no se preocupe, los demás tampoco); deslice explicaciones en términos de frustraciones psicológicas y sexuales; agregue elogios a la clase obrera (o, al menos, menciónela melancólicamente); y luego intercale cualquier narración más o menos bien es-

crita (si es posible con citas de escritores franceses). Agregue un título con las otras categorías sociológicas de moda... y ya esta. Su cocktail literario alcanzara sin duda alguna un éxito resonante entre la "intelligentzia" argentina. ¡Ah! No se olvide. Para rematar el éxito de la obra critique estridentemente, sin sentido pero con mucho sonido, a esa misma intelligentzia que comprara el libro; sentara así fama de "enfant terrible" y venderá montones de ejemplares. Si alguien duda de la infabilidad comercial de esta fórmula que pase de inmediato a leer *Buenos Aires, Vida Cotidiana y Alienación* de Juan José Sebreli¹.

Sebreli ha introducido su libro en la brecha existente en nuestro país entre la popularidad del marxismo y la ausencia de marxistas. Otros escritores trataron el tema del hombre de Buenos Aires como ensayistas, como observadores más o menos agudos de la realidad y, en mayor o menor grado, dejaron su aporte al conocimiento de la ciudad. El libro de Sebreli aporta menos que cualquiera de ellos pese a su tono altisonante; su ignorancia del país lo lleva a afirmaciones falsas por doquiera. Pero lo negativo de su obra no depende exclusivamente de sus errores de observación: al proclamar un método que no utiliza, Sebreli prostituye al marxismo al mismo tiempo que falsea la realidad.

Contradicciones Entre la Realidad del Libro y su Método Proclamado.

Apenas principia su libro, Sebreli afirma que realizará una "descripción crítica" de la vida cotidiana en Buenos Aires (p. 11). Las seis páginas que siguen le alcanzan para cerrar cuentas con el marxismo —que según Sebreli no ha desarrollado a Marx y piensa ideas generales sin observar los datos empíricos; con la sociología —que cae según él en la fechitización de la cifra matemática (p. 13); y con los ensayistas "intuitivistas argentinos" como Martínez Estrada que ignoran los datos objetivos de la historia, de las ciencias sociales y de la economía política (p. 17).

Luego de haber liquidado todo el pensamiento moderno, Sebreli aclara que fusionará conscientemente el saber estabilizado sereno y permanente de la monografía tipo universitaria, con los conocimientos dinámicos, curiosos, pasajeros del periodismo y su interés por la noticia auténtica, por el testimonio (p. 18). En esta sola polaridad pueril, donde resultan tan torpes el elogio de la monografía universitaria como las virtudes asignadas al periodismo, Se-

breli resume todos los mitos de su formación intelectual: si los marxistas no han estudiado a fondo la realidad, los sociólogos burgueses no la entienden, pero existe una entelequia —la monografía universitaria— que por sus características intrínsecas posee un "saber permanente"; cada grupo social ve la realidad social según sus particularidades propias, pero el periodismo tiene virtudes específicas en la búsqueda de lo auténtico.

Sebreli comienza hablando del marxismo, continúa criticándolo, luego lo iguala a la sociología y por fin aclara que no lo usará, pues ha descubierto una nueva entelequia científica aún no clasificada, la "monografía tipo universitaria". Así pues, después de haber barrido con dos o tres adjetivos a todo el pensamiento contemporáneo, Sebreli termina poniéndose bajo la férula del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Sus declarados intentos de valorizar la sociología con el marxismo resultan sólo intentos de valorizarse el mismo tras el nombre de Marx.

Tras ocuparse con idéntica mala fortuna del marxismo y del periodismo vulgar, Sebreli se arroja luego sobre los misterios de Buenos Aires con las armas del método. Como en los sucesos de Alicia en el País de las Maravillas encontraremos, marchando con él, puertas en medio del campo y ríos sin agua.

Un Extraño Descubrimiento de Sebreli: La Oligarquía Está en Quebra.

La burguesía industrial y la terrateniente están en la Argentina estrechamente ligadas. La lista de miembros fundadores de la Unión Industrial Argentina contiene numerosos apellidos patricios bien destacados como pertenecientes a la oligarquía. Desde entonces y hasta hoy sus organizaciones representativas se han preocupado por señalar en toda oportunidad los lazos que los unen. Contrariamente a lo que expone una mitología vulgar los terratenientes —poseedores o no de fábricas— no estuvieron contra el desarrollo industrial del país, ni se organizaron expreso para impedirlo. En un puñado de países privilegiados el desarrollo industrial se produjo debido a que un grupo social —surgido al calor de circunstancias históricas especiales— transformó toda la estructura social de manera de crear las condiciones propicias para ese desarrollo. Condicionada por las circunstancias históricas que le dieron origen, la burguesía industrial jugó un rol progresivo en Europa Occidental y los Estados Unidos al hacer entrar a esos países por la senda del capitalismo. Pero no surge de ningún texto —y mucho menos de la realidad— que toda burguesía que surge debe ser progresiva, debe ser industrialista, debe enfrentar al fe-

¹ Cabe señalar que Sebreli no es nuevo en estas lides. Si ahora se inscribió en Lefebvre, en 1957 en cambio, no bien leyó el libro de Lukács, *Historia y Conciencia de Clase*, publicó otro a su vez con el meditado título de *Historia Argentina y Conciencia de Clase* (Edit. Perrot. Bs. As., 1957).

dalismo o al imperialismo, debe ser revolucionaria.

No existe fábrica en el mundo que pueda conferir características mágicas a su propietario. No es su actividad, sino el encuadre de la misma en una cierta estructura social la que origina el rol de las distintas clases. Las condiciones de formación de la sociedad argentina crearon una estructura burguesa, pero de una burguesía parasitaria, acostumbrada a gozar de los beneficios que genera ya sea una naturaleza prodiga o una situación de monopolio. Ese clima forjó una clase que amasó fortunas para sí, desinteresada de cualquier esfuerzo conducente a lo que el marxismo denominaría acumulación primitiva.

Argentina no es ni un reducto feudal ni una moderna nación capitalista industrial. Es un país de desarrollo combinado. Estructurada su burguesía en la época del imperialismo, enfrentada al accionar de la clase obrera después de la Revolución Rusa marcara derroteros, ignorante de los problemas de la acumulación primitiva gracias al privilegio enorme de una pampa extremadamente fértil, la clase poseedora argentina no ha mostrado jamás parecido algunos con sus congéneres que forjaron Europa Occidental o los Estados Unidos.

Los dueños de los oligopolios industriales instalados en el país desde fines del siglo XIX, rara vez tuvieron interés en modernizar sus establecimientos, protegidos por altas barreras aduaneras. Tampoco los terratenientes pensaron nunca en cuidar la fertilidad del suelo que permitió durante casi un siglo producir a precios sin competencia. Unos y otros vivieron hasta hoy en el nirvana, convencidos al contabilizar sus ganancias que "Argentina es un país rico". Unidos por su fe en la riqueza inagotable del país, burguesía industrial y agropecuaria han tenido menos diferencias entre sí que las existentes entre sus diversos sectores internos.

La lucha de la burguesía contra los señores feudales en la Europa de hace un par de siglos, era provocada por el sistema de producción que estos defendían y no por su carácter de propietarios de tierras. A su vez la burguesía no representaba a "la industria" sino a un nuevo modo de producción: el capitalismo. En la Argentina algunos escritores creyeron que para comprender el país bastaba con traducir "señor feudal" por "terrateniente", e ignorando todo análisis de la realidad, cargaron de loas a los dueños de fábricas y de críticas a los terratenientes.

Lamentablemente, en las toneladas de papel dedicadas a éste tema no puede hallarse una sola prueba palpable de la existencia de lucha de clases entre ambos grupos, ni de la progre-

sividad de alguno de ellos. Los hechos han demostrado una y otra vez que la burguesía argentina es una clase parasitaria ya sea administrando una estancia o una fábrica¹.

Pero Sebrelli ha bebido con su particular sentido crítico las historias fantásticas sobre el surgimiento meteórico de la burguesía industrial argentina, y las repite con placer. La burguesía ganadera, que según él "consideró con desprecio toda actividad industrial" (p. 26) paga ahora sus culpas en la decadencia económica. Decadencia que le impide tener quinta de fin de semana (p. 47), "ir a los nightclubs de moda" y apenas si le permite concurrir a algunos restaurantes tradicionales (p. 47). Como ya no tiene capacidad económica no puede "seguir dando grandes recepciones" y a lo sumo se reúne en "los velatorios de personajes célebres" (p. 49); por último sus hijos "se ven hoy, en gran parte, obligados a trabajar en *boutiques*, en oficinas públicas, en escuelas. Llevando de ese modo una doble vida, similar a la de los nobles rusos en el destierro" (p. 62).

Comenzando tímidamente, el autor avanza aquí hasta cortar amarras con la realidad, para luego arrastrado por su vena poética llegar a la culminación. Según él, los mínimos cambios ocurridos en la sociedad argentina en este siglo son equiparables nada menos que a los resultados de la hecatombe revolucionaria de Rusia en 1917. Lamentablemente para Sebrelli, la oligarquía argentina, socia total en la marcha fabril, ni se exiló del país, ni se ve "obligada" a trabajar en *boutiques*. Cuando trabaja es en las oficinas directivas de las grandes empresas que marcan el ritmo económico del país. Cuando se divierte lo hace mediante reuniones fastuosas, fiestas respecto de las cuales el periodismo decidió no divulgar demasiado para no generar reacciones por parte de la clase media. A pesar de esto, puede hallarse en los rotograbados de *La Nación* o de *La Prensa* o en revistas como *El Hogar* abundante material —de ese que brinda el periodismo grato a Sebrelli— sobre la "misericordia" de la oligarquía argentina.

Sebrelli Crea Nuevas Fábulas Sobre el Origen Artesano de la Burguesía Industrial.

Paralelo al sueño de la quiebra de la oligarquía, Sebrelli repite las afiebradas elucubraciones de los jorges abelardos ramos, rodolfo puigrosses, y arturos frondizis sobre la tenaz lucha por crecer que habría librado la burguesía industrial argentina. Ignorante de que 250 establecimientos industriales concentran la mitad de la producción fabril argentina, y de que en la última generación¹ no hubo movilidad ascendente importante en el seno de la burgue-

sía industrial, Sebrelli libera una vez más su vena poética; el dinero de la burguesía industrial, dice, "huele todavía a resina de taller, a aceite de máquina" (p. 58).

Esta descripción, como las anteriores sobre la decadencia de la oligarquía, señala la ligazón de Sebrelli con los mitos de ascenso social y progreso económico que tanto gustan a la pequeña burguesía: "En un país en vías de desarrollo capitalista como el nuestro", dice, "en una sociedad plástica en evolución...", los obreros pueden llegar a ser patrones (p. 158). "Se da muy frecuentemente en la época peronista, el tipo de patrón pequeño burgués de origen obrero que instala un taller o pequeña fábrica gracias a los préstamos concedidos por el Banco industrial..." (p. 158), etc., etc., etc. En general, el crecimiento industrial de un país significa entre otras cosas la transformación en proletarios de grandes masas humanas —campesinas o inmigrantes; para la curiosa óptica de Sebrelli en cambio la "industrialización" argentina fue la transformación de grandes masas de obreros en patrones.

¿Con qué elementos hace Sebrelli esta apología del desarrollo burgués argentino, abundante en pinturas de crecimiento económico del país y de ascenso social de las diversas clases? Pues citando *dos novelas* de Andrés Rivera (p. 159). Sebrelli critica a otros escritores, por "prescindir totalmente de los datos objetivos de la historia, las ciencias sociales y la economía política". Lo correcto según él es tomar y analizar críticamente los "datos objetivos" que aporta masivamente la novelística nacional.

Cómo Piensa un Semiintelectual

No se puede entender un país con sólo pensar que está dividido en clases que actúan mecánicamente, que la clase dirigente es mala y revolucionaria y que el proletariado es bueno y revolucionario. Por esta razón Sebrelli se ve obligado a introducir esquemas secundarios. La oligarquía, dice, tiene tanta conciencia de clase como el proletariado, pero la oculta "por razones tácticas" (p. 50). Acá el esquema secundario es revisionista respecto del central; de un solo plumazo Sebrelli asigna a toda una clase la capacidad organizativa, la habilidad, de ocultar su conciencia para engañar a las demás clases, como si se tratara de una pequeña banda de conspiradores.

Comenzando por explicar la conciencia de clase en términos de novela policial, Sebrelli ya no se detiene; avanza decidido hacia una nueva definición de las clases sociales, hasta confundirlas con el sector masculino de las mismas. Sólo así puede entenderse su afirmación de que "la clase media... está desalentada por la frecuente frigididad de sus mujeres y por su propia incapacidad para excitarlas" (p. 76).

En medio de esta andanada de absurdos, escritos "con la seriedad del que piensa claro" (solapa), Sebrelli enhebra curiosas perlas para su collar de fantasía. Hablando del peronismo, explica que en esa época hubo "inflación económica" (p. 66). Hasta ahora la literatura económica había apartado términos como los de inflación monetaria y expansión económica, y en otras disciplinas se habla también de la expansión de barbaridades infladas, pero hasta la era de Sebrelli nadie supo de la existencia de la "inflación económica".

Otras veces Sebrelli deja traslucir claramente las evoluciones de su pensamiento. Seguirlo en una de ellas es realmente un acto de acrobacia intelectual pero lo intentaremos. En su pág. 74, por ejemplo, se exhibe la siguiente secuencia:

1. A la clase media le interesa "la reputación".
2. Por ello es "víctima de la represión puritana antisexual".
3. Por ello los gobiernos de Frondizi o Guido llevaron a cabo "una vastísima campaña moralizadora".
4. Por lo tanto "la supuesta" crisis moral del país es un modo de distraer la atención de la "crisis económica y política".
5. La "razzia" de parejas en las calles de Bs. As. es proporcional a "la desvalorización del peso y el atraso en los sueldos".
6. La consecuencia de la represión es una corrupción cada vez más sórdida.
7. El caso Penjerek es un subproducto de la campaña moralizadora de Margaride.

Para terminar, veamos una media docena de afirmaciones en las cuales el adelantado Sebrelli retrata admirablemente su irresponsabilidad intelectual y su semianalfabetismo.

(Continúa en pág. 65)

¹ Véase a este respecto Fichas N° 1, abril 1964.

<p>"La desvalorización del peso... está en relación directa con la raza de parejas heterosexuales y homosexuales en plazas..." (p. 74).</p>	<p>"Relación directa" quiere decir que si el peso se desvaloriza a la mitad, por ej., la raza de parejas aumentará al doble. Basta expresar esto en voz alta para advertir que carece de sentido.</p>
<p>"La oligarquía utiliza por su parte a la clase media como masa de maniobra contra las clases populares... conceder privilegios a un grupo pequeño a expensas de otro grande..." (p. 83).</p>	<p>Como los censos indican, la clase media lejos de ser "un grupo pequeño" es más numerosa que el proletariado.</p>
<p>"Hasta la segunda guerra mundial no existía en nuestro país la industria en gran escala" (p. 154).</p>	<p>Frigoríficos, ingenios, talleres de ferrocarril, fábricas textiles, son "industrias en gran escala" y existen en nuestro país no solo desde antes de 1940 sino desde principios de siglo.</p>
<p>"La burguesía argentina, acorralada por los avances de las nuevas clases necesita lugares que... constituyan círculos cerrados, exclusivos" (p. 48).</p>	<p>El autor parece ignorar que las clases altas de todo el mundo buscan aislarse en sitios exclusivos, estén o no "acorraladas" por nuevas clases.</p>
<p>"La decadencia económica de la vieja burguesía terrateniente motivada por la inflación..." (p. 62).</p>	<p>El mejor seguro contra la inflación consiste en comprar tierras. Solamente a un Sobrel se le puede ocurrir que la inflación empobrece a... los terratenientes.</p>
<p>"El incendio del Jockey Club fue uno de los golpes más serios que Perón asestó a la oligarquía (esta) se encuentra de pronto aislada, dispersa, ... la disminución de su capacidad económica no le permite seguir dando grandes recepciones" (p. 49).</p>	<p>Los socios del Jockey Club son en significativa proporción directores de las Sociedades Anónimas más ricas y prósperas del país. De los 334 socios cuyos apellidos comienzan con la letra "A", por ej., 143 figuran en la Guía de Sociedades Anónimas, ventajosamente situados entre las personas más ricas del país (Véase Jockey Club, <i>Nómina de socios, 1960 y Guía de Sociedades Anónimas, 1961</i>).</p>

ORIGENES Y

(viene de pág. 17)

ese día no ha legado todavía. Entre tanto, el elemento conservador en el Maoísmo, su atraso, se da de cabezas con su elemento dinámico, especialmente con su internacionalismo. Las perspectivas serían infinitamente más placenteras si fuera posible para las diversas corrientes progresivas en los dos grandes partidos comunistas desprenderse del yugo de factores retrógrados, y unirse —si el fervor Chino por el internacionalismo leninista marchara mano a mano con el celo por una genuina y consistente desestalinización del movimiento comunista. La imposibilidad de desenmarañar el pro-

greso del atraso es el precio que no sólo Rusia y China sino la humanidad toda está pagando por el confinamiento de la revolución a los países subdesarrollados. Pero este es el modo en que se ha dado la historia, y ahora nada puede forzar su paso. Sin embargo, cualesquiera sean las contradicciones, los motivos y las imperfecciones del Maoísmo, el hecho de que China Roja esté comunicando al mundo las consignas del internacionalismo revolucionario como nadie las había comunicado durante mucho tiempo, está destinado a tener profundas, amplias, positivas y dramáticas repercusiones. FIN

(viene de pág. 60)

INDUSTRIALIZACION

y manufactureros, es decir la burguesía propiamente dicha². Y Trotsky, en su análisis de las clases rusas, definía como burguesía a aquella clase que reposa en la moderna gran industria altamente concentrada³ (Por cierto que esta distinción trascendió a la práctica social. Cuando decretó la nacionalización de la industria, el Estado soviético excluyó de la medida a los establecimientos que empleaban hasta 10 obreros sin fuerza mecánica o hasta 5 obreros con fuerza mecánica⁴).

RESUMEN:

El apologeta dice: que los propietarios de talleres artesanales integran la burguesía industrial.

Los hechos son: tanto por su nivel de ingresos como por otros índices de estratificación los talleristas y pequeños industriales pertenecen a los estratos medio y superior de la clase media. (Continuará)

² Marx-Engels, *Revolution et Contre-Revolution en Allemagne* (Alfred Costes, Editeur, Paris 1933), pág. 10.

³ Trotsky, *Histoire de la Revolution Russe* (Editions Du Seuil, Paris 1960), tomo I, pág. 24.

⁴ E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution 1917-1923* (The Macmillan Co., New York 1923), vol. 2, pág. 174.

claves para la historia argentina: la revolución del 90

Según una vieja estereotipia, los estancieros bonaerenses —columna vertebral de "la oligarquía"— constituyen una clase que ha sido siempre, invariablemente, una marioneta de la metrópoli británica. Víctimas de esa estereotipia, la mayor parte de los historiadores han analizado la revolución del 90 desde dos puntos de vista simétricamente opuestos pero idénticamente erróneos. Algunos, advirtiendo que el movimiento agitó reivindicaciones democráticas y antiimperialistas, silencian la participación hegemónica de la oligarquía. Otros, advirtiendo la hegemonía oligárquica en el movimiento, lo califican de reaccionario y cavernícola. El hecho es que el del 90 fue un movimiento oligárquico, y fue también un movimiento de defensa nacional frente al imperialismo. Así lo indica un trabajo de Alfredo Parera Dennis que aparecerá en el N° 6 de FICHAS —basado en documentación inédita extraída de los archivos de Victorino de la Plaza, Wilde, Biedma, etc., y de la prensa británica de la época.

También en el N° 6 de FICHAS:

Inglaterra Ante la ALALC, por Marcos Kaplan. El Modelo Maoísta de Cambio y de Acumulación Primitiva (conclusión), por Manuel López.

Diez Años de Peronismo,

Más Diez Años de Antiperonismo,

Igual Veinte Años de Estancamiento.

En setiembre de 1955 tocó a su fin la década peronista. En setiembre de 1965 habrá transcurrido la primera década antiperonista. Muchas cosas han cambiado en el país, pero permanecen invariables el atraso, la subordinación a las grandes potencias capitalistas y la élite del poder. En torno a este problema se ha estructurado el N° 7 de FICHAS, número especial que aparecerá en julio.